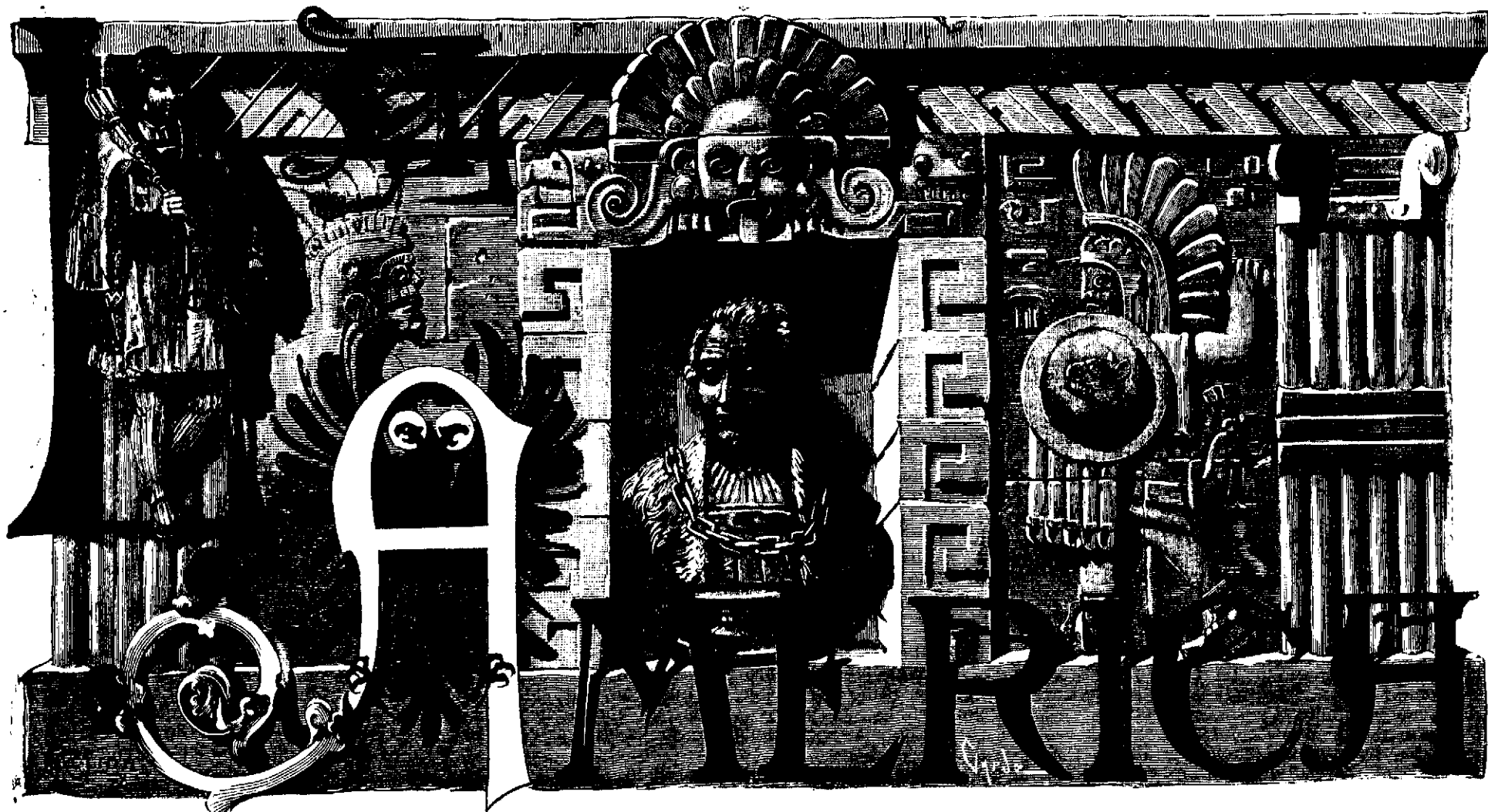




CRONICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auton (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Anquistain, Anchorena, A. Guerne, Ardanaz, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borja, Borrego, Bueno, Breamon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camus, Canalejas, Canete, Castelar, Castro y Blanco, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Casaurio, Cervino, Cheste (Conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cuello, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio, (D. Gonzalo), Cofanque, Dacarrete, Díaz (José María), Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espín y Guillón, Estrada, Echegaray, Eguíluz, Escorcia, Estrella, Eulate, Fábila, Ferrer del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Ríos, Fermín Toro, Flores, Figueroa (Angelo Suarez de), García Gálvez, Gayangos, Gálvez de Molina (D. Javier), Graells, Giménez Serrano, Girón, Gómez María, Güell y Rená, Güelvenzu, Guerrero, Incanga, Harzenbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lesama, López Gálvez, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanás, Marín, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañá y Flaquer, Merolo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Oryda, Ortiz de Pinedo, Olaya, Palado, Pasaron y Lantira, Pascual (D. Agustín), Pérez Galdós, Pérez Lirio, Pi y Margall, Poey, Reinoso, Reta, Revilla, Ríos y Rosas, Rivera, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Roa y González, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagaminaga, Sanz Pérez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmerón, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcazar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulla, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRIPCION.

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS.

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. semilínea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Noviembre de 1881.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mutuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Redaccion y Administracion, Jacometrezo, 65.

SUMARIO.

Revista general, por D. Miguel Moya.—Ciencia y arte, por D. Antonio Arrieta.—Méjico, por D. Eusebio Asquerino.—Idea general de la vida del universo, por D. J. Rodríguez Mourelle.—España y América: Juegos florales, por D. M. P. de Navarrete.—De algunas voces españolas generalmente mal usadas, por D. Antonio Martínez Duimovich.—La criminalidad en la República Argentina, por D. Héctor Florencio Varela.—En Chateau... por D. Licio V. Mansilla.—Colonización de Cuba, por D. Pedro Becerra y Alfonso.—Bibliografía: Proyecto de leyendas para el siglo XX, por D. P. Ruiz Albitur.—La Huerta del Tío Martín, por D. Julian Zugastli.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

Pronto nos dejará tarjeta de visita Diciembre... el mes más bullanguero y cruel del almanaque. Una sublevación de panderetas y tambores y una degollina de pavos.

Los debates sobre la cuestión de Túnez en la Cámara francesa han terminado con la dimisión del Ministerio Ferry. Al cabo de cinco larguísimas sesiones consagradas exclusivamente a este asunto, concluyeron los diputados por no entenderse. La Cámara tenía que decir lo que opinaba sobre la cuestión de Túnez y lo que debía hacerse en lo sucesivo y no sabía qué decir ni cómo decirlo. Veintitres órdenes del día se presentaron, y las veintitres fueron rechazadas. M. Gambetta presenta una enmienda. Más que una orden del día es una sentencia del Gobierno Ferry; trescientos cincuenta y cinco votos proclaman que debe ejecutarse. Una caída lastimosa y una apoteosis brillante.

Gambetta, el hombre más popular de Francia, después de haber sido alma é inspiración de casi todos los Gobiernos de la República vecina, acaba de formar Ministerio. Francia ha reclamado como instrumento por excelencia de una política gradual, pero firmemente reformadora, la constitución de un Gobierno unido, libre de todas condiciones subalternas de división ó de flaqueza, dispuesto siempre á debatir los intereses de la nación ante sus representantes y á darles cuenta de sus actos, que á la vez sepa inspirarse en todos los grados de la jerarquía de los servicios públicos, en el respeto, la obediencia y el trabajo. A esta necesidad responde el Gabinete Gambetta.

Nosotros, para obedecer á Francia,—ha dicho Gambetta en su programa,—os proponemos la reorganización de nuestras instituciones judiciales; la continuación perseverante al de la obra de

la educación nacional tan bien conservada por nuestros predecesores; la reforma y complemento de nuestras leyes militares; la investigación sin menoscabar el poder defensivo de Francia de los medios mejores para reducir en los ejércitos de mar y tierra las cargas del país, y aligerar, sin comprometer nuestra Hacienda, las que pesan sobre la agricultura. Fijar por medio de tratados el régimen económico de nuestras diversas, y dar á nuestros medios de producción de transportes y de cambio, un impulso más activo y un desarrollo creciente; favorecer con la solicitud que se impone á los representantes de la democracia, y con espíritu verdaderamente práctico de justicia y de solidaridad, las instituciones de previsión y de beneficencia social; asegurar por la estricta aplicación del régimen concordatorio el respeto á los poderes establecidos en las relaciones de la Iglesia con el Estado. Y, por último, mantener con firmeza el orden exterior, protegiendo, sin embargo, las libertades públicas.

Gambetta no ha querido ahorrarse promesas. Esperamos que no ha de tardar en cumplirlas.

¿Debe el Papa prescindir de Roma?

Esta cuestión tratada hoy en casi todos los periódicos de Europa ha surgido entre nosotros con motivo de los debates entre los sucesos de Roma.

Víctor-Hugo, el gran poeta de nuestro siglo, ha puesto en boca del romano Pontífice estas palabras.

—Me quedo con Jerusalem y os dejo en Roma; porque Jerusalem es el verdadero lugar...

Hombre, vengo de orar en la mansión de Dios. No me siento tal como soy, sino sobre este monte sereno. La sombra está en el Capitolio, y el alma en el Calvario.

Se ha aprobado el Mensaje como de costumbre, hablando mucho y concluyendo por declarar, por mayoría de votos, que el Gobierno es el único que tiene razón. Esta vez se habló más y con más elocuencia que de costumbre. Más artísticas que los juegos florales, que los concursos poéticos, y que las exposiciones de pinturas, van siendo en nuestro país las discusiones del Mensaje. Orador hubo que habló seis horas. Si este procedimiento sigue, el hombre político que más pulmones tenga será el más célebre.

Han hablado el Sr. Márto, el primero de nuestros oradores políticos, el más hábil, discreto é intencionado de nuestros oradores parlamentarios; el

Sr. Castelar, que hizo, como siempre, con su palabra, una obra de arte primorosa y brillantísima; el general López Domínguez, uno de los generales que sirvieron á la República sin traicionarla, y que más entusiasmo siente hacia la Constitución de 1869; el Sr. Cánovas, polemista temible que, obligado á defender al partido conservador, tuvo que recurrir á las exageraciones y á los sofismas de otras veces; y el Sr. Sagasta, que es, por derecho propio, maestro de elocuencia parlamentaria, pero que entusiasmo más desde los de la oposición, que desde el banco azul.

Los debates del Mensaje, han durado veinte días.

Recordándolo con mal encubierto enojo, y triste por los chaparrones que han caído sobre sus correligionarios, un diputado conservador exclamaba:

—¡Veinte días! La mitad que el diluvio.

La circular dirigida por los demócratas-progresistas que han seguido al Sr. Márto, es un documento notable por la brillantez del estilo y por la sinceridad de las declaraciones.

Respecto á conducta, entendemos,—dice,—que sólo es aceptable aquella que se amolda á los eternos principios de la moral, del derecho y de la justicia. Donde los Gobiernos dan libertad de propaganda; donde ofrecen campo y condiciones de vida á la lucha legal: donde abren camino á todas las ideas sin exclusiones irritantes ni odiosos privilegios, creemos y afirmamos que la revolución no es lícita, aun en el caso de que fuera posible. Respetamos la opinión de los que de otro modo piensan, que en estas materias de conciencia es juez supremo para todo hombre; pero la nuestra nos dice que la lucha material no es legítima, sino cuando la lucha moral es imposible, y fuerza es que hagamos público éste nuestro sentir para que todos juzguen y la nación sentencie.

Por otra parte, sería insensata arrogancia la de cualquier agrupación que llegase á pensar y concluyese por creer que enervaba la totalidad del país, y todas sus conciencias y todas sus voluntades. Los partidos son fuerzas orgánicas para las luchas políticas; pero sobre ellos está la nación; pueden y deben aquellos realizar la voluntad de esta; no pueden imponer la suya propia; cuando hay acuerdo entre ambas y la lucha estalla, llámase revolución, cuando no la hay, todo acto material no pasa de repugnante motín ó de triste pronunciamiento. No se agitan, pues, los partidos, por grandes y nobles que sean, al calor de sus pasio-

nes y al estímulo de sus intereses, ni lleguen á creer, de puro abultados á sus propios ojos, que son la patria toda; porque el desengaño sería triste y el mal para la democracia más triste todavía.

Hé aquí sintetizadas las declaraciones de la circular:

Una República liberal, como forma de Gobierno; la Constitución de 1869 en su interpretación propia, que es amplia y progresiva, como modelo inmutable de Código político; la negación más absoluta á todo grado ó tendencia de federalismo, como límite de nuestra izquierda; la lucha pacífica y legal, como medio de propaganda, mientras el campo de la legalidad esté abierto; la justicia, como regla de conducta para con los gobernantes; la ley de afinidad y de aproximación, como ley única en nuestras relaciones ó alianzas con los demás partidos; y el triunfo de la verdadera doctrina democrática, que es la que concede mayor suma de libertades al individuo, como aspiración suprema y constante tendencia.

Creyendo que estas son interpretaciones fieles de los principios que profesamos y que ha profesado siempre nuestro partido, las consignamos, porque son las únicas á que prestamos acatamiento, porque arrancan de lo más profundo de nuestra conciencia, y nos son impuestas, no por pasiones, aunque nobles, transitorias, sino por juicios severos y definitivos de nuestra razón.

El proyecto de establecimiento del juicio oral y público se ha aprobado ya en la alta Cámara. Su discusión proporcionó un triunfo brillantísimo al Sr. Romero Giron. Cuanto tienda á garantizar la independencia judicial y á hacer acertada y eficaz la acción de la justicia, reclama el concurso de todos. La obra de la regeneración jurídica de España debe ser de los españoles, y no de partidos ni de doctrinas.

La institución del Jurado es compañera inseparable de la libertad y patrimonio de todos los pueblos que se constituyen bajo régimen libre. Nace con la libertad, crece y progresa con ella; si acontece que la libertad disminuya ó decae, sigue ese mismo movimiento decadente, y cuando la libertad muere, con ella perece también el Jurado. Inglaterra no le ha visto ni un sólo momento destruido de sus instituciones jurídicas: Francia sólo le vió vacilar bajo el cesarismo del primer Napoleón: en nuestro país, donde se había ensayado con éxito, vino á matarle un decreto de 3 de Enero de 1875.

Hoy la cuestión es, y debe ser, enteramente libre para poder resolverla, no por exigencias políticas, sino por consideraciones de conciencia. No hay para qué negar que el Jurado, por las necesidades de los tiempos y por circunstancias especiales, tiene, y no puede menos de tener, alguna significación política; pero, ¿no la tienen muchos artículos del Código penal y de la Ley procesal? ¿No la va á tener, por desgracia del país, la cuestión de organización de la familia? El Gobierno debe recordar esto y no olvidarse de su promesa de establecer el Jurado muy pronto. Dejando esta obra á los conservadores, se desacreditaría.

Si se quiere que el orden tenga sólidas garantías, que la criminalidad no aumente, que los delitos no llamen á las puertas de todos los que desean el respecto de las leyes, hace falta que las leyes las conozcan todos. ¿Qué es la intervención del pueblo en las Cortes? La conciencia pública que penetra en las leyes. ¿Hay algún inconveniente en que penetre en los juicios? No. No se comprende que sea principio universalmente admitido la participación del común de los ciudadanos en el poder legislativo, en las funciones de régimen y administración municipal y provincial, y, sin embargo, no puedan intervenir directamente en la administración de la justicia. Si es necesaria á los ciudadanos la garantía de su propia intervención para la salud de sus intereses y para la realidad de algunos de los derechos, no es racional, ni es justo, ni es político, ni es humano privarles de esa garantía ni negarles esa intervención, cual si se tratase de asuntos menores ó de casos livianos, en juicios que versan á veces sobre la vida, y resuelven siempre sobre la libertad y la honra que son en el orden moral bienes de más subido precio y de más alta estimación que la vida misma.

El pecado original de todas las causas, está en la instrucción del sumario. Todos sabemos cómo se forma; todos sabemos que aunque de recibir las declaraciones están encargados los jueces, se parodia con deplorable frecuencia en este trabajo la zarzuela *El último mono*; todos sabemos la intervención exagerada y abusiva que el acusador público tiene entre nosotros; todos sabemos, en fin, que no hay garantías contra el error, la parcialidad, la impericia ó la negligencia del instructor ó de sus auxiliares. Pues bien. Mientras este expediente tristísimo continúe, cuantos medios de esculturación se quieran traer al plenario, serán tardíos ó inútiles, y se estrellarán contra la rutina y el error todos los medios de defensa.

Veremos si los hombres del Gobierno cumplen mejor las promesas que hacen desde el banco azul, que las que hicieron desde los bancos de la oposición.

El ejército está sobre el tapete. Queremos decir, que á todas horas se está discutiendo. No se

habla más que de escalas de reserva, de soldados y de pronunciamientos. Parece que estamos en estado de sitio. Sesión parlamentaria ha habido en el Senado, para la cual se creyó que habría que convertir la salita del restaurant en depósito de cañones Krup, y el salón de conferencias en hospital de sangre. Algunos abonados á la tribuna pública soñaron con encontrarse á la puerta de ella un cartel diciendo: «Al primer disparo, los espectadores de tribunas que se rían serán considerados insurrectos.»

El consecuente ministro de la Guerra no gana para sustos. Le deja en el Senado el general Pavía y le toma en el Congreso el Sr. Canalejas. ¡Pero qué distinto! El general del 3 de Enero gastó en salvas toda la pólvora, el elocuente diputado demócrata-progresista ha hecho blanco. Después de la interpelación del Senado, el ministro de la Guerra pudo salir regocijado y orgulloso diciendo como Don Quijote: ¡leoncitos á mí! Después de la interpelación del Sr. Canalejas todo el mundo le ve en la penúltima estación del camino que conduce á dejar la cartera.

El discurso del Sr. Canalejas no fué solo un discurso elocuente.

Fué también una serie de descargas de artillería.

No hablemos de los destrozos hechos. Si el general no se siente capaz de otro Sagunto, no le reconocemos.

La democracia dinástica ha comido.

El banquete se celebró en el teatro de la Alhambra. Hubo animación, Champagne, entusiasmo, brindis, discursos y poesías epitalámicas para cantar las bodas de la flor de lís y el gorro frigio.

Ahora todo se solemniza comiendo.

¿Y cómo no? Un hombre antes de comer es como un día sin sol, un pulmón sin aire, un reloj sin cuerda, un corazón sin pasiones, una habitación sin luz, un alma sin deseos. Come y se trasfigura. Sus miembros recobran las perdidas fuerzas; sus ojos despiden vaporosa luz; nada le arredra, á todo se atreve.

Comer, es hoy sinónimo de entusiasmo.

De una comida depende muchas veces la organización de un partido, el remedio de una crisis política, la tranquilidad de un Estado, la paz de Europa. Se solemniza la subida de un Gobierno comiendo, y comiendo se celebra que caiga. En la vida íntima se come cuando se hacen las paces con los parientes y cuando se riñe con ellos. El que vá á hacer un viaje, se despide de sus amigos comiendo, y el abrazo de regreso se ha de dar en la fonda, para que sea fiel expresión de alegría.

Por este camino se lleva mucho andado para que hasta las grandes catástrofes se solemnicen en un restaurant. Pero no sería el primer caso.

Recuerdo que un actor á quien se le murió su suegra, con quien, caso raro, se llevaba bastante mal, mandó á sus amigos una papeleta que concluía así:

«Se suplica el coche. El duelo se celebra en Fornos.»

Aragón está de enhorabuena. El ferro-carril de Canfranc es una conquista con la que soñaba mucho tiempo hace. Bien la ha merecido.

En Aragón todo es superior. Los hombres causan admiración por su vigor y altura, las mujeres son hermosas, las pasiones ardientes, grande el patriotismo, extraordinario el amor, la caridad sublime. Cuando se habla de ese amor vehemente, inextinguible, eterno, que nace en la cuna y traspasa el frío del sepulcro, se dice: ¡Los amantes de Teruel! Cuando se quiere hablar del patriotismo, de las épicas hazañas, de ese valor heroico que se ríe ante la muerte porque en la muerte ve el pórtico de la gloria, es preciso decir con entusiasmo: ¡Zaragoza!

Para cantar sus glorias, para conmemorarlas, ese pueblo se acompaña de una música especial, alegre, risueña, vivaz, delirante, que atrae y embesale, que conmueve las fibras más delicadas del sentimiento, y es como fuego que enciende en nuestro corazón la inextinguible llama del patriotismo; música dulce y apasionada unas veces, triste, tristísima cuando sus notas se confunden con el estampido del cañón y con los gritos del combate; música que inventó la musa popular y el pueblo conserva como reliquia: La Jota Aragonesa.

Al oír este nombre el orgullo español se subleva.

No hay pueblo en el mundo á donde no hayan llegado los ecos de la Jota Aragonesa.

Es el himno de nuestra independencia, como la Marsellesa es el himno de la libertad.

Hamlet es una de las obras más populares de Shakespeare; Ambrosio Thomas la ha puesto en música; y el Sr. Rovira ha querido que veamos en Madrid al sublime escéptico cantando romanzas, y que Ofelia deje un rato de deshojar flores para hacer gorgoritos. ¡Asombrosa hazaña! Desde que *Hamlet* canta un aire de wals, los escultores pueden adornar sin escrúpulo á la imagen de cada santo con un par de pistolas.

Hamlet, ha dicho un crítico ilustre,—encarna el principio de la negación: este principio que otro gran poeta, abstrayéndole de la humanidad, ha dado

vida en *Meistófeles*. *Hamlet* lo es también: pero encerrado en el círculo viviente de la naturaleza humana, su negación no es el mal, está dirigida contra éste; duda del bien, pero no del mal y entabla con él una lucha escarnizada.

Al dudar del bien sospecha de su sinceridad y le ataca, no por su misma naturaleza, sino creyéndole una máscara, bajo la cual se ocultan el mal y la mentira, sus enemigos mortales. *Hamlet* no tiene la risa diabólica y antipática de *Meistófeles*; hay en su risa un fondo de amargura, cierta tristeza que nos reconcilia con él y nos hace compadecer sus sufrimientos.

Hamlet no es capaz de amar. Todas sus relaciones con Ofelia,—esa criatura inocente y purísima,—no son más que pretextos para ocuparse de sí mismo. Cuando exclama: «Jamás, Ofelia, cuarenta mil hermanos reuniendo su amor, no podrían igualar al mío,» igual que cuando dice: «¡Oh Virgen! Acuérdate de mí en tus oraciones,» no se ve en él más que el grito profundo de la impotencia de amar que se humilla delante de la pureza santa.

A Horacio le respeta y le admira. Dirigiéndose á él dice:

—Desde que mi alma es capaz de conocer los hombres y puedo elogiarlos, tú fuiste el escogido marcado por ella; porque siempre, ó desgraciado ó feliz, has recibido con igual semblante los premios y los reveses de la fortuna. Dichosos aquellos cuyo temperamento y juicio se combinan con tal acuerdo, que no son entre los dedos de la fortuna una flauta dispuesta á sonar según ella guste. Dadme un hombre que no sea esclavo de sus pasiones, y yo le colocaré en el centro de mi corazón; si, en el corazón de mi corazón, como lo hago contigo.

Todo es silencio, exclama en su agonía.

En la ópera muere cantando.

Hacemos votos por que Segismundo (el de *La Vida es sueño*) no sea envidioso.

Si lo es, no será extraño que algún día le veamos en algún teatro cantando peteneras.

En la acera del café Oriental.

—¡Mi señor D. Prudencio!

—¡Mi querido D. Cosme!

—¡Tanto bueno por la Puerta del Sol!

—Yo todos los días vengo. Se toma aquí tan bien el sol de diez á doce, que no dejaría de venir por todo el dinero del mundo. Además, casi todos los días nos reunimos en este sitio algunos camaradas y entretenemos el tiempo recordando aquellos días en que andábamos por el campo. ¿Y usted, qué se hace?

—Esperar... Ya sabe usted que yo soy de los que no se arrepienten ni se enmiendan. ¡Y si no estuviese la razón de nuestra parte, bueno desistir!... Pero lo está, sí señor, lo está. Ayer hablando de esto mismo con el padre Trabuco, recuerdo que me dijo:

—Amigo Berroqueña, no desmayar que lo que tiene que suceder, sucede.

MIGUEL MOYA.

CIENCIA Y ARTE.

Mas no siempre es tranquilo ni profundo el sueño. El fluido anímico, sin comunicación con los centros nerviosos sensitivos y motores, ejerce á veces movimientos funcionales, que en diferentes épocas ha ejecutado en el estado de vigilia, y los enlaza de manera que resulten conceptos, á veces más ó menos coordinados, y otros fantásticos; los cuales son con frecuencia reproducidos por la memoria al despertarse; y esto constituye los ensueños.

Además de esos ensueños, esencialmente anímicos, que agradables ó desagradables son siempre tranquilos, hay otros puramente nerviosos ó combinados con movimiento anímicos, dignos de ser mencionados; siendo los principales de ellos, la *pesadilla* y el *somnambulismo fisiológico*.

Los individuos entregados al sueño sienten, en ciertas ocasiones, un gran peso sobre la región del estómago ó del corazón, que les obliga á ejecutar movimientos bruscos, dar gritos ahogados, inarticulados, y presentar los fenómenos propios de una ansiedad más ó menos pronunciada, cuyo origen es el centro nervioso ganglionar; ansiedad que procede del estado anormal de algún órgano sometido á la acción de ese centro nervioso y produce esos fenómenos por reflexión, sin consciencia, por lo general, del alma, ó debidos á la presencia en el estómago de una cantidad excesiva de alimentos, ú otra causa por el estilo.

Cuando esa ansiedad llega á ser enérgica, impresionada al través de algún nervio sensitivo, aunque imperfectamente, al fluido anímico, y éste, sorprendido durante el sueño y casi incomunicado aun con la inervación, atribuye en aquel momento ese estado angustioso del yo orgánico, á alguno de los peligros que ha conocido durante la vigilia; como el que le sigue un toro, cae de una torre, etcétera; y con el objeto de salvar á su organismo del peligro en que le supone, recurre á crear con la velocidad de sus movimientos el fenómeno voluntad, á fin de que esta, con la frecuencia de sus movimientos y aumento consecutivo de su potencia

motora, influya sobre la inervación su vecina, para que ponga en movimiento los músculos de la locomoción y pueda el yo orgánico evitar ese peligro imaginario, y entonces el dormido despierta. Pero si la inervación impresionada por la voluntad sigue descansando, porque esa voluntad, creada precipitadamente por los movimientos ejecutados por el alma medio despierta, no tiene la energía suficiente para poner en movimiento los nervios motores, el yo orgánico, apurado, anhelante, se esfuerza inútilmente en ejecutar movimientos de locomoción, sin poder conseguirlo; aumentándose de esa manera su angustia; tal es la *pesadilla*.

Otras veces se observa, que la inervación, como automotora, pone en movimiento, durante el sueño, los músculos de locomoción, sin consciencia ni consentimiento de la voluntad; porque el fluido anímico descansa incomunicado con los centros cerebrales nerviosos; entonces el individuo dormido se levanta y camina inconscientemente por sitios conocidos durante su vigilia, ejecutando actos que en aquel estado ejecutaba; lo que se llama en fisiología *somnambulismo*.

El *somnambulismo fisiológico*, en la mayor parte de los casos, es puramente nervioso y por consiguiente inconsciente, porque la voluntad no ha intervenido en los movimientos ejecutados por el *somnábulo*; sin embargo, á veces el *somnábulo* recuerda sus actos, como en el caso que cita nuestro ilustre compatriota y profesor D. Pedro Mata, en su obra titulada «De la razón humana», y es el siguiente:

«Una noche, en que el prior de un convento estaba sentado junto á una mesa examinando algunos papeles, sintió que abrian la puerta de su celda y vió entrar un religioso, á quien se consideraba como *somnábulo*, con una daga en la mano.

«El *somnábulo* se dirigió sin vacilación á la cama del prior, cuya situación conocia, y descargó con la daga tres terribles golpes tan rudos y enérgicos, que atravesaron de parte á parte las mantas, sábanas y la estera que servia de colchon.»

«El día siguiente le preguntó el prior si había soñado la noche anterior, y confesó el *somnábulo*, que en efecto soñó, que el prior, con quien estaba hablando, había asesinado á su madre, y que él le mató á su vez á puñaladas. Enterado de lo que había pasado, dijo que no recordaba haberse levantado de la cama, sino que el sueño fué mientras dormía en ella.»

En este último ejemplo, además de los nervios, de los movimientos voluntarios, tomó también parte el fluido anímico, puesto que la memoria recordaba los hechos, aunque incompletamente; y tanto este ejemplo como los anteriormente presentados, prueban, que el sueño es un estado complejo del organismo viviente; en el que, aislados ó combinados, intervienen el fluido anímico y los centros nerviosos tanto el cerebro-espinal como el ganglionar, en sus respectivas atribuciones.

En efecto, cuando el fluido anímico y los centros nerviosos cerebrales suspenden las relaciones que mantenían entre sí y con los objetos exteriores durante la vigilia, el *sueño* es *tranquilo*; si el fluido anímico se mueve dentro de su domicilio, sin mantener relaciones con la inervación, aparecen los *ensueños*; en los casos en que el centro nervioso ganglionar ejerce su acción automotora sobre los músculos del movimiento, sin consentimiento de la voluntad, y sin consciencia de la mente, se presentan las *pesadillas*; y siempre que los centros nerviosos, encargados de los movimientos voluntarios, producen, automáticamente también, la locomoción del individuo dormido, sin consentimiento ni conocimiento, la mayor parte de las veces, de la voluntad, en esos casos se califica el sueño de *somnambulismo fisiológico*.

Llamamos *fisiológico* á ese *somnambulismo*, para distinguirlo del *magnético*, promovido artísticamente por los que se titulan *magnetizadores*; acerca de lo cual nada podemos asegurar hoy, sino que ese fenómeno no se encuentra en oposición con la teoría que hemos adoptado; pues todos los días vemos que una voluntad enérgica subyuga, á veces, á otra u otras más débiles; acaso por continuidad del fluido anímico, ó por otras causas que aun no se han podido investigar.

Concluida la explicación del sueño en varias de sus principales fases, continuaremos con la de algunos otros fenómenos, que tienen también bastante importancia.

Los estados patológicos, conocidos en la práctica médica con la denominación general de enfermedades mentales, entre los cuales los más comunes son: el *idiotismo*, que generalmente es congénito; el *delirio*, constituido por un desorden general, temporal, pasajero de la serie mental de los fenómenos centrales y excéntricos; las *monomanías*, consistentes en desórdenes parciales concretados á ciertos y determinados movimientos del alma, y la *demencia*, en la que los desórdenes son generales como en el delirio, pero siguiendo una marcha crónica y larga, pueden también ser explicados por nuestro sistema, como puede deducirse de estas líneas; pero su explicación detallada no es propia de este estudio, pues pertenece á la patología médica. Creemos, sin embargo, que esas enfermedades deben reconocer como causas principales: la mala conformación del cráneo ó cerebro; las lesiones de ese órgano, principalmente las que interesan los centros nerviosos; los desórdenes en los movimientos del éter inervador; en fin, todo lo

que puede influir en el trastorno de los movimientos fenomenales del fluido anímico; pero solo un estudio comparativo del cerebro y sus dependencias verificado en los cadáveres, teniendo presente el grado de inteligencia que poseían en vida los individuos á quienes respectivamente pertenecían, y sus relaciones con las lesiones encontradas, podrá contribuir, con el tiempo, á aclarar esas cuestiones.

Hemos explicado ya, con arreglo á la teoría que hemos adoptado, los principales estados fisiológicos y patológicos, relacionados con el ejercicio de los fenómenos mentales; para demostrar la verdad de la existencia del fluido anímico solo nos resta, pues, establecer las principales diferencias que se observan entre la desarrollada inteligencia del hombre y la imperfecta del resto de los animales de nuestro planeta; siendo necesario para ello el hablar antes algo acerca del *instinto* que predomina en los últimos.

Hemos dicho ya, que las sensaciones pueden provenir de impresiones recibidas por la mente, sea del exterior, sea del interior del cuerpo; dividiéndolas, en consecuencia, en *externas* ó *internas*.

Las impresiones procedentes de los órganos interiores, al llegar á ejercer su acción sobre el alma, conducidas por los cordones nerviosos sensitivos correspondientes, toman el nombre de *sensimientos*; para distinguirlos de las que emanan de los objetos exteriores que, atravesando los órganos de los sentidos, se convierten al impresionar el alma en sensaciones.

Unas veces los *sensimientos* reconocen su origen en algún órgano interior, y atravesando el centro ganglionar correspondiente, después de haber promovido algunos movimientos orgánicos involuntarios, calificados, según se dijo en otro lugar, de *actos reflejos*, é influido sobre algunas secreciones y excreciones, llegan, al través de los cordones sensitivos relacionados con los citados ganglios, al alma, que se hace cargo de ellos.

Otras veces esos *sensimientos* aparecen inmediatamente que el alma ha recibido alguna impresión exterior; la cual es transmitida al centro ganglionar correspondiente, al través de los nervios sensitivos que hemos citado antes, pero recorriéndolos en sentido inverso ó sea del centro á la circunferencia; promoviendo, instantáneamente en el ganglio impresionado, movimientos orgánicos especiales, en determinados órganos ó sistemas orgánicos, é influyendo también sobre ciertas secreciones y excreciones.

Se ve, pues, que en uno y otro caso, el centro nervioso que promueve esos movimientos es el ganglionar; ejerciendo siempre una influencia determinada sobre algún órgano ó aparato orgánico, y aun sobre la misma mente ó el conjunto del organismo, cuando el sentimiento es profundo.

Sea cualquiera su origen, el primer grado de los sentimientos le constituye el *instinto*; que es un deseo vehemente, irresistible para los irracionales, que arrastra á aquellos en quienes se manifiesta á cometer actos á veces censurables; pero el hombre, disponiendo de un juicio y de una conciencia moral con quienes consultar, que escasamente poseen los demás animales, somete los instintos al criterio respectivo de esos dos fenómenos, y su voluntad los acepta ó rechaza en consecuencia. Los instintos más comunes son los que provienen de las necesidades orgánicas, como el hambre, la sed, los deseos genésicos.

Los sentimientos son siempre agradables ó desagradables, y producen, en el individuo que los experimenta, placer ó dolor.

Cuando los sentimientos son suaves y sostenidos se convierten en *afecciones*; si llegan á cierto grado de intensidad, constituyen las *pasiones*, y en las casos en que son instantáneos y vehementes, aunque pasajeros, se les distingue con el nombre de *emociones*.

Las *emociones* constituyen, pues, fenómenos de mayor intensidad que los sentimientos y las afecciones; siendo á veces tan vehementes, rápidos y sorprendentes sus efectos sobre el organismo, que dan lugar á la presentación de las convulsiones, las lipotimias, la locura, y aun la muerte instantánea en los emocionados, por las alteraciones orgánicas y funcionales que experimentan.

Las principales *afecciones* son: la satisfacción de haber obtenido algún deseo; el amor moderado; la amistad, las simpatías; la repugnancia ó antipatía hacia alguno etc.; y las *pasiones* están representadas por el odio; la cólera; el amor profundo; los celos etc.

Los movimientos orgánicos producidos por esos sentimientos son también numerosos; como el llanto ó la risa consecutivos, respectivamente, por sentimientos alegres ó tristes, con aumento de secreción lagrimal; la rubicundez de la cara en la vergüenza, los latidos del corazón, consecutivos al miedo; el entusiasmo en ciertas emociones; las contracciones musculares y las evacuaciones albinas en el susto; las congestiones sanguíneas al corazón, pulmon y cerebro en la cólera; y además los efectos que antes hemos citado, producidos por las emociones.

Los fenómenos que acabamos de enumerar, son todos de origen nervioso ganglionar, y por lo tanto involuntarios ó inconscientes, hasta que el alma se haga cargo de ellos; lo que ha dado motivo á la equivocada creencia de que el centro de los sentimientos es el corazón, así como el de las sensaciones es la cabeza.

Explicada la teoría de las sensaciones externas é internas, nos dedicaremos á exponer las principales diferencias que se observan entre la inteligencia humana y la de los irracionales; presentando como ejemplo de los últimos al perro, que es el animal más relacionado con el hombre y el más inteligente, ó, al menos, uno de los más inteligentes que se conocen. Todo lo que digamos acerca del perro, debe aplicarse, pues, al resto de los animales, respectivamente al mayor ó menor grado de inteligencia que poseen.

El *perro* está dotado, como el hombre, de cinco sentidos externos, encargados de recibir y comunicar al sensorio las impresiones causadas por los objetos exteriores, por medio de una tramitación igual á la que se observa en la especie humana. Esas impresiones se convierten, cuando llegan al sensorio, en sensaciones, percepciones ó ideas, puesto que las recuerda la memoria é interviene la voluntad para promover los movimientos conscientes; pero el perro no razona, no se observan en él los fenómenos propios, resultando de las agrupaciones y comparaciones, forman en el hombre la serie central del razonamiento. La inteligencia del perro no llega, pues, hasta el grado de formar ninguno de los fenómenos que componen la escala racional del hombre, fuera de la memoria.

Por eso el perro y los demás animales, fuera del hombre, merecen realmente la calificación de *irracionales*, puesto que no existe en ellos el razonamiento; limitándose su inteligencia á la presentación tan solo de la serie fenomenal sensitiva concéntrica, formada por las sensaciones, percepciones é ideas; á la memoria, entre los fenómenos centrales, y á la voluntad, aunque débil, en la serie excéntrica.

Por otra parte, el perro, además de conocer á su amo y demás individuos de la familia con que vive, llega á cobrarles cariño, sin dejar por eso de hacer lo posible para satisfacer lo que le dictan sus instintos; defiende á su familia de los ataques que le dirigen los extraños; á alguno de los cuales cobra un odio que concluiría con él si contara con medios suficientes para verificarlo, atacándolo siempre donde quiera que le encuentre.

El perro, además de estar sujeto á los instintos comunes á todos los animales; instintos, á cuya influencia no puede resistir por no poderlos someter al criterio de la razón ni de la conciencia moral, porque carece de esas facultades, contrae afecciones, tiene pasiones y hasta experimenta emociones; por ejemplo, cuando ha dejado de ver por mucho tiempo á sus amos y de repente se encuentra con ellos; como lo manifiestan bien sus caricias, sus saltos, gritos de alegría y halagos. La serie fenomenal de los sentimientos, predomina, pues, en el perro sobre las sensaciones; y cuando se corrige de las faltas que ha cometido, no es porque distinga el bien del mal, sino para evitar el castigo que en cada falta se le ha aplicado.

Por eso su fluido anímico no puede dar lugar á la presentación de fenómenos de la misma importancia, á los que presenta el alma humana; lo que debe atribuirse, sea á la diferente estructura de los respectivos cerebros, que solo permiten al fluido ejecutar movimientos propios para la producción de ciertos y determinados fenómenos; cual sucede con la impresionabilidad especial que poseen los órganos de los respectivos sentidos en las diversas razas; ó por la mayor ó menor cantidad ó densidad del fluido que á cada una de las clases anima; ó acaso por ambos motivos combinados; pues el estado actual de la psicología no nos permite precisar esos motivos.

Las principales diferencias que distinguen al hombre de los animales irracionales, consisten pues. Primera: en que el hombre posee capacidad anímica suficiente, para producir una serie fenomenal, que le permite investigar y descubrir las leyes de la naturaleza; juzgar de su verdad por medio del razonamiento; convertirlas en el acto en principios generales científicos; someterlos al criterio de la conciencia moral, y aplicarlos luego artísticamente á las necesidades y comodidades de su vida, por la intensidad de su voluntad, que en los demás animales es pasajera y voluble. Segunda: en que el hombre puede difundir dichos principios y generalizarlos entre sus semejantes, así como sus aplicaciones artísticas, por medio de la palabra hablada ó escrita. Y tercera: en que la presentación de los fenómenos racionales y morales, que conducen al hombre á la formación de los principios generales científicos, ó sus aplicaciones prácticas, y á la generalización de esos conocimientos entre los individuos de su especie, no se encuentra al alcance de los movimientos ejecutados por el fluido, que anima respectivamente á los irracionales; de lo que resulta, que el hombre puede ser científico, artista y literato, pero no pueden llegar á serlo jamás los irracionales.

Por eso la especie humana está reconocida como muy superior á las demás especies de animales que pueblan el globo terráqueo, sin excepción alguna; pues aunque las individualidades que constituyen las últimas se hallan, en gran parte, dotadas por la naturaleza de medios de ataque y defensa mucho más poderosos de los que dispone el hombre; éste, con sus adquisiciones científicas y aplicaciones artísticas, crea medios muy superiores á los que poseen naturalmente los irracionales. Un arma de fuego, por ejemplo, ó una máquina eléctrica, son muy superiores á las de los animales; quienes no pueden comprender siquiera el modo de obrar de esos mecanismos.

No dejamos de conocer que algunos nos objetarán diciendo, que el loro, la cotorra y la urraca aprenden á pronunciar frases como el hombre, y que las hormigas, las abejas y los castores construyen sus habitaciones artísticamente; á lo que contestaremos, que las aves citadas no hacen más que repetir maquinalmente las frases que aprenden del hombre, sin que conozcan su sentido, y que eso no prueba otra cosa sino que la laringe y algunos músculos de esas aves tienen una estructura adecuada para esa pronunciación y que tienen memoria. Lo mismo decimos de las habitaciones de las hormigas, etc.; las cuales siempre están construidas de la misma manera, sin variación alguna; porque no pueden conocer las leyes, que pudieran enseñarles cómo se verifican esas variaciones, como sucede en las de los hombres.

Diferencias semejantes á las que se observan entre la inteligencia humana y la de los irracionales, existen también entre las diferentes razas humanas en general, y hasta en cada individuo en particular. Los límites de algunas inteligencias no son susceptibles de mayor extensión, porque esa limitación depende de una mala conformación del cerebro, que se opone á que el fluido anímico ejerza libremente sus movimientos, cual sucede en los idiotas; pero otras veces no se verifica el desarrollo de los fenómenos mentales, porque el individuo no se dedica á la gimnasia mental instructiva; como sucede con la gran mayoría de las masas populares, las cuales, precisadas á dedicarse á un trabajo material continuo para proporcionar el sustento diario á sus familias, no tienen tiempo para adquirir esa instrucción, que nosotros deseamos poner al alcance de todas las clases sociales.

Resumiendo ahora lo que hemos dicho acerca de la inteligencia ó mente humana, resulta en último término, que la existencia hipotética del fluido anímico ó alma en el hombre, explica, con arreglo á las leyes evolutivas que hemos consignado, la presentación, por medio de sus movimientos físicos, de las tres series de fenómenos mentales conscientes, la sensitiva concéntrica, la racional central y la volitiva excéntrica; así como explica también el sueño y sus variedades, las enfermedades mentales, las diferencias esenciales que existen entre la inteligencia humana y las de los animales irracionales, y finalmente las diferencias de extensión que existen entre los límites intelectuales que poseen las diferentes razas humanas en general, y los individuos de cada una de ellas, en particular.

Esa existencia del alma, antes hipotética, se ha convertido, pues, ya en verdad demostrada, con las explicaciones que acabamos de dar; como la existencia del éter lo ha sido anteriormente con la explicación de los fenómenos luminosos; resultando de eso, que la metafísica desaparece para en adelante, por haberse convertido en física pura, y la psicología llega á formar una de las secciones de la fisiología; con lo que daremos fin á este particular y pasaremos adelante.

VIII

Al *yo* mental, después de dar lugar á la presentación de los fenómenos racionales, se le presentan dos sendas que seguir, cuya elección se encuentra á cargo de su voluntad.

La una es la senda anímica consciente, que conduce al descubrimiento de nuevas verdades, como continuación de la senda del razonamiento lógico; la otra la que repasando la línea divisoria entre lo consciente y lo inconsciente, recorre el terreno etéreo inconsciente; donde la voluntad ejerce su poder directivo sobre las evoluciones que en ese terreno inicia, por medio de los movimientos voluntarios producidos al través de los nervios motores, para aplicar artísticamente las verdades descubiertas en la senda científica.

Fuera de esas dos vías, que conducen al hombre á la verdad, al saber teórico y práctico, no se encuentra más senda que la de la ignorancia y del error. Por ahora continuaremos tratándonos sólo de la senda anímica, que conduce al terreno científico; pues la que atraviesa el terreno etéreo, que conduce al arte, formará el objetivo de la segunda sección de este estudio.

El alma humana, cuando emprende sus movimientos investigadores de la verdad, desde que principia á presentarse la asociación sucesiva de los fenómenos mentales, evolución fuera de las regiones etéreas fatales; pero no se ha podido indagar, hasta ahora, con precisión, la marcha que siguen las evoluciones conscientes después de la presentación de dicha serie fenomenal.

La existencia de esas regiones conscientes la presiente nuestra inteligencia aconsejada por la lógica, pero no ha podido demostrarla aún científicamente; sin embargo, deben existir esas regiones, puesto que nuestro fluido anímico las comprende entre sus movimientos, aunque confusamente; confusión que debe atribuirse, ó á la falta de práctica suficiente en los movimientos anímicos, ó á lo limitada, que es naturalmente nuestra inteligencia.

En el primer caso, es decir, si la confusión de los movimientos anímicos reconoce por causa la imperfección de la gimnasia mental, esa confusión desaparecerá según vaya el fluido anímico practicando los movimientos fenomenales hacia adelante y llegue á dominarlos, como Leotard los movimientos gimnásticos del trapecio, Rubinstein el manejo de las teclas del piano, ó Sarasate el arco y las cuerdas de un violín.

En el segundo caso, esto es, si la confusión de los movimientos del fluido alma, á que nos referimos ahora, es debida puramente á la limitación natural de la inteligencia humana, entonces será imposible conseguir su desaparición; pero los gigantes adelantos que en las ciencias y artes ha conseguido el hombre de un siglo acá, prueban, sin género de duda, que, al menos en gran parte, la limitación de la inteligencia humana depende de la falta de gimnasia bien dirigida.

En que esa limitación existe no puede quedar la menor duda; pues lo prueba la comparación que vamos á establecer entre los grados de consciencia individual que poseemos y los que nos faltan que poseer, según lo comprende la inteligencia misma.

En efecto; si fijamos nuestra atención en la consciencia individual relacionada con el tiempo, según la comprende nuestra mente, aparece formando las tres series siguientes:

Serie del presente: Yo soy; dónde soy; lo que soy; para qué soy.

Serie del pasado: Yo fui; dónde fui; lo que fui; para qué fui.

Serie del futuro: Yo seré; dónde seré; lo que seré; para qué seré.

De estas tres series de consciencia individual, el *yo* humano de nuestro planeta no posee hasta hace poco tiempo más que el primer fenómeno de la serie del presente; no llegó á conocer el astro que habita hasta una época muy reciente; pues de un simple planeta de orden inferior, como es la tierra, quería hacer el centro del universo, hasta el grado de castigar, los que sostenían la revelación divina como única fuente de las verdades, á uno de los astrónomos más nombrados, porque dijo que la tierra andaba al rededor del sol. El tercer fenómeno de la misma serie estamos investigando ahora, y el cuarto formará parte de la segunda sección de este estudio.

No conocemos, pues, hasta el presente, más fenómenos de consciencia que los relacionados con el tiempo que nos pertenece; pero nada absolutamente sabemos de los que forman la serie del pasado, que debió pertenecernos; ni la del futuro, que nos deberá pertenecer.

Reflexionando ahora en que los grados de condensación de los seres, que con sus movimientos dan lugar á la presentación de fenómenos inconscientes, como el éter y sus derivados, y los que producen los conscientes, como el fluido que anima al hombre, debe existir una inmensa diferencia, aunque separada por una línea divisoria exactamente precisada, entre el número de movimientos fenomenales que respectivamente ejecutan unos y otros, podemos considerar esos dos fluidos como elementos independientes entre sí, para las formaciones de los seres y fenómenos respectivos.

Eter y alma son, pues, las dos sustancias que deben ser consideradas como relativa y respectivamente elementales para la constitución del organismo humano; la primera para la formación de las partes cuyos movimientos producen los fenómenos inconscientes é involuntarios; y la segunda para dar lugar, por el mismo procedimiento, á la presentación de los fenómenos conscientes y voluntarios. Tal es la organización del *yo* humano en este planeta; con lo que queda explicado el tercer fenómeno de consciencia de la primera serie del presente. Pero cada una de esas dos sustancias, éter y alma, deben ser consideradas de la manera siguiente.

Al éter le calificamos anteriormente de sustancia relativamente elemental de todos los seres del universo conocido para nosotros; mas, en vista del descubrimiento del fluido anímico, debemos modificar esa calificación, diciendo; que el éter es, siempre relativamente, el único y primordial elemento de todos los seres de nuestro planeta, cuyos movimientos dan lugar á evoluciones fatales, y estas á la presentación de fenómenos involuntarios é inconscientes.

Efectivamente, de los grados de condensación del éter provienen todos los seres sin excepción, contándose entre ellos algunos especialmente elementales para las formaciones de otros más condensados que ellos; por ejemplo, el oxígeno y el azoe mezclados forman el aire atmosférico, y de la combinación del mismo oxígeno con el hidrógeno resulta el agua; pero esos fenómenos producidos por los cuerpos elementales secundarios, son contados, y no abrazan todos como los del mismo éter. Esto prueba que el éter es el fluido más sutil, menos condensado, de donde emanan todos los demás que existen en este planeta, cuyos movimientos dan lugar á la presentación de todos los fenómenos que en él se observan, sin más excepciones que la de la consciencia.

Mas el fluido anímico del hombre se encuentra, en la presentación de los fenómenos conscientes, en el mismo caso que el oxígeno, azoe, etc., con respecto del éter; pues sus movimientos no alcanzan, al menos hasta el día, mas que á producir la presentación de ciertos y determinados fenómenos conscientes, pero no todos como el éter lo verifica con los inconscientes.

De lo dicho se infiere, que nuestro fluido anímico no debe ser considerado como relativamente primitivo, cual se considera al éter en su terreno; sino como un fluido secundario, respecto á otros anímicos menos condensados que él, cual lo son el oxígeno, hidrógeno, azoe, etc., respecto al éter; lo que prueba la limitación de nuestra inteli-

gencia, y confirma el criterio que tenemos formado, de que en otros astros, más importantes y más desarrollados que nuestro planeta, pueden existir y existirán indudablemente inteligencias, producidas por fluidos menos condensados que el que á nosotros nos anima, que con sus movimientos produzcan inteligencias que abarquen mayor número de fenómenos de consciencia que el nuestro; siempre que esos astros reúnan las condiciones de vida propias para la producción y sostenimiento de organismos adecuados para ello.

Mas no pudiendo haber nada de superfluo en la naturaleza, y ejerciendo el fluido anímico movimientos fenomenales que le hacen concebir la posibilidad y aún la probabilidad de la existencia de esas inteligencias cada vez más desarrolladas, la voluntad humana, confiando en esas inspiraciones, comunicadas por los movimientos del fluido en el que tiene su origen, debe avanzar siempre en sus investigaciones por las regiones anímicas, tan poco exploradas aún, á ver si le conducen al conocimiento de los fenómenos de consciencia que hoy no posee, hasta llegar á demostrar científicamente, como último límite de las inteligencias conscientes, la *individualidad ó raza* de organismos supremos, infinitamente sabios y justos, que posean una voluntad omnimoda; organismo ú organismos resultantes de las vibraciones infinitamente veloces y eternas del fluido elemental primitivo, colocados en el último peldaño de la escala anímica ascendente, y cuya existencia hoy es solamente hipotética.

El presentimiento de esa existencia ha debido ser la que dió origen al *politeísmo* antiguo y al *monoteísmo* moderno; así como la influencia que algunos individuos de la especie humana de voluntad energética ejercen sobre los animales y aún sobre sus semejantes de voluntad menos energética, como sucede con los grandes reformadores y conquistadores, que arrastran pueblos enteros con la fuerza de su voluntad, ha debido también dar lugar á la creencia, muy generalizada, de la intervención de esa ó esas inteligencias supremas en todas las evoluciones inconscientes y conscientes que cumple la voluntad humana; creencia que se extiende hasta la convicción de que los hombres serán juzgados en ultratumba por esa ó esas inteligencias supremas y recompensados ó castigados, conforme sus actos hayan ó no estado en consonancia con lo que les dictaban en vida los principios en que se funda la consciencia moral.

Mas todo cuanto se relaciona con nuestro pasado y nuestro porvenir lo ignoramos por completo, según lo hemos repetido varias veces; todo cuanto dijéramos sobre el particular, sería, pues, meramente hipotético; y, francamente, no nos gusta admitir hipótesis que no puedan ser demostradas como verdades en el momento, como lo verificaron otros con la existencia del éter y nosotros con la del fluido anímico.

Lo único que hasta ahora hemos llegado á saber en ese terreno, es que cuando un individuo de la especie humana ha terminado su proceso vital, las partes de origen etéreo que concurrían á la formación de su organismo, se descomponen, se fluidifican, se aíslan sus moléculas y pasan dentro de las mismas regiones etéreas, á que pertenecen, á constituir otros seres para continuar las evoluciones inconscientes, como anteriormente lo verificaban; mas lo que entonces sucede con el fluido productor de los fenómenos conscientes, que animaba en vida á ese organismo descompuesto ya, lo ignoramos por completo.

Si el *espiritismo*, que tan en moda ha estado una temporada, fuera una verdad; es decir, si lo que los espiritualistas consideran como espíritu y nosotros como fluido anímico, pudiera, después de la descomposición de la parte etérea del organismo, ponerse en comunicación con las inteligencias de los organismos vivientes, por cualesquiera medios que fuesen, entonces podríamos afirmar que el alma humana, después de la muerte del individuo que animaba, permanecía, durante más ó menos tiempo, en el mismo estado que se encontraba en el cerebro de aquel individuo, sin más diferencia que la de haberse extendido su consciencia en algunas series y grados; pues que, según los mismos espiritistas, los espíritus invocados por ellos y puestos en comunicación con sus inteligencias, no sólo tienen consciencia del presente, sino que poseen la del pasado y prevén lo futuro; afirmación que, demostrada como verdadera, proporcionaría un buen punto de partida á los estudios científicos; mas, por ahora, no nos es posible tratar de eso sin saber lo que podrá manifestar la ciencia sobre ello progresando por esa vía.

Hemos llegado, pues, á los límites hasta los cuales ha llegado la inteligencia del hombre de este planeta en el terreno de la ciencia; pero que hasta ahora no ha podido traspasar; por lo que terminaremos también nosotros esta primera sección de nuestro estudio filosófico; pues aunque hay establecidas reglas para la formación de los principios generales científicos, como esas reglas son de aplicación práctica, pertenecen, más bien que á la ciencia, al arte, que forma el objetivo de la segunda sección, cuyo estudio vamos á emprender.

ANTONIO ARRUTI.

MÉJICO.

Heróica fué la lucha sostenida por este pueblo valeroso para defender su noble independencia amenazada de muerte por las legiones francesas, que envió Napoleón III, que eligió por mísero instrumento de sus ambiciosos planes al desgraciado Maximiliano.

La América, fué siempre enérgico y entusiasta apóstol de los imprescriptibles derechos de la nación mejicana, y combatió con perseverante constancia é indignación profunda á los pérfidos invasores de un territorio sagrado para cualquier digno ciudadano que no llevase el nombre odioso de Napoleón.

Nuestra defensa de un pueblo hermano, que habla nuestro idioma, que pertenece á nuestra raza de origen latino, concitó las iras vengativas del poder intruso, y fué prohibida la circulación de nuestra *Revista* en la patria de los antiguos aztecas. La pérdida de nuestros intereses fué compensada por la espresiva carta de reconocimiento y de gratitud que nos remitió desde San Luis de Potosí, el Sr. Santcilia, en nombre de su padre político, el íntegro y firme adalid de su independencia, el gran patricio y después dignísimo presidente de la República mejicana, el señor Juárez.

Aun debe recordarlo el Sr. Santcilia, nosotros no hemos olvidado aquel testimonio solemne, aquel homenaje honroso tributado á nuestra conciencia desdeñosa de la fortuna, que obedecía no mas á la voz imperiosa del deber austero, al afecto vehementísimo y desinteresado que nos inspiraba el pueblo mejicano, que logró arrojar, con heroísmo inmortal en los anales de la historia, al formidable ejército extranjero que osó profanar sus sacrosantos lares.

Terrible fué la expiación de tan nefando crimen perpetrado por los que pretendieron en su soberbio orgullo imponer su omnimoda voluntad á una nación altiva, celosa de su dignidad, y guardadora del arca santa de su soberanía, que es la majestad más venerable de un pueblo libre.

Méjico ha sufrido rudas vicisitudes y pasado por costosas pruebas, que han puesto de relieve y dado realce á su valor y á su constancia.

Hoy vemos con satisfacción inmensa y con placer vivísimo que se trasforma y que se regenera.

Abunda el oro en las cajas de la Tesorería, la Aduana de Veracruz dá los más pingües rendimientos, síntoma infalible del desarrollo creciente de su industria y de su comercio, y de la prosperidad de su agricultura que son los manantiales fecundos de la riqueza pública, que ha de producir su grandeza material.

Tiene razon nuestro apreciable colega el *Monitor Republicano*, muy ilustrado periódico, que se publica en aquella capital. No basta administrar con pureza las rentas públicas, son precisas las economías en los gastos que no sean indispensables, para que no se hagan esos negocios ruinosos que explotan en su provecho los agiotistas que improvisan fortunas colosales, prevalidos de la influencia y del favor que les dispensan muchas veces los más altos funcionarios del Estado.

El discurso del presidente de los Estados Unidos mejicanos, ante el Congreso de la Union, manifestó las mejoras intruducidas en el ramo de correos, el aumento de agencias y de estafetas, y la celebración de un nuevo y más práctico arreglo con la empresa de vapores de la «Mala del Pacífico.» Además pretende uniformar y disminuir el porte de la correspondencia interior y establecer giros postales para el público. Sus puertos se comunican con los principales extranjeros, por medio del servicio de vapores.

Ha organizado el ramo de beneficencia, para hacer progresar los establecimientos en que reciben auxilio los menesterosos, y la antigua lotería llamada del «Ferro-carril de Toluca» que dependía de la secretaría de Gobernación, pasó á la de Hacienda á la que entregó ciento veinte mil pesos, depositados en el Monte de Piedad.

Se nombró una comision de personas competentes, que estudie los diversos proyectos presentados para el establecimiento de una penitenciaría.

Ha hecho en el ramo de justicia importantes mejoras, y ocho años de una paz establecida sobre bases sólidas, le impone el deber de recomendar á la iniciativa de los senadores y diputados las leyes orgánicas sobre minería, el código de comercio y otros artículos constitucionales, para que la legislación nacional esté en armonía con los progresos de la civilizacion moderna.

La instruccion primaria ha recibido saludables reformas, enriqueciendo tambien la Escuela Nacional de Bellas Artes, con colecciones de pinturas excelentes, y destinando ochenta mil pesos para la terminacion de la Biblioteca Nacional; y mediante un contrato por valor de sesenta y cuatro mil pesos, la obra estará concluida en el mes de Julio del año venidero, continuando además sin interrupcion los trabajos de la comision geográfica explotadora en el Estado de Puebla, inaugurada ya en el de Tamaulipas.

Otras exploraciones científicas se están practicando en los Estados de Puebla, Traxcala y Oaxaca, Veracruz, San Luis y Tamaulipas, que han producido satisfactorios resultados, encontrando mineros ricos de carbon mineral que reemplace al vegetal, lo que ha de redundar en beneficio de

la industria, acreciendo las fuentes de la riqueza pública, y el Gobierno ha promovido las reuniones de industriales que concierten los medios más eficaces para la conduccion y el transporte del combustible á los lugares del consumo con rapidez y baratura.

Organizó otra comision para reconocer las islas del golfo de Cortés y del Pacífico.

Las líneas telegráficas y los ferro-carriles han recibido un impulso extraordinario, y nos complace relatar todos los detalles que resaltan en el citado discurso para que conozcan los lectores de LA AMÉRICA, el celo y la solicitud de aquel Gobierno y de los dignísimos representantes del país, en consagrar su atencion á promover los intereses materiales en armonía con los intereses morales, que aunados constituyan la grandeza de Méjico, cimentando su libertad política sobre tan inquebrantables fundamentos, porque los pueblos convencidos por la realidad de las ventajas y de los bienes que disfrutan por sus libérrimas instituciones que afianzan el desenvolvimiento de todas las facultades humanas, y la consagracion de todos los derechos del ciudadano, no pueden menos de amar y de sostener á costa de los más grandes sacrificios, una organizacion de los poderes públicos, que emana del ejercicio de su soberanía, que sanciona el dogma divino de la igualdad y de la fraternidad, proclamadas por el Evangelio pero que por desgracia han olvidado, adulterado, y profanado, con rarísimas escepciones, los que debieron dar el ejemplo de respeto y de veneracion á tan sublimes leyes.

El Poder ejecutivo ha hecho diez y seis concesiones para la construccion de ferro carriles, autorizado, por supuesto, por las leyes; seis de aquellas lo han sido sin subvencion, sin contar las referentes á líneas del distrito federal, que están en vía de construccion, y las concedidas anteriormente demuestran sus progresos, como la de Mérida á Peto y al Puerto del Progreso; la de Méjico, á la Hacienda de San Antonio y á Querétaro; de Celaya á Irapuato, á Paso del Norte, y en Tampico, de la capital á Toluca, entre Toluca y Morella, en Manzanillo, y en Nueva Laredo, en Zacatecas á San Luis, de Guamas á Hermosilla en el de Sonora, en el de Tehuantepec, en el Norte del Istmo, y por el Sur en Chipehun, cuyo puerto eligió la compañía para punto extremo del ferro-carril en el Pacífico. De Méjico á Cuantia, de los Reyes á Irola, de Veracruz á San Andrés por Jalapa, y entre Jalapa y Coatepec, de San Agustín á Yecoloyuean, de Veracruz á Alvarado, de Puebla á San Marcos, de San Martín á Irola, de Puebla á San Martín Texmelucan. Son diferentes las compañías que han explotado muy cerca de mil kilómetros.

Las líneas telegráficas se han aumentado tambien en gran número. Se construyó la de Morella á Zamora, pasando por Purnandiro y la Piedad, y está en construccion la de Toluca á Guadalajara. Se han terminado la de Guaymas á Ures, y la de Caliacan á Alamos. Sonora quedará pronto en comunicacion por telégrafo con el resto de la República. Tuxtla Gutiérrez, se unirá con Tuxtitan, y se han contratado la construccion de las líneas de Campeche al Carmen; de San Juan Bautista á Frontera; de Cunducuan á Minahltan; de Leon á Chalchihuites, pasando por Lagos, Aguascalientes y Zacatecas, de Guadalajara al Manzanillo pasando por Colima, de Guadalajara á San Blas, de Paso del Norte á Chihuahua; de Matamoros á Ciudad Victoria; de Santander-Jimenez á Altamira; de Tancanhuitz á Tampico y de Saltillo á Villa Lerdo.

Un contrato celebrado con el general Grant, sometido al Congreso, para tender un cable entre las costas de Méjico y Cuba, y otro que se celebró con la compañía que explota el que actualmente existe paralelo al litoral del golfo de Méjico, unirá tambien directamente aquel país con la isla de Cuba.

La Hacienda presenta un estado satisfactorio; se han hecho reformas en el orden administrativo, y la nueva organizacion de la contabilidad fiscal ha facilitado la formacion exacta de la cuenta anual de caudales de la federacion.

Se celebró con el representante del Banco egipcio un contrato, para establecer un Banco de emision en Méjico: con el tipo mínimo de interés proporcionará al Gobierno cuatro millones de pesos, que bastarán á cubrir todas las atenciones de servicio público.

La derogacion del derecho de exportacion de preciosos metales, la modificacion del arancel vigente, catastro del distrito federal y otras reformas oportunas, van á ser resueltas por las Cámaras y por la iniciativa del Poder Ejecutivo.

Este ha organizado el ejército en tiempo de paz y en tiempo de guerra, segun las facultades que se le concedieron; ha hecho la division de zonas militares; creado un cuerpo de administracion que atiende á las necesidades del servicio; para conservar la Armada Nacional se ha construido un varadero y se proyecta el establecimiento de un arsenal; al mismo tiempo se han destinado fuerzas respetables que guarden las fronteras del Norte y del Sur.

Por el Norte las invasiones frecuentes de los indios bárbaros siembran la consternacion y la inseguridad en los pueblos de Chihuahua y de Sonora, cuyas familias ven amenazada su propiedad, y estas depredaciones, que se efectúan en territorio mejicano, no pueden cesar sin la buena voluntad del Gobierno de los Estados Unidos, que, al pa-

recer, está decidido á dictar las medidas más eficaces para reprimir tan terribles correrías; y efectivamente, han mostrado su benévola actitud las autoridades federales americanas, como las locales de Texas y de Arizona, que han logrado el digno objeto de mejorar la condicion, en extremo afflictiva, de aquellas desgraciadas localidades.

Una cuestion de límites, la falta de una línea de separacion reconocida entre Guatemala y Méjico, crearon algunas dificultades que podian ser funestas y que deben evitarse entre pueblos hermanos, y deseamos con el más cordial afecto hácia estas repúblicas, que la comision científica nombrada al efecto por el Gobierno mejicano, termine sus trabajos y se fijen los límites internacionales con amistosa y mutua deferencia, porque es deplorable que las *Repúblicas hispano-americanas* se destrocen en luchas sangrientas, cuando están unidas por lazos fraternales, proclaman los mismos principios y son regidas por instituciones, cuyo espíritu de igualdad y de justicia debe rechazar la guerra, como el azote más cruel de la humanidad, que sólo puede saciar los apetitos voraces del bárbaro despotismo, mientras la paz es el beneficio que corresponde alcanzar á los Estados libres que dignifican al hombre, que respetan la inviolabilidad del ser humano, que aspiran á los mismos ideales de perfectibilidad y de progreso. que son el alma y la virtud de las Repúblicas.

La poblacion de la República mejicana asciende á diez millones. Humboldt, el sábio naturalista, reveló que poseía ricas minas y elementos vigorosos para desarrollar una agricultura productiva; se encuentran en su fértil suelo todos los productos del mundo. Café, añil, coco, cochinilla, palo de rosa, limones, limas, quinina, maderas preciosas de todas clases, así como las más sabrosas frutas tropicales.

Sus importaciones y exportaciones en 1875, eran las siguientes: 860.700.000 iguales á las de Noruega, 861.000.000; Japon 60.000.000, Portugal 64.500.000, y casi cerca de la mitad de España, 8.142.000.000.

Las rentas anuales llegaban á 817.811.125, y hoy pueden ser de 821.000.000, medio más que Dinamarca, Suecia y Noruega.

Concluidas las líneas de ferro-carriles que atraviesan casi todos los veintisiete Estados de la República, Méjico, Guanajuato, Michoacan, Jalisco, Colima, San Luis Potosí, Zacatecas, Aguascalientes, Coahuila, Nuevo Leon, Tamaulipas y el Distrito Federal. Estas son las ciudades más populosas y dan un censo de poblacion de 5.035.117 habitantes, más de la mitad de la poblacion total. El valor de la propiedad en estos Estados, es de 8.201.963.359, ó lo que es lo mismo, los cuatro séptimos de la propiedad de la República que es de 8.359.300.771.

La línea férrea de la Compañía constructora nacional mejicana, (concesion Sullivan Palmer,) atraviesa muchas ciudades de primer orden, y son las más notables:

La capital, que contiene.....	280.000	habitantes
Leon.....	100.000	»
Puebla.....	75.000	»
Guadalajara.....	74.000	»
Guanajuato.....	63.400	»
San Luis Potosí.....	60.000	»

El general Palmer suministró estos datos al *reporter del Evening-Post*, manifestando que la paz que reina hoy en el país, y que parece duradera, porque el Gobierno está fuertemente constituido, dá toda clase de garantías á los capitales.

No puede ser más brillante la perspectiva que presenta esta nacion, que ve correr la locomotora por su vasto territorio, y millares de alambres telegráficos disminuyen las distancias. La trasformacion social y política que se está verificando, honra, sin duda, á la celosa administracion actual, á los esfuerzos patrióticos de todos los más rectos patricios y á los órganos ilustrados de la opinion pública, que contribuyen á que imperen la paz y la seguridad, que atraen el capital consagrado á empresas de utilidad reconocida, y van preparando el camino que ha de conducir á su país á la prosperidad, destruyendo con perseverancia los hábitos funestos y los vicios de las instituciones que embarazan su desarrollo.

Hay que rendir un tributo de justicia á la honrada firmeza del Poder Ejecutivo. El Sr. Gonzalez está animado de la decidida voluntad, del digno propósito de vencer todas las dificultades que se oponen al progreso de los intereses nacionales, se vale en la esfera de su deber de todos los medios legítimos que inspiran la confianza á las clases más favorecidas por la fortuna, que le han ofrecido recursos á tipos no acostumbrados, y su prudente economía, su integridad enemiga del agio y de sus funestas consecuencias, su vigilancia severa en el manejo de las rentas públicas, han elevado el Erario al estado satisfactorio en que se encuentra.

Hacemos votos sinceros para que un antagonismo fatal entre los poderes públicos, no paralice la regeneracion política y social, cuya benéfica influencia se hace sentir de un modo tan prodigioso y fecundo; y la armónica union de todos los elementos valiosos, es necesaria á fin de que estériles luchas y disidencias mezquinas no creen obstáculos á la marcha progresiva de un país que nos inspira fraternal afecto.

En buen hora la prensa, amante de todas las innovaciones y reformas que juzgue oportunas,

levante su voz patriótica y generosa para excitar al Poder ejecutivo y a los representantes del país, á secundarlas, pero deben censurar enérgicamente las tendencias perturbadoras, los egoísmos personales, las ruines pasiones, y consagrar todas las facultades de su inteligencia, todo el vigor de su alma al engrandecimiento de su querida patria, y ya que la férz naturaleza ha derramado sus inmensos dones sobre su privilegiado suelo, la solicitud constante de sus predilectos hijos, de sus ilustres repúblicas dotados de la más viva imaginación impulsada por la rectitud de la conciencia, hará maravillas, el progreso seguirá su curso magestuoso, el comercio y las transacciones mercantiles cobrarán más vida, de lo que son un presagio feliz la abundancia del oro, la consolidación de la paz, los diez y siete mil kilómetros de líneas telegráficas, el valor creciente de la propiedad, los ochenta mil brazos ó más antes inactivos que hoy encuentran trabajo, todo en fin, anuncia el magnífico porvenir de la República Mexicana.

EUSEBIO ASQUERINO.

IDEA GENERAL DE LA VIDA DEL UNIVERSO.

(FRAGMENTO DE UN TRABAJO INÉDITO.)

Hay un estilo maravilloso en la arquitectura, severo en el conjunto, purísimo en las líneas, atrevido y grandioso siempre y en todo,—el arte gótico,—que puede dar una idea de lo que es la Naturaleza, en armonía, en hermosura y majestad.

La ojiva parece destinada á dar idea de grandeza, el pensamiento de lo atrevido y magnífico. Penetrad con el recuerdo en una catedral gótica, en uno de esos monumentos que parecen destinados á encerrar en toda su pureza la idea y el sentimiento religioso—manifestación la más acabada y perfecta del sentimiento artístico;—imaginad las naves de un templo gótico medio envueltas por las sombras de un eterno crepúsculo: delgadas y airoas columnas sostienen atrevidas bóvedas cuyos nervios se reúnen en un centro, como los nervios del cuerpo humano convergen al cerebro. El sentimiento del arte, de la belleza y del recogimiento parece haberse impreso á cada piedra, á aquellas columnas altísimas y delgadas, esbeltas como palmeras que mueven su penacho agitadas por el viento del desierto.

Quien ha entrado en una de esas magníficas catedrales cuando se extinguen las últimas luces del día, siente en el alma la idea de lo infinito al contemplar aquellas naves extensas, en cuyo fondo negros girones impiden ver el fin de la inmensa serie de arcos; á veces cuando el viento de la tarde hace oscilar la débil luz de las lámparas, entonces las sombras de aquellos inmensos pilares oscilan también y el templo entero parece que se mueve con sus bóvedas, sus naves y sus altares, como queriendo desquiciarse, ó hacer que el espíritu se forme más clara idea del infinito saliendo de esta mundanal y material forma, y buscando dentro de ese mismo infinito aquel divino ideal que es su aspiración eterna.

Maravillosos encajes de piedra, cardo y grecas primorosamente labradas, en las que parece haberse agotado la inventiva del artista, como parece que se agota la actividad del que observando lo infinitamente pequeño, arráncale un dato para la concepción del mundo, corren de un lado á otro de las paredes, bordadas de monstruos que se rien enseñando sus fauces erizadas de punzantes dientes, y ángeles llorosos, cuyas cabecitas se destacan sobre hojas de cardo y rosas.

Y luego, cubriendo todo esto, el exterior del templo con sus pórticos de santos de místicas caras y tieso ropaje mirando al cielo, en donde su aspiración se halla, y coronando todo esto aquellas agujas delgadísimas y esbeltas que en el cielo se pierden, y tan delgadas son que parecen esperar el soplo de la brisa para cimbreadse como los árboles del bosque.

Idea grandiosa es esta del arte gótico; conjunto admirable, armónico é ideal, el de estos maravillosos templos. Y así es la Naturaleza, así es este Cosmos en que vivimos.

La armonía dentro de la variedad infinita que se traduce por la ley de la permanencia del movimiento en eterna é infinita variación de formas. Como en un edificio gótico, las ojivas, las grecas, las columnas y todas las afligridas labores se funden en un pensamiento único, se unen y enlazan íntimamente en la idea que á la forma general don ina, así en la Naturaleza todo se une por misteriosos lazos, y lo grande se enlaza con lo pequeño y un mundo contiene á otro y de un movimiento otro se origina, en virtud de la ley general de evolución, que lo mismo á las cosas inanimadas que á los seres vivos comprende, de tal modo que del estudio de lo infinitamente pequeño á lo infinitamente se pasa; pues no es posible estudiar el grano de arena de granítica roca desprendido sin ir á parar poco á poco hasta la constitución del Universo, que tal es la ley de solidaridad que unos con otros los fenómenos naturales enlaza.

Dos cosa hay en la Naturaleza que de ellas dan la más perfecta idea, dos infinitos que la abrazan toda; el mundo sideral poblado de inmensos cielos, cada uno de los que contiene y sostiene soles innumerables que por doquiera reparten calor, luz y vida; el mundo infinitamente pequeño que al-

rededor de nosotros, por todas partes y dentro de nosotros mismos, llevamos; la armonía, la unidad se ve en el primer infinito; la variedad, la división del trabajo, el incesante cambio de la vida, se perciben en el segundo. Y precisamente esta vida que es la mudanza, esta vida que significa cambio, evolución y transformación de energías, es lo único que nos es dado estudiar, lo mismo en un mundo que en una monera, mundo al fin tan infinito, en lo pequeño, como infinito es el Sol en el infinito de los mundos.

Imaginad todo lo artístico, lo bello, lo grande, lo proporcional y armónico que es uno de estos grandes infinitos—aunque sea éste pobre y viejo globo que habitamos—y vereis cómo de él sale toda la expresión artística, todo el purísimo sentimiento, que como un rayo de luz se quiebra sobre la linta tranquila de un río, deshaciéndose en magníficos brillantes que parecen luz congelada, se ha desbordado produciendo portentos de armonías, retratos de luz, y sobre todo magníficos trasuntos de esa hermosura humana, á los cuales solo falta el divino aliento del espíritu para que se estremezcan y sientan el calofrío del infinito que por la sangre del hombre circula cuando, vuelta la mirada hacia el cielo, contempla en la serena noche millares de mundos que con invariable ritmo se mueven eternamente en sus órbitas; pues bien, así como en la gótica catedral, las naves y las ojivas y las grecas y las estatuas están como encerradas y contenidas, no solo en un pensamiento general que comprende y preside á la construcción, sino también en una forma precisa, que es como un molde, y el detalle contiene realmente, así la naturaleza encierra y contiene todas las formas que producto al fin de la evolución de su energía son y las contiene realmente porque sin crear nada las produce todas á virtud de la espontaneidad que esta energía posee en sí misma.

Trasladémonos con el pensamiento á una de esas altísimas montañas eternamente cubiertas de nieve, y en cuyo seno acaso se agita la fundida lava de un volcán. Yo no sé qué atractivo tienen para el hombre las montañas más inaccesibles, semejantes al ideal que persigue, que hacen nacer el deseo de llegar á sus más altas cumbres aunque cubiertas de espesas nieblas, parezca que sostienen el cielo, para contemplar el espectáculo de la naturaleza desde aquellas alturas como la razón desde su alto asiento analiza y aprecia y une los hechos que la experiencia le hace conocer. Un mundo se agita á nuestros pies, otro mundo más grande é iamenso gira sobre nuestras cabezas, y entre uno y otro, entre el infinito de arriba y el infinito de abajo, el hombre cuyo espíritu va mucho más lejos que el más lejano de los mundos que le rodean.

Esta montaña sobre que estamos, este altísimo pico que parece el último escalón para tocar el cielo esgigantesca y atrevidísima columna de una fábrica por inmensas fuerzas labrada; es arquitectura ciclópea, cuyas vertientes grecas por manos de titan labradas parecen, es aguja altísima que se pierde en los cielos y desde la cual se contempla un mundo.

Vida, movimiento, cambio incesante y armónico, hé ahí lo que en este mundo acertamos á ver.

En vano buscáreis nada en reposo, en vano vuestra mirada penetrará en lo más escondido de las cosas y de los seres, escudriñándolo todo por encontrar un solo punto absolutamente quieto: todo se mueve, todo vive como vive ese mundo en conjunto, como vive aquel astro lejano, aquella nebulosa casi imperceptible, porque evolución cambio significa, y el cambio y la mudanza y la transformación son la vida.

Y qué variedad de formas reviste esta vida! ¡Cuán infinita es la serie de estos cambios como infinita es la variación del incesante trabajo de la eterna energía, verdadera alma del mundo! En lo orgánico como en lo inorgánico, en el vegetal como en el animal y en el hombre mismo, ¡qué inmensa variedad de manifestaciones, qué maneras tan diversas, con qué formas tan variadas se realiza ese oleaje de la energía, su ir y venir siempre variable y siempre eterno!

Primero un mundo todo piedra, arquitectura colosal, pero basta, un mundo en que el basalto, el pórfido, el jaspe y el granito forman las líneas generales y los metales el detalle y el adorno, un mundo que vive sin vida, porque la sola señal que dá de ella es alguna titánica convulsión que desquicia rocas, forma terrenos y agrupa esos enormes y frios despojos de otro mundo, menos sólido, en mil otras formas. La naturaleza inorgánica, fría, inerte, muda como el cadáver de otro mundo es la más gráfica representación de la energía del Cosmos; en vano buscáreis en ella un solo hábito que sea levisimo indicio de rápido cambio; en ella, es cierto, hay mudanza y movimiento; pero, revisetel lentitud de una transformación á otra que pasa completamente desapercibido, ó se hace con terribles cataclismos que el aspecto del Cosmos por completo varían; solo de vez en cuando algún volcán, alguna agitación de la corteza, dá idea y hace pensar en la energía de este mundo muerto.

Y todo en él es efecto de estos cataclismos, de estas sacudidas que manifestaciones de su energía son. Esa montaña á la que hemos ascendido para contemplar la Naturaleza entera, para ver de cerca la vida del conjunto y la vida del detalle, para apreciar este cambio eterno y continuo de las formas, producto es de una de esas terribles convulsiones que la faz del mundo cambian. Como en la

fusión acuosa la fuerza expansiva del vapor de agua levanta burbujas en el viscoso líquido, que luego por película sólida cubiertas quedan en la superficie de la masa solidificada, así la energía interior de los mundos, la fuerza expansiva de los gases que se desprenden del núcleo fundido, son causa de levantamientos que luego de frios forman las cordilleras, y las rocas, y todas las asperezas de la exterior corteza.

Esto, que es tan sabido, tan de piedra, puede tomar, por la acción prolongada de la energía propia de la masa cósmica, formas variadísimas, ser dura roca y gas sutil, hermoso brillante y agua purísima que en finas hebras á través de las rocas se filtra ó se despeña, formando cataratas magníficas que al caer chocando con la piedra levantan una nube de polvo de agua, que cuando la hieren los rayos de sol corona el torrente con millares de cambiantes de colores y preciosos arco-iris.

Innumerables formas, variedad infinita de estos, reviste en el mundo inorgánico la energía eterna del Cosmos. Para que así suceda figuráos la complejidad de los cambios, la multitud de las transformaciones, el oleaje inmenso de esa energía y de sus formas; pensad en los accidentes variadísimos que sucederán á un grano de arena que se desprende de una roca y en fuerza de rodar y de adquirir en un choquero que en otro pierde y de tomar una forma en tal momento y en otro cambiarla por alguna enteramente distinta, ó en las metamorfosis de una gota de agua, desde que los gases que la componen se han formado á virtud de la espontaneidad de esa energía hasta que se cuajó á impulso del sentimiento entre los párpados de una mujer hermosa, ó en una miserable y pobre molécula de fósforo que formó parte de un terreno y de una semilla, y que más tarde se ha segregado de vuestro cerebro en el divino instante del pensamiento; ó mejor en la evolución de los elementos del organismo que en el mundo inorgánico están, que se han reunido, que se han enlazado en el preciso momento en que el espíritu debía animarlos con su poderosa fuerza y residir en ellos, y de ellos vivir y de ellos servirse para manifestar su energía, y decid si no es poderoso y grande y magnífico este esfuerzo humano que todas las transformaciones, que todos los cambios, que todas las metamorfosis ha estudiado y observado, encerrándolas después en una sola ley, en la ley de la evolución.

Permitidme que con un ejemplo ponga de manifiesto el alcance de esta magnífica ley.

Suponed que en tranquilo lago, en cuyas puras aguas, espejo de los cielos, se refleja la hermosa y fragante verdura de la vegetación que á sus orillas crece, arrojamós una piedra; en el acto del choque se forma una onda que va ensanchándose poco á poco, moviendo blandamente la superficie líquida que finje á su vez movimiento de cuanto en ella se refleja, hasta que se pierde llegando á la orilla; aparentemente todo concluye allí; pues bien, la evolución demuestra cómo el movimiento de la onda se trasmite, se propaga, se transforma y se reparte por la Naturaleza entera, modificándola en más ó en menos, según su intensidad sea, pero siempre dentro de un ciclo determinado; la sigue en todos sus cambios, la mide en cada una de sus diversas manifestaciones y estados, y por fin demuestra entre tanta mudanza la persistencia de su cantidad.

Este movimiento de la onda que se propaga al rededor del punto del choque, es aquella primera manifestación de la energía, es el primer impulso, único preciso en el Cosmos; porque solo un primer impulso es necesario para que el mundo se forme; porque cuanto hay en él de grande y de pequeño, de mineral y orgánico, á la transformación de este primer impulso se debe, pues que solo cambio de forma, variedad de movimiento significa. Y la evolución sigue á su primer impulso, y le estudia, y le mide, y le determina cuando forma nebulosas, que al congelarse hacen brotar millares de mundos, y cuando forma luz que colora los cielos de azul, los prados de verdura, y las flores de maravillosos colores, y cuando origina calor que es vida, y cuando, en fin, después de cambios sin cuento, hace brotar la obra maravillosa del organismo que á su vez por evolución se cambia y se transforma.

Y este primer impulso, este movimiento primordial no es exterior, no viene de fuera de las energías naturales; la misma ley de la evolución demuestra esto, según más tarde veremos; pero á más de ella hay otras razones para admitir que el Cosmos está formado por virtud del trabajo propio de la energía que en él hay, sin que venga nada de fuera, sin que intervenga nada que con él no sea sustancial.

Nadie podrá hoy sostener con un solo fundamento racional, apoyándose en un hecho experimentalmente demostrado, que puede tenerse idea de lo que la Naturaleza es, sin admitir que toda ella con sus variadas acciones, con sus accidentes todos, no está formada única y exclusivamente por formas diversas de movimiento. En realidad nada vemos ni percibimos que esto no sea; nosotros tampoco podemos tener idea de materia ni de fuerza, sino en virtud de una abstracción; porque solo con el pensamiento es posible separar uno de otro estos elementos; lo que vemos y sentimos es la tensión ó presión, esto es, el esfuerzo, ó sea el trabajo de la fuerza, el movimiento; pues bien, si sólo dentro de la realidad cabe admitir que todo en el mundo es debido al movimiento, á la diferencia de velocidades, á los cambios dinámicos ¿no es ab-

surdo suponer que venga á producir el movimiento que originó este Cosmos con todas sus maravillas otra cosa diferente de sus energías, una fuerza más abstracta que la que suponemos aislada de la masa, que obró en un momento, volviendo á la nada de donde saliera, cuando á la razón repugna, que lo que es algo, que lo que existe, se convierta en nada luego de obrar?

Después del mundo inorgánico, el mundo orgánico, después de aquel mundo esqueleto de piedra, lo que le anima y da idea perfecta de la vida y del cambio incesante que la constituye; pero como en el mundo inorgánico, la evolución, la metamorfosis es el carácter del mundo organizado.

Observad, sinó, el organismo desde su primer esbozo; todas sus formas son parecidas; pero ninguna se confunde con otra; ved primero los vegetales; son una semilla imperceptible, son un grano microscópico que un ser infinitamente pequeño encierra, que por grados se va formando; de un hongo ó de un musgo se pasa á otro ser más complicado y mayor, y en cada individuo puede observarse el crecimiento gradual, que es la evolución, el paso cada vez más firme hacia un fin; la fructificación, esto es, la perpetuidad del organismo.

Las metamorfosis de los vegetales, los cambios de las plantas, sus múltiples formas, ya tienen un elemento más que complica el estudio de su evolución, ya tienen otra virtualidad que los minerales; viven y se reproducen, no son el esqueleto de un mundo, sino la vida de ese mundo. Constituidos por la agrupación de sustancias inorgánicas, transforman por variadísimos y singulares modos la energía, produciendo un doble cambio: primero, transformaciones misteriosas y ocultas dentro de la forma; luego, cambio de relaciones con el medio en que viven, y precisamente su vida está determinada por la estrecha relación de estos dos cambios.

Observad cómo una semilla se desarrolla: elementos exteriores á ella, que están en la tierra, producen su germinación y desenvolvimiento; el germen pasa dulcemente á ser, porque el ser potencialmente allí se encuentra; y no lo hace á virtud de brusco movimiento, de rápida metamorfosis, sino con la lentitud precisa para que el ser se desenvuelva, según las leyes de adaptación al medio del cual su forma depende, y notad cómo el mundo exterior, cómo el mundo inorgánico, es quien solícito cuida, al darle forma, del germen que se desarrolla en el acto de la germinación. Primero, la humedad y el calor y los elementos de la tierra, desdoblán el grano; luego, la luz desenvuelve las primeras hojas que plegadas, unidas, informes é incoloras en el germen existían, porque el grano, seco y muerto, encierra la vida que en un sublime momento surge de él, á virtud de la poderosa energía del Cosmos.

Después que la luz ha despertado aquella vida, luego que el vegetal ha salido de la tierra y ha producido las primeras delicadas/imas hojas, comienza á elevar su tallo, que se puebla de hojas más resistentes y más bellas; después, de cada nudo, en donde convergen muchas hojas formando un ramo, brota el pedúnculo airoso, en cuyo extremo, otras hojas más bellas están plegadas y se desenvuelven con los colores de la luz, formando la flor, mística y preciosa cubierta, en cuyos senos brotan los gérmenes de la vida. Y la pintada corola, en determinado momento, cuando más aromas esparce y más colores ostenta, comienza á mudarse y declina, y sus pétalos caen, y de ella sólo queda el botón de la vida, aquel germen que se desarrollará produciendo otra planta. Y todas las variedades que en las flores observeis y todas sus infinitas formas, y la variedad de sus colores y esencias, obedece á la ley del transformismo, á la evolución incesante y progresiva, á la misma ley que á la materia inorgánica rige.

Y si continuando en la escala de las formas quisiérais ir más lejos, llegaremos á otro más elevado grado de la evolución de la energía, al animal; llegando á este superior término, pensad en la complicación de las formas recorriendo la escala de la monera al hombre y en la variedad infinita de los cambios; pues bien, toda la metamorfosis de los animales, se reduce á la evolución general de la Naturaleza, á esa evolución en la que se funda el actual concepto del Cosmos.

¿Mas cómo desde el exterior, cómo desde esa altura á la que con el pensamiento hemos subido, se alcanza á ver esta evolución, este cambio incesante de la energía en lo orgánico y en lo inorgánico? Precisamente por la variedad de las cosas que se ven.

Desde la cima del Chimborazo, desde el pico del Himalaya, valles inmensos, frondosos bosques, torrentes que forman rios caudalosos, abruptas y peladas rocas, en cuyas cimas el águila anida, formando todo un panorama variadísimo, se extienden hasta el mar. Por todas partes, desde aquellas regiones de perpétuas nieves, la vida se manifiesta; ya es el copudo árbol que cimbreaba su penacho en el aire, ya la flor que bajo su sombra crece dando aroma al bosque, ya la caña que solloza en la lina de algún lago, la ola que se rompe en la arena, el bultre que graznando se arroja sobre alguna presa, el ruiseñor ó la alondra que cantan á la aurora, la fiera que ruje y el insecto que bulle entre la vegetación, por todas partes la vida, doquiera cambio, evolución y movimiento, y sobre todo esto y por cima de tanta forma como la energía reviste, el hombre que corona y sintetiza todas las

formas, todas las evoluciones, todos los movimientos.

Y en vano el Cosmos se hará pedazos y los mundos deshechos rodarán por el espacio infinito, convertidos en esbozos de otros mundos ó en tierras y mundos más variados y diversos; que se conjele toda el agua de los mares, que los soles se apaguen, que todo muera deshaciéndose su forma actual; el Cosmos no morirá, porque su energía es eterna, porque eterno es él mismo; pues de la espontaneidad de esa energía ha brotado. Por sobre las ruinas de los mundos vagará siempre la energía, como dicen que vagaban los espíritus entre las ruinas de los viejos castillos, pronta á formar otro Universo con sus soles, su luz y su vida, porque, para decirlo de una vez, la energía es el alma del mundo. «Ningún ser puede caer en la nada», dice Goethe, la esencia eterna no deja de moverse en todos. La sustancia es imperecedera, porque sus leyes conservan los tesoros de vida de que el Universo forma sus galas.»

J. RODRIGUEZ MOURELO.

ESPAÑA Y AMÉRICA.

JUEGOS FLORALES.

Benditos sean los que, de uno y otro lado del Océano, trabajan por consolidar los lazos de fraternidad, que después de días borrascosos ligan á España con las Repúblicas del nuevo Mundo.

Benditos sean, sí, porque pueblos de un mismo origen, de una misma raza, en cuyas venas corre la misma sangre, que hablan desde la cuna el mismo idioma, y que tienen ante la posteridad y la historia idéntica tradición, están destinados por la Providencia á conducir la raza latina en medio de las grandes turbulencias de la humanidad, fijando perdurablemente sus destinos, y dándoles en ella la influencia á que tienen derecho por sus nobles y gloriosos antecedentes.

Hace días que en una ocasión solemne, en presencia de un numeroso y selecto auditorio, en ocasión de la velada otrecida por la Asociación de Escritores y Artistas Españoles, un afamado y popular orador americano, el Sr. Varela, empezó su discurso inaugural con estas palabras:

«Señores...

«Pero no! En la situación escepcional en que me encuentro en este instante, materialmente agobiado bajo el peso del insigne honor que se me dispensa, poniendo en mis labios la palabra que, con tantos títulos debía haberse puesto en la de alguno de los grandes oradores que me escuchan, yo no puedo, yo no debo llamarlos á ustedes señores, así secamente, sino mis hermanos. (Aplausos.)

«¡Sí! Mis hermanos; porque al encontrarme casualmente en un pedazo de la tierra española, al ver que cruzan sobre mi frente estas brisas, que traen en sus alas blancas el perfume de sus gayas flores; al escuchar en torno mío el murmullo de sus rios, del poético *Guadalquivir*, en cuyas aguas juguetonas se refleja, llena de gracia, la gallarda figura de la egregia sultana que, coronada de azahares, baña en ella sus sandalias de luz; (grandes aplausos) me parece encontrarme ahora, en un pedazo de la tierra Argentina, aspirando el perfume de aquellas brisas, que de su *Pampa* nos traen el perfume de las flores que en ellas crecen solitarias; escuchando los gemidos del soberbio Plata, que según la expresión del poeta, *al marino hace temblar*; y al encontrarme aquí, rodeado de todos ustedes, que al parecer me escuchan con tan dulce simpatía, me parece encontrarme en un pedazo de mi hogar, sintiendo llegar hasta mí, en ondas suaves, todos los encantos de la familia, viendo en cada uno de ustedes, hermanos en Dios, en la libertad y en las esperanzas. (Los aplausos y los vivas interrumpen al orador por varios instantes.)

Permítanme, pues, que les llame así, mis hermanos, porque españoles y americanos, lo somos, en la tradición, en la historia, en la sangre, en la raza, en las glorias de una epopeya para siempre inmortal, y hermanos somos, en este idioma lleno de pompa y magestad, de Tirso, de Calderón, de Lope de Vega, y Cervantes, en el que pronunciamos las primeras oraciones cuando niños, saludamos los triunfos y conquistas de la hermosa y santa libertad, enaltecemos la memoria de los mártires gloriosos que por ella cayeron en la tremenda lucha; (grandes aplausos) idioma en que venimos á conmemorar ahora el hecho más grande que en sus páginas turbulentas registra el libro de la humanidad; el descubrimiento de América; hourando, á la vez, la memoria, los sacrificios, la fortaleza de espíritu, la sublime abnegación del héroe legendario de aquella epopeya, del verdadero Cristo de esa Redención, que si no tuvo su Cruz y su Calvario, tuvo su cárcel y cadenas, como si el destino, sometiendo al imperio de aquella injusticia sangrienta, hubiese querido comparar el martirio de Cristóbal Colón, con el martirio del Redentor del Mundo! (Prolongados y estrepitosos aplausos y vivas entusiastas en toda la sala.)»

¡Sí! Estas fraternales ideas, manifestadas con tan brillante elocuencia, son las ideas que hoy existen en España, con respecto á nuestros hijos de la América republicana, como lo demuestran los entusiastas aplausos con que fueron acogidas las palabras del Sr. Varela.

Abrigar otras, allá y acá, sería desconocer la conveniencia de ambos, prescindir de intereses que los dos deben cuidar, en provecho del propio engrandecimiento.

De todas aquellas Repúblicas, hay dos con las que España cultiva mayormente, no sólo vastas relaciones comerciales, sino intelectuales.

Son estas: la República Argentina y los Estados Unidos de Venezuela; pero principalmente con la primera, donde hoy existe una verdadera colo-

nia española, un pedazo de nuestra patria, que es un pedazo de nuestro corazón.

Allí hay no menos de setenta mil españoles y más de veinte mil en la ciudad de Buenos-Aires.

Ninguno de ellos ha dejado de serlo: son españoles ante todo: conservan vivo en la memoria el recuerdo de la patria ausente: siguen solícitos su marcha, participando de sus alegrías y dolores; pero para los argentinos no son españoles, son hermanos, son compatriotas, con quienes comparten gustosos el techo y el pan, considerándolos como de la familia.

Nuestros compatriotas corresponden, por su parte, á ese delicado afecto, no sólo con la dignidad de su conducta, con el trabajo que propende al engrandecimiento del país, sino con el precioso contingente que llevan al desarrollo intelectual de su patria adoptiva.

Ultimamente se ha celebrado un acontecimiento en Buenos-Aires, que confirma esta aseveración, á la vez que agrega un verdadero eslabon de oro á la cadena fraternal que liga las dos naciones.

Queremos hablar de él.

Así como allí tenemos una prensa española, en la que colaboran varios de nuestros conciudadanos inteligentes y de talento—que no son tan sólo *mozos de cordel* los que al Plata emigran—y hospital Español; tenemos también una multitud de clubs y asociaciones españolas de toda especie, que á la vez que contribuyen á mantener vivo el sentimiento de la nacionalidad, cooperan al encanto de la vida intelectual y social de la gran metrópoli.

Una de las más importantes y distinguidas por su número y composición, es *El Centro Gallego*, que acaba de establecer allí los *Juegos Florales*, que tantos y tan profundos y brillantes resultados han dado en España.

Para inaugurarlos, resolvieron celebrar una hermosa fiesta literaria en el gran teatro de la *Opera*, tan espacioso como el *Real*.

Se redactó un variado programa, invitando á á todos los vates y literatos españoles y americanos que quisiesen tomar parte en el brillante torneo: se dieron los temas para la poesía y la prosa: se acordaron los premios y se nombró la comisión que debía fallar sobre el mérito de los trabajos presentados y presidir el acto.

Los diarios que acaban de llegar del Plata, nos dan cuenta de la función de los *Juegos Florales*, que acaba de celebrarse de acuerdo con el programa.

Ha sido un verdadero acontecimiento el espectáculo iniciado bajo los auspicios de nuestros compatriotas del *Centro Gallego*, honrosísimo para ellos, para la patria á que pertenecen, y lazo de dulce fraternidad entre argentinos y españoles.

Tres mil personas ocupaban el espacioso teatro.

No cabía una más.

Presidia el acto el doctor Nicolás Avellaneda, ex-presidente de la República, que lo era de la Comisión, y sin duda el primero de los literatos argentinos, por la belleza del lenguaje y lo clásico de sus formas.

Muchos fueron los trabajos presentados sin que se conociesen sus autores, que, al remitirlos, ponían un *texto*.

La Comisión, compuesta de argentinos y españoles, acordó, por unanimidad, el primer premio de poesía á la composición que llevaba este texto: *Wake!*

Llamado su autor, se presentó el inmortal poeta, OLEGARIO V. ANDRADE, conocido ya en nuestra España por los juicios que, de su famoso canto á Víctor Hugo, vienen haciendo varios de nuestros periódicos, hace días.

Le tenemos á la vista, y sin amenguar el mérito que puedan tener las demás composiciones presentadas al luminoso torneo del *Centro Gallego*, comprendemos que se le haya concedido el primer premio.

Se titula: *Atlántida, canto al porvenir de la raza latina*.

Gran raza, por cierto, la que tiene tales cantores.

Andrade se encuentra en presencia del mundo antiguo, de sus noches pavorosas y sus días de sangre: gira con el pensamiento en torno de la tierra, que extermina mártires y deifica verdugos, penetra en la vieja Roma de los Lictores, los Césares, los Papas y los triunfadores, que subían victoriosos á ser coronados con las pompas del Capitolio, y siguiendo los estremecimientos de la raza que canta, se encuentra, en su ruta de estupendas inspiraciones, con nuestra amada España, y en uno de esos momentos en que el poeta parece que se remonta hasta los cielos para libar en ellos inspiración de dioses, exclama:

«No perecen las razas porque caigan,
Sin honor ó sin gloria,
Los pueblos que su espíritu alentaron
En hora venturosa ó maldicida—
Las razas son los rios de la historia,
Y eternamente fluyen
El raudal misterioso de su vida!
El rio que en otrora
Turbulento y audaz cruzó la tierra,
Ya por blandas y vírgenes llanuras
O por yermos de arena abrasadora
Al soplo animador de la fortuna,
De su cauce alejado
Fué á morir como lóbrega laguna
Inmóvil y callado!

Pero el raudal ingente
De la ánfora sagrada, la corriente
Inagotable y pura despenada
Por ignoto sendero,
Con rumor de torrente surgió un día
En la tierra encantada
Del indómito Ibero,
Donde todo es amor, luz, armonía,
El sol más bello, el aire más liviano,
Y siempre altivo, desbordante y joven
Palpita y siente el corazón humano!

Así como al salir de su desmayo
La tierra estremecida
Del sol primaveral al primer rayo,
Parece que sintiera
En el aire, en el monte, en la pradera,
En ondas tibias circular la vida!
España despertó con fuerza nueva,
Y unidas en eterno maridaje
La pasada romana fortaleza
Y la sávia salvaje
Del hijo del Pirene, diestro en lides,
Engendraron la raza destinada
A suceder a la Cesárea estirpe
La raza soberana de los Cides!

Llenó el mundo su nombre! —Las naciones
Del monte Calpe hasta el peñon marino
En que vela el Britano,
Creyeron que se alzaba en lontananza
La sombra augusta del poder latino,
Que de nuevo volvía
A ser el dueño del destino humano!
Y España, como Roma, poseída
De vago afán, de misterioso anhelo,
Soñaba con batallas, cuando un día
Al tender la mirada por el cielo
Desde las altas cumbres de Granada
Vió surgir en lejanos horizontes
La vision de la América encantada!
Dos mundos sujetó bajo su imperio!
Y dejó de su espíritu los rastros
En fecundas espléndidas creaciones!
Como Ajax inmortal retó a la tierra,
Y ansiosa de combates
Fué a renovar en África prodigios
Y hazañas de Escipiones!
Pero también se derrumbó impotente,
No del potro del vándalo a las plantas
Ni del cruel vencedor al ceño airado,
Sino cuando cayó sobre su espíritu
La sombra enervadora del Papado!

IV

Mientras España duerme acurrucada
Al pie de los altares,
Calentando su espíritu aterido
En la hoguera infernal de Torquemada,
Francia recoge el cetro abandonado
De la historia, y prepara
Otra hoguera, a que arroja
Con ánimo esforzado!
Fragmentos de Bastillas,
Instituciones viejas, privilegios,
Y de un vetusto trono las astillas —
Hoguera a cuya lumbre soberana
Vá a forjar, como en fragua ciclopea
Su eterno cetro la razón humana!

Cuando llega la hora
De las grandes fecundas convulsiones,
La hora en que al compás de las borrascas
Se tumban ó levantan las naciones —
Dios envía a la tierra, los gigantes
Del géneo ó de la espada,
Cual si necesitase de almas fuertes
Y músculos pujantes
Para no perecer en la jornada —
Así la Francia tuvo
En las horas más grandes de la historia,
El géneo de Voltaire, para anunciarle
El tremendo, supremo cataclismo,
Y el brazo poderoso
De Napoleon, el géneo de la gloria,
Para alzarla espirante del abismo!
La fuerza es en el mundo,
Astro de inmensa curva que a su paso
Deja, como reguero de laureles,
Fulgor de incendios, resplandor de solos,
Pero astro que se pone en el Ocaso
Tras nubes de rojizos arreboles —
Brillante fué el imperio de la fuerza!
Brillante pero efímero; la espada
Que sobre el mapa de la Europa absorta
Trazó fronteras, suprimió desiertos,
Y que quizá de recibir cansada
El homenaje de los reyes vivos,
Fué a demandar en el confín remoto,
El homenaje de los reyes muertos —
La espada de Austérlitz, la vieja espada
En los escombros de Moscov mellada,
Ya no describe círculos gigantes,
Españando el pavor de la derrota:
Cayó en los campos de Sedan sombríos,
Ensangrentada y rota!

Anteos de la historia,
Los pueblos que el espíritu y la sangre
Llevar de aquella tribu aventurera
Que encadenó a su carro la victoria,

Ya los postre ó abata
La corrupción ó la traición artera,
No mueren aunque caigan. — Así Roma,
En su tumba de mármol se endereza
Y renace en Italia, como planta
Que el polvo de los siglos fecundiza —
Así España sacude la cabeza
Tras largas horas de sopor profundo,
Y arroja los fragmentos
De su pesada lápida mortuoria,
Para anunciar al mundo
Que no ha roto su pacto con la gloria;
Y Francia, la ancha herida
Del pecho aún no cerrada,
En la sombra se agita cual si oyera
Rumores de alborada!

Hé ahí cómo canta a la raza latina el poeta argentino que acaba de ser laureado en los *Juegos Florales* iniciados por *El Centro Gallego* en Buenos Aires.

Su composición, que es extensa—razón que nos impide publicarla íntegra—tiene toda el mismo aliento, la misma inspiración, la misma armonía pomposa, desde el primero hasta el último de sus versos arrebatadores.

Juzgándola el diario inglés de Buenos Aires, el *Standard*, dice, que lord Byron sentiría orgullo en haberla firmado.

Ha dicho la verdad.

Andrade, de quien la prensa española ha hecho últimamente tan justos elogios, con motivo de su *Canto a Victor Hugo*, cuyas bellezas ha puesto de relieve con su claro y hermoso talento nuestro distinguido crítico Eugenio de Olavarría y Huarte, que ha seducido a nuestro inmortal Echegaray, merecía realmente el primer premio acordado en el gran certamen de Buenos Aires, con una unanimidad que revela la unanimidad de la admiración, despertada en las doctas personas llamadas a juzgarlo.

Al saludar desde la madre patria a nuestros hermanos los españoles que han planteado en Buenos Aires las hermosas fiestas de los *Juegos Florales*, saludamos también con entusiasmo al poeta laureado, haciendo votos porque los ecos de su lira de oro se reproduzcan sin cesar.

P. DE NAVARRETE.

DE ALGUNAS VOCES ESPAÑOLAS

GENERALMENTE MAL USADAS.

El dificultoso asunto que con nuestras débiles fuerzas vamos a desenvolver, parecemos que es de evidente importancia para cuantos hablan la hermosa y rica lengua que se llamó *castellana*, y que deseáramos—porque ya nos parece tiempo—se denominara *española*; como también para aquellos que se preocupan del alicio y corrección del habla común, que, como es sabido, forma todo un pueblo, pulen las personas ilustradas y cuyas reglas fijan los gramáticos, estando persuadidos de que nuestros humildes apuntes los dejamos muy lejos de la perfección que cabe en ellos, habiéndolos resuelto abrir este camino, no dudando que otros más idóneos podrán fácilmente allanarlo y mejorarlo.

No reconocemos derecho para contener la creación ó introducción de vocablos, cuando hay acierto y gusto en escogerlos y cuando se acomodan bien al carácter de un idioma; lo que sí condenamos es el abuso, es el afán de sustituir a términos castizos y propios otros superfluos y mal sonantes que afean la lengua, haciéndola perder su originalidad.

Hemos ganado en palabras, pero casi todas son de ciencias y de artes; por otro lado abandonamos muchas sin saber por qué. El uso, ese despota de los lenguajes, como alguien ha dicho, lo ha querido así, y al paso que invadiendo territorios extraños nos hemos apoderado de voces que ninguna falta hacían, olvidamos en cambio algunas que no nos vendrían mal. No traducimos la palabra francesa *royauté*, y hemos anticuado la voz española *realidad*. No usamos ya las significativas *hombredad*, *humildanza*, *malencomioso*, *pleitesia*, *acostamiento*, *empecer*, *andanza* y otras que sería largo referir, y se hallan amenazadas de muerte algunas muy castizas, tales como *hueste*, *laceria*, *plañiz*, etc.

No vemos por todas partes más que prosa de periódicos y prosa de traducciones, y estas últimas por sí solas bastan para destruir todo un lenguaje: se olvida lo más puro, lo más castizo, lo más brillante de nuestro idioma, y las frases extranjeras, y las voces bárbaras llegan, de puro oídas, a ser corrientes en nuestra nación.

El galicismo se enseorea hoy en España, como un usurpador innoble que se complace en desfigurar los monumentos y en envilecer las glorias del pueblo sometido. Las medias tintas se convierten en *matices*, como si la voz *matiz* no significara precisamente lo contrario del vocablo *nuanca*, al que se ha querido dar aquella extraña interpretación; el progreso y el curso en *marcha*; el acompañamiento en *cortejo*; la tertulia ó sarao en *soirée*; la gerarquía en *rango*; la reputación distinguida en *notabilidad*; ya nadie se estrena y todos *debutan*; los soldados no pelean, sino que se *baten*; los empleados no sirven, pero *funcio-*

nan; para los periodistas las actrices no obtienen triunfos, sino *ovaciones*, y es lo bueno que con *ovaciones* denotan triunfos pequeños; ya no se dice comision ó junta, y sí *comité*, *revancha* por desquite, *corbeille* en lugar de canastillo, *cabé* en vez de esportilla, *cadeau* por regalo ó fineza, *ta bleau* por cuadro, *trousseau* por galas de novia, espléndido *bufet* a lo que es las más veces una opípara cena, *bouquet* por ramillete de flores, *bisutería* por joyería ó bujería; muchos se avienen a que sea *mosáico vegetal* el embutido de varios colores hecho en madera y llamado taracea en buen castellano; ahora se denomina *confección* a la hechura de un vestido ó a la formación de un ministerio, sin tener en cuenta que no se trata de drogas; las personas ó las cosas pasan *desapercibidas* cuando no se repara en ellas, como si fuera difícil decir *inadvertidas*.

Vemos en nuestros días escritores que sólo se dedican a la lectura de obras pésimamente traducidas del francés, persuadidos quizá de que no existen buenos libros españoles: éstos afirman que son sensibles, para dar a entender que son compasivos; y si se les pregunta por un enfermo, contestan que *está bien*, en lugar de *está mejor* ó *está bueno*. A esas personas les hace más gracia llamar *cournous* al albornoz, y *paletó* al gaban, que darles los nombres que tienen en buen romance castellano, hace no pocos siglos. Emplean el verbo *segundar* en la monstruosa acepción de dar auxilio, cooperación ó ayuda; usan diariamente *reasumir* como recíproco, y casi siempre por recopilar, por reducir a compendio. Y no digamos nada del nombre de *minaretes* con que estilistas de nota—entre ellos P. A. de Alarcón, *Guerra de Africa*, 118, edición de 1859—bautizan a las torres de la mezquitas, llamadas alminares, voz empleada por el insigne Valera en su admirable traducción de la elegía del poeta arábigo-rondeño Abul-Beka, en la que se inspiró, a no dudarlo, Jorge Manrique.

Cometen delito vitando contra la lengua española cuantos introducen el verbo exótico *reanudar* por anudar; la voz *fibra* por cuerla, que malamente usó uno de nuestros mejores hablistas; *aplomo* en vez de serenidad, tiento, pulso, según los casos; *viable*, vocablo que son los primeros en pronunciar los más afamados oradores, pudiendo decir posible, hacedero, asequible, practicable, etcétera; *eminencias* sociales, literarias, que escriben no pocos, en lugar de personas ilustres, sobresalientes, notables, importantes; *génio* por ingenio, cuya penúltima palabra admiten unos, creyéndola necesaria, y que rehuyen de usar otros, considerando que, en el sentido que se supone, es voz que no hace falta a nuestra lengua; *toilette* por tocado, compostura, peinado. *mission*—que ya usan hasta académicos de ese que han llamado «Santuario del bien decir» tales como Necedal y el marqués de Molins,—y que pudiera sustituirse por el fin, el objeto, el propósito, el designio, la intención, la mira, el cargo, la obligación, el deber, según el correctísimo Baralt; *autor* en vez de escritor: la primera palabra se aplica al que formula sus concepciones y sus pensamientos por medio de la escritura, aunque no escriba bien, y cualquiera que sea el género de trabajos a que se consagra. Así Racine y Voltaire son excelentes escritores; pero Descartes y Newton no más que autores, aunque sean célebres y de mérito sin igual. Recuérdense aquellos dos versos de Boileau, que Arriaza tradujo así:

«El autor más sublime sin lenguaje,
Será en el fondo un escritor maldito.»

Todos suponen muy satisfechos que bibliófilo es lo mismo que aficionado a comprar, a poseer libros; pero a los helenistas,—decía Olózaga,—les pasma con razón tal significado, por cuanto la raíz *philo* ó *filo*, para tener el sentido activo, debe anteponerse, pues si se pospone, recibe el sentido pasivo, *Bibliófilo*, por consiguiente, en buena ley de composición analógica, significa *amado de los libros*, que es precisamente lo inverso de lo que se propuso dar a entender el malaventurado artífice de este vocablo.

Pero de tantas palabras como el uso vulgar aplica mal, ninguna hay tan notable como el adjetivo *sendos*, *sendas*, que suele emplearse en singular, con significación de fuerte, pesado, informe, grande, descomunal, ignorando los que tal hacen que en nuestro *Diccionario* primero, que solemos llamar de *Autoridades*, porque trae para casi toda dición ejemplos que enseñan la manera de usarla, se lee que el plural *sendos*, *sendas*, quiere decir: «cada uno de dos ó más»; y se cita una ley allí del *Fuero Real*, que contiene dicha voz en terminación femenina. Cervantes, Jauregui, Quintana, Garcilaso de la Vega, Mateo Aleman y otros hablistas renombrados, fijaron concluyentemente la significación verdadera del referido vocablo, que con acierto definieron Cabrera y Hartzenbusch.

No sin razón se le ocurrió a alguno comparar el miedo de algun hombre, ó quizá de alguna mujer, con el de los ciervos, de suyo tímidos y asustadizos; y el adjetivo *cervál* no solo se aplica impropia al miedo, sino que hay personas, que han estudiado latin, y podrían, por tanto, hallar con gran facilidad la etimología, y lo aplican indistintamente al frío, al calor ó a cualquiera otra cosa que quieren ponderar.

Y ¿qué diremos de ese cúmulo de giros que los traductores pésimos emplean, arrinconando las verdaderas expresiones que marcan la índole de nuestra copiosa lengua? Hemos visto traducido

rendre vilain por volver feo y no por afeár; se couvrir de chevaux blancs por cubrirse de caballos blancos, cuando tenemos encanecer; lié aux mains, en lugar de atado por las manos ó con las manos atadas, pudiendo usár maniatado, que expresa lo mismo; no se escribe ya forcejar sino hacer fuerza; ni armar una máquina, sino montarla, ni tampoco regalar sino hacer presente. En fin, no vemos más que el espíritu francés, relegando el ánimo, el entendimiento, el ingenio español.

ANTONIO MARTINEZ DUIMOVICH.

Noviembre de 1881.

LA CRIMINALIDAD

EN LA REPÚBLICA ARGENTINA.

Hemos llegado á una época en la que ya no es posible ocultar á la Europa, á sus pueblos y Gobiernos, la verdadera situación que cruza cada una de las Repúblicas americanas.

Ayer, cuando la comunicacion entre las dos partes del mundo era tardía y difícil, se podía hablar impunemente aquí del estado de barbarie de aquellos pueblos, de sus constantes revoluciones y de su espíritu rebelde á todo progreso y á toda civilización.

Hoy esto ya no se puede.

Hoy, Europa y América están en íntima y constante comunicacion, no sólo por medio de los millares de vapores que cada día cruzan el Océano, sino por medio del cable eléctrico que en pocas horas pone en contacto el pensamiento de ambos hemisferios.

De aquí, que ya no hagan mayor daño á los pueblos americanos las calumnias, embustes ó invenciones que puedan propalarse todavía, con ciertos y determinados fines, con tendencias, que ni el pudor de la mala intencion que las inspira saben ocultar.

Hubo una época en España en que la prensa monárquica hacia de las Repúblicas que llevan su sangre, el blanco de sus ataques sistemáticos y constantes, presentándolas á todas sin distincion, como foco constante de anarquía, desorden y bandolerismo, incapaces de poderse gobernar, y dignas tan solo de caer á los piés de algun protectorado europeo.

Era una táctica, cuyo punto objetivo se reducía á esto:—sostener que la forma republicana de Gobierno era incompatible con el orden, con la paz, y la salvaguardia de los principios conservadores de las sociedades, deduciéndose de ahí que sólo la monarquía absoluta, constitucional ó de derecho divino, era capaz de hacer la felicidad de las naciones.

Para sostener su campaña, la prensa monárquica de esos días vivía en constante acecho del menor incidente que en América se produjera, para sacar de él las consecuencias que se proponía; pero toda su argumentacion venía por tierra cuando, como ejemplo de lo que puede ser y es la República, se contestaba á esa propaganda presentándole el grandioso, el estupendo espectáculo de los Estados-Unidos, que en nombre de la República realiza las más grandes conquistas del siglo, crece, se agiganta, y vé aumentar su poblacion en proporciones que, al paso que vá, la conducen á tener, en días no lejanos, la tercera parte de la que tiene toda la Europa!

Surge poco después la República francesa.

A la sombra de su bandera, pacta con el arrogante vencedor, le paga religiosamente la suma fabulosa que Bismark pide á Thiers en Versailles, seguro de que la Francia no podría pagarla: rescata el territorio de la planta del soldado prusiano: llama á juicio las fuerzas vivas del país, que la derrota habia puesto en lamentable anarquía, organiza pacientemente el ejército vencido: establece la confianza de un ámbito al otro de la nacion, y la inspira, no sólo á las clases conservadoras en el interior, sino á todas las potencias extranjeras en el exterior: desarrolla el comercio en proporciones que no habia conocido jamás, y la República, por fin, cicatriza en el corazon de la Francia aquella herida profunda que le abriera el Imperio.

Ante estos espectáculos prácticos, que se hallan á la contemplacion del mundo entero, ya no se podía sostener aquí, como tesis general, como doctrina ó principio, que la forma republicana de Gobierno fuese incompatible con el orden, la paz y la estabilidad social; porque la existencia pacífica y ordenada de las dos grandes repúblicas estaba ahí probando todo lo contrario, y que, si la monarquía garantiza y ampara los intereses conservadores, lo mismo ó mucho más puede garantizarlos la República.

Pero, aquellos buenos tiempos de verdadero absolutismo para España, en que la prensa monárquica se entregaba á esa inocente diversion de desacreditar á la América por moda, no podía durar mucho en una nacion eminentemente liberal, y que lleva en las entrañas el germen fecundo de la santa libertad, que ha calentado su corazon y dilatado su espíritu al calor del fuego de la democracia.

La tradicional altivez de la vieja España no le permitía seguir viviendo bajo el imperio ni el vasallaje de una situación de hierro.

Tenia que retroceder.

Tenia que volver la espalda á ese pasado de vergüenza, para iniciar una vida nueva, vida de libertad, de progreso, de franquicias, de tribuna libre, de prensa libre, de aspiraciones generosas en el sentido de arrancar la nacion de las sombras siniestras en que hasta entonces la habian conservado el absolutismo y la tiranía.

Y así sucedió.

Cambiaron los tiempos; y una monarquía eminentemente liberal, que trae aliento de regeneracion y anhelo de progreso, vino á reemplazar la monarquía de las viejas tradiciones de ese absolutismo.

Efecto de la gran trasformacion y de la influencia que debía ejercer sobre el espíritu de todos, la prensa monárquica de hoy ya no se ensaña como la de entonces contra las Repúblicas Americanas, pretendiendo que su forma de Gobierno es incompatible con el orden, la paz y la libertad.

No.

Justicia le sea hecha á esa prensa: su marcha y sus tendencias son ahora muy distintas; si bien es cierto que la situación de las principales Repúblicas Americanas, la paz que gozan, los adelantos y progresos que realizan, el respeto que tributan á las instituciones y la seguridad con que en ellas se trasmite el mando, sin violencias ni revoluciones, no dejan á esa prensa ni el pretexto de combatirlas con los argumentos empleados por la prensa brava de aquellos tiempos.

Pero si la prensa monárquica de la actualidad procede de esta manera, asombra, pasma realmente, que diarios que se llaman liberales, que en sus tendencias y aspiraciones lo son realmente, y más que eso, republicanos, hayan, á su vez, iniciado una cruzada contra las Repúblicas americanas, más dañosa á sus intereses, sin duda alguna, si ella tuviese eco.

Apóstoles de la República y de la libertad en todas sus manifestaciones, ellos no pueden hoy, como sus colegas monárquicos in illo tempore, sostener que la forma republicana de Gobierno sea incompatible con el orden y la estabilidad; porque esta sería una apostasía, una traicion que nada justificaria.

Su táctica es otra, pues: consiste en desacreditar á algunas de esas Repúblicas, y precisamente la de aquellas que menos se prestan á ser desacreditadas, como la Argentina, por ejemplo.

¿De qué manera?

¡Diciendo que la criminalidad se desarrolla en ellas de una manera espantosa, al extremo de infundir la alarma y el pavor en las colonias extranjeras que allí residen!

Pero, ¿esto se dice por capricho, al acaso, inconscientemente, sabiendo que carece de verdad, ó por rendir culto á la vieja moda de atacar la América?

Nada de eso.

Estos ataques tienen otro origen y responden á otros fines.

Estos ataques se hacen, única y exclusivamente, para ver si se impide ó disminuye la inmensa emigracion española que sin cesar se dirige á la República Argentina.

Hoy ya no se puede decir impunemente que allí no reina la paz, que falta trabajo, que hay pobreza, que las revoluciones todo lo impiden y paralizan, que los Gobiernos caen y se levantan á cada paso, que la anarquía es constante y el mal-estar continuo.

¿Qué se dice, entonces, para impedir que los españoles continúen eligiendo las tierras del Plata, por segunda patria?

Que aquello es una cueva de bandidos.

Que no hay seguridad individual.

Que los asesinatos se reproducen constantemente, y que la criminalidad toma allí proporciones alarmantes!

Sería natural y lógico: á un país que en tales condiciones viviere, ¿quién querría ir?

¡La miseria antes que la muerte!—se diría el que hubiera concebido el pensamiento de salir de España con la esperanza de encontrar allí la fortuna que aquí no encuentra, y á fe que tendría sobrada razon en hacer la exclamacion.

Pero hay algo de verdad en lo que se viene diciendo, por fortuna, en un sólo diario, aunque importante, sobre el desarrollo de la criminalidad en la República Argentina?

¡No! ¡Nada!

Ni una sola palabra.

Así lo he afirmado en otros artículos, provocando á que lo contrario se me pruebe con datos, con hechos, con testimonios dignos de fe, sin que, á pesar de lo categórica de mi provocacion y de los días trascurridos desde que públicamente la hice, se me haya contestado una sílaba.

¿Ni cómo se me habia de contestar tampoco?

¡Pues qué! ¿Acaso basta que á un diario se le anteje negar la existencia de Dios, porque sí, y la existencia de la luz, porque sí, para que crea que Dios no existe, y que la humanidad vive eternamente entre tinieblas?

¿Se quiere impedir que los españoles pobres, que aquí no encuentran trabajo y viven en la más espantosa miseria, vayan á mi Patria, ó Venezuela ó Méjico, con la esperanza de encontrar lo que en su patria les falta?

Hágase otra clase de propaganda. Créense fondos para atender á las necesidades, déseles trabajo, ocupacion; hágase lo que se quiera; pero no se infame gratuitamente una nacion con la que se vive

en la más cordial amistad y con la que se hacen tantas y tan extraordinarias transacciones comerciales, haciendo creer: «que la criminalidad toma en ella proporciones alarmantes,» precisamente cuando acontece todo lo contrario.

¿Sería justo, ni del agrado del pueblo español, que algun diario de Francia ó Italia dijese que en Madrid no se pueda vivir, porque en una sola semana se han cometido cinco asesinatos en las calles principales?

Pero todo pecho español se sublevaria de indignacion contra el que tal afirmase, como se sublevaria contra los absurdos dichos por Dumas contra las costumbres nacionales de la gran Patria española.

¡No! Lo he dicho ya; apoyado en la experiencia, en los hechos, en lo que pasa, y lo repito ahora, y repetiré siempre que de esta cuestion me ocupe:—mientras que en Europa exista el pauperismo y la América siga brindando trabajo al que lo pida, ninguno de sus Gobiernos podrá impedir la emigracion que de su suelo se dirige á las Repúblicas del Norte y Sur, y menos que ningun otro podrán impedirlo los Gobiernos de España é Italia para que sus súbditos sigan dirigiéndose á la República Argentina, en cuyo vasto, fértil y risueño territorio, los millares de españoles é italianos que en él han fijado su residencia, encuentren, no sólo trabajo, bienestar y garantías, sino aquello que los indujo á dejar los patrios lares: la fortuna que responda á sus aspiraciones.

Indudablemente: los emigrantes que allí se dirijieron hace veinticinco años, en los albores de la redencion, apenas caído Rosas, fueron á ciegas, ó como vulgarmente se dice, á tentar fortuna; pero los que han ido después, los que van ahora en tan gran número—y ha de aumentar gradualmente—han ido conociendo ya la verdadera situación del país, sus progresos y adelantos, la abundancia de trabajo bien remunerado que allí existe para el que lo solicita, la libertad amplia de que se goza, la facilidad que existe para la vida, y más que todo eso, al ir ahora saben lo que de aquí salen, que allí no hay tal desarrollo de la criminalidad, y que, por el contrario, ella es menor que en cualquiera otra nacion.

¿Y por qué, ó cómo lo saben?

Hé aquí lo que deben tener muy presente estos propagandistas impotentes, para convencerse de la inutilidad de su propaganda.

Lo saben, en primer lugar, por las cartas particulares, íntimas, de los emigrantes que allí están y residen, que escriben á sus parientes, deudos y amigos de aquí, la verdad desnuda en toda su sencillez, refiriéndoles cómo lo pasan, lo que es el país, y la seguridad completa que en su seno disfrutan.

Lo saben por los que vienen de paseo á ver un momento la madre patria, regresando después á la que han adoptado.

Lo saben por los informes que los agentes oficiales que España tiene en la República Argentina transmiten sin cesar á su Gobierno.

Lo saben por los diarios extranjeros que allí se publican, los que, si efectivamente existiese en la República la criminalidad fabulosa de que se habla, en vez de incitar á su compatriotas de Europa á que se dirijan á ella, denunciarían los crímenes y su desarrollo, para persuadirlos á que no emprendiesen la travesía.

Lo saben, en fin, por publicaciones caracterizadas que ven la luz en España, presentando la situación de la República Argentina con los colores de la verdad, citándose en ellas datos, hechos, documentos y testimonios que, ni ponerse en duda podrían, porque sería lo mismo que negar la existencia del sol, que con sus rayos alumbraba los hemisferios.

Y la prueba más evidente de que los españoles que emigran saben todo eso y más, sobre las condiciones prósperas y felices de la Argentina, la tenemos en el ningún eco que han tenido y tienen las publicaciones que aparecen con el propósito deliberado de aterrorizarlos.

Y á este respecto, las cifras hablan.

Desde 1862 á 1867 entraron en la República Argentina..... 71.415 inmigrantes.
Del 68 al 73..... 211.132 »
Del 74 al 79..... 256.187 »

¿Qué significa esta progresion asombrosa?

Lo que acabo de afirmar,—puesto que la llegada de españoles ofrece el mismo aumento de año en año,—esto es: que la propaganda basada en falsedades, para influir en el ánimo de los que desean ir á la República Argentina, no obtiene éxito pues de otra manera esa emigracion, en vez de aumentar tan considerablemente, iria languideciendo hasta suspenderse totalmente.

Para justificar lo que acabo de afirmar respecto á la progresion que presenta la partida de españoles para mi patria, citaré otras cifras de estadísticas recientes, para no remontarme á épocas lejanas.

Hablaré solo del año 79.

En el primer semestre, entraron en Buenos Aires 1.190 españoles.

En el segundo semestre, 2.232, lo que durante el año hace un total de 3.422 españoles.

Resultados prácticos de la propaganda que pretende hacer creer que la criminalidad toma proporciones formidables en la República Argentina: que en los últimos seis meses del año 79 han ido

allí mil y tantos inmigrantes más que durante los seis primeros!!

Y sin embargo, esta impotencia de la propaganda en España, en relación a la impotencia de la propaganda en Alemania, procurando impedir la emigración para los Estados Unidos, aparece como un hecho completamente insignificante.

Juzguen mis lectores.

En aquel Imperio se opera una verdadera des-poblacion.

Alarmado el Gobierno ha puesto en juego todos los medios que imaginarse pueden para ver de impedirlo, y si no, disminuirla; llegando hasta meter en la cárcel a los agentes de emigración diseminados en varios puntos de Alemania.

¿Ha conseguido algo el Gobierno del rey Guillermo con esa propaganda?

Algunas cifras nos lo dirán también.

Según las estadísticas oficiales de Alemania, solo del puerto de Hamburgo han salido en los últimos años esta cifra de alemanes:

1871.....	18.009
1872.....	30.948
1873.....	40.068
1874.....	19.979
1875.....	18.527
1876.....	15.832
1877.....	11.867
1878.....	12.718
1879.....	12.718
1880.....	32.489
1881 hasta 30 de Junio.....	73.633

Como he dicho, estas cifras representan sola y exclusivamente los emigrantes embarcados por el puerto de Hamburgo.

En los Estados Unidos han entrado los siguientes, en estos últimos tiempos, sólo por el puerto de Nueva-York:

1877.....	109.055
1878.....	129.844
1879.....	179.589

y esto sí es fabuloso; en los cuatro primeros meses del año pasado entraron allí, 281.242 emigrantes!

Me parece que estos números, citados al acaso, bastan y sobran para probar lo que vengo sosteniendo en la cuestión desde que sobre ella escribo en España, y lo que me he permitido asegurar en mi carta al Sr. Albareda, a saber:—que no hay propaganda ninguna, por sangrienta que pueda ser contra la República Argentina, que tenga, ni la fuerza, ni el prestigio, ni el éxito de impedir, que todo español que conciba la idea de dirigirse allí, desista de ella, y que, queriéndolo, irá el día que mejor le cuadre, como no hay propaganda ninguna que en Alemania tenga tampoco fuerza ni poder para contener la emigración hacia los Estados Unidos, emigración que, para dicho Imperio, se está convirtiendo en verdadera des-poblacion, dadas las proporciones colosales que asume.

Pero, tratándose de la propaganda que contra mi patria se refiere—y, como se comprenderá, es para mí el punto pertinente en esta cuestión—lo que más me ha sorprendido es, que un diario de la importancia de *El Imparcial*, elija precisamente el tema menos explotable para tratar de impedir que los españoles vayan a la República Argentina; esto es, decir «que la criminalidad se desarrolle allí en tales proporciones, que infunde terror a la población extranjera que la habita».

Hay tanta verdad en esto, como decir que los tradicionales bandidos de *Sierra Morena* han tomado posesión de la *Puerta del Sol*, donde, desde que éste nace hasta que agoniza, cada tarde roban y asesinan a los millares de personas que sin cesar cruzan el alegre sitio.

Si algo ha llamado y sigue llamando la atención de los viajeros ilustres que visitan la República Argentina, de los que estudian su marcha y conocen su situación interior, de los ministros extranjeros y agentes consulares que la habitan—dando cuenta a sus respectivos Gobiernos de lo que ven y palpan—es, precisamente, todo lo contrario de lo que afirma *El Imparcial*:—La poca criminalidad que allí se desarrolla, DADAS LAS CONDICIONES DE SU POBLACION.

Esta observación, hecha por todos los ministros diplomáticos residentes en Buenos Aires, en sus informes a los Gobiernos que representan, puesta de relieve por el corresponsal que allí tiene el famoso *Herald* de Nueva-York, confirmada cada día por los diarios que en inglés, francés, alemán e italiano se publican en la gran ciudad, repetida en una notable Memoria pasada por el cónsul, suizo al jefe de la confederación, y por el de Italia residente en la ciudad del Rosario, al ministerio de Roma; esta observación, decía, acaba de hacerla muy recientemente el vizconde de San Juanuario, ex-ministro de Marina en Portugal, en la importantísima obra en que da cuenta de su viaje por varias Repúblicas americanas.

Según dicho estadista, no hay en el mundo país donde la criminalidad sea menor que en la República Argentina, hecho que también confirma el escritor alemán, Sr. Napp, en su obra sobre dicha nación, y que reviste una importancia mayor si se tiene presente la índole y clase de su población.

Llegan a cerca de quinientos mil los inmigrantes que han llegado a mi patria durante los últimos veinticinco años.

Si, por fortuna, la inmensa mayoría de éstos son hombres de trabajo, honrados, laboriosos, que nos han llevado el contingente de su brazo, de su inteligencia, de sus múltiples industrias y de su moralidad, también han ido entre ellos muchos bandidos, escapados de presidio, ladrones de profesión y asesinos, que temerosos de caer en manos de la justicia aquí, han tomado el camino de América, con la esperanza de ejercer allí, con mayores seguridades, sus lucrativas profesiones.

Todos estos individuos se han ido con sus hábitos é instintos.

Si todos se hubiesen entregado a sus arranques, pregunto, dado el aumento de esta clase de población, ¿habría sido extraño que la criminalidad hubiese aumentado en la República Argentina?

Teniendo en cuenta ese hecho primordial—el aumento considerable de la población—era lógico, natural, que los crímenes, en la cuenta del aumento, estuviesen en la misma proporción de las muertes naturales, de los nacimientos y de todos los aumentos que en la existencia de un pueblo produce el del número de seres que la componen.

Pero es que, ni aún ese hecho natural, en cuanto a la criminalidad, se ha producido en la República Argentina, originándose otro, que sin duda ignora, ó no ha tenido en cuenta *El Imparcial*, al lanzar la aventurada aserción que estoy combatiendo.

Explicaré ese hecho.

En la República no se conoce la miseria que hace tantos desgraciados en Europa.

La índole de sus hijos, como la de todo americano, es la que le reconocen todos los historiadores, desde Azara y Washington Irving, hasta Martin de Moussy; dulce, bondadosa, hospitalaria por excelencia.

Un bandido de esos que aquí cometía crímenes, tomaba por pretexto la necesidad, el hambre.

Llega allí.

No tiene con qué pagar su desembarque.

El Gobierno se lo paga.

Entra en la ciudad.

No conoce a nadie.

Le falta qué comer el día de su arribo, y donde hospedarse.

No importa.

Ahí está el *Asilo de Inmigrantes*, al cual le conduce un agente de la autoridad.

Allí puede comer y vivir durante ocho días.

Esta ya es, no sólo una novedad para el bandido, sino un verdadero acontecimiento.

¿Cómo!—se dice sorprendido,—soy un ladrón de profesión, he venido a esta tierra a ejercerla, y se me recibe con alimento y techo!

Sale a la calle.

Las recorre.

Encuentra un compatriota, dos, diez, cien.

Los vé contentos y satisfechos, gozando las dulces satisfacciones que proporciona siempre vivir del trabajo honrado, que engrandece al hombre, y ante este espectáculo, ante la relación franca que le hace sobre la manera de vivir en el país, ese bandido, ese ladrón, empieza a dominar sus malos instintos y pasiones extraviadas, comprendiendo que aún sin trabajar, quizás, pueda vivir sin necesidad de cometer crímenes, sabiendo que su holgazanería puede ser amparada por los sentimientos caritativos del pueblo en que vá a residir.

Y hé aquí, cómo por medio de esta transformación operada en el espíritu de muchos de esos malos inmigrantes, ellos, que contribuyeron a la criminalidad en sus países, no contribuyen a la de la República Argentina, no contribuyendo, por consiguiente, al desarrollo de que tan inconsideradamente habla *El Imparcial*.

¿Pero—podría preguntarme éste—pretenderá Vd. entonces hacer creer, que en su patria no hay criminalidad?

Sólo faltándome uno de los cinco sentidos, podría pretender cosa semejante; pero, como por fortuna los tengo todos, y tal vez alguno de más, digo lo que es la verdad: que allí hay criminalidad como en todas partes, pero en una proporción menor, muchísimo menor que en cualquier otro país de la misma población, siendo esta circunstancia, este hecho, uno de los rasgos que más realzan la fisonomía social de mi patria, y el que contribuye, no poco, a que cada día aumente, más y más, el crecido número de emigrantes que, de todas partes de Europa, se dirigen sin cesar a ella, donde encuentran hospitalidad, trabajo, simpatías y horas de placer, que antes no conocían.

HÉCTOR F. VARELA.

EN CHATA...

A mi noble amigo el Sr. D. Domingo de Oro.

«As Y grew up, came into the world, and observed the actions of men, y thought y met with many, very many who gave too much for the whistle.»

FRANKLIN.

Una mujer que estimo, sin duda porque no me adula, ó porque no es letrada, me ha observado que hay en todo lo que yo escribo un defecto capital. Muchos textos y citas, muchos cuentos y refranes. Y debe ser cierto En dos cosas son las mujeres eximias; en conocer *prima facie* la calidad de las

telas y los defectos de los hombres. Viceversa: los hombres descubren con más facilidad (peligrosa facilidad!) las cualidades de las mujeres que los defectos de las telas.

Admitido el hecho sin dificultad, desde que se trata de un defecto que me caracteriza, reconozco que debo procurar enmendarme,—ó corro el riesgo de pasar por incorregible. Procuraré, pues, cumplir lo que parece que prometo, aunque Shakspeare y Cervantes pudieran abonarme. Pero lo dejaremos para después. Hoy día, 12 de Noviembre del año del Señor de 1878 (fecha en la Asunción del Paraguay) es imposible. Precisamente es el texto lo que me sujiere la insustancial y mal zurcida disertación.

A propósito, ha de permitirme el bondadoso lector que, calculado en el interés suyo y mío, le dé un consejo, so pena de que no nos entendamos.

Fiel, sin embargo, por ahora, a mi mala costumbre, traduciré primero el texto susodicho, y después, y para no faltar a mi promesa tan a renglón seguido, irá lo del consejo.

«A medida que crecía corria el mundo y observaba las acciones de los hombres, me persuadía ya que había muchos, pero muchos, que daban demasiado por el pito.»

Consiste el consejo sencillamente en esto: en que se lea una página de Franklin, en la cual el buen *bostonian* cuenta, con su envidiable ingenuidad, cómo fué que siendo niño lloró copiosas lágrimas, a consecuencia de haberse apercibido, cuando el hecho no tenía remedio ya,—que había pagado por un pito tres veces más de lo que el tal pito valía.

Ahora, discurremos. ¡Qué digo! Expliquemos antes el título, ó epígrafe, ya que por respetos a Franklin he violado las reglas cronológicas, es-plicando el texto primero.

En chata! Es como si dijéramos en carreta,—carreta criolla bien entendido. No hay más diferencia sino que la locomoción de la una es terrestre y la de la otra acuática ó fluvial. Y aquí se me ocurre un cuento, (malhadada costumbre!) de un gallego instructor de reclutas que, para hacerse entender mejor, decía: media vuelta a la izquierda es precisamente lo mismo que media vuelta a la derecha, solo que es exactamente todo lo contrario. Y, sigo hablando yo, no el gallego. O en que, carreta, es un vehículo que se mueve a duras penas arrastrado por cuadrúpedos, y chata es una chalupa sin quilla, que se desliza mansamente sobre el agua, a veces sobre el fango, impelida a brazo de hombre y a fuerza de botador. La carreta se encaja y el pobre buey trabaja el doble; la chata no anda sino empujada por un movimiento de vá y vén, que se produce recorriendo el chatero la embarcación de proa a popa y de popa a proa,—de modo que si el andar de la primera se mide por el diámetro de sus ruedas multiplicado por número de rotaciones descritas al cabo del día,—la marcha de la segunda se computa por el número de veces que el botador entra en el agua y sale de ella multiplicado por su longitud. Y, lo duro de esta faena, que consiste en afirmar un extremo de la gruesa caña tacuara llamada botador, en fondo resistente y apoyando el otro en el hombro, en empujarlo vigorosamente, hacia atrás primero, para ir adelante después, no es comparable sino a torturas del picador ó del paciente buey. El picador tiene callos en las manos y en las posaderas; el buey, heridas en el cuerpo, chichones en la cabeza.—tales son los picanazos y macanazos que recibe! El chatero, úlceras en los hombros, llagas en las manos; ambos cantan sin embargo,—el uno, al son destemplado del crujir de las ruedas empantanadas durante días enteros;—el otro, al son monótono del *camalote* viendo irse agua abajo la rebelde chata, que muchas veces pierde en un minuto el camino andado en una hora,—quizá en un día de terrible fatiga. Y ambos también, con los progresos de las civilizaciones importadas, van perdiendo poco a poco su peculiar fisonomía. El vasco, el bachicha, el gringo, son ahora picadores. El gringo, el bachicha, el vasco son ahora chateros. En la Pampa no cantan ya tristes ni vidalitas; cantan aires de los *Hu-gonotes*. En los riachos del Paraguay no cantan ya décimas ni *purajey* (1); cantan la *Traviata*. El criollo, tanto paraguayo como argentino, con sus ínfulas castellanas, huye de los campos, desdeña el trabajo rudo, se recuesta a los centros de población, y encuentra más noble y más digno de sus altos destinos ocuparse de la felicidad común, entregándose todo entero y verdadero a la política y a la guerra. Y dirán después que los progresos de civilización así entendidos, practicados y promovidos no son cosa buena!

No será yo por cierto, y menos en estas zonas australes de América, quien sostenga que la civilización no tiene sus ventajas perceptibles. Pero, con el permiso de Sócrates y de Horacio,—cuyas ideas sobre las pretendidas desgracias de la humanidad son conocidas,—convengamos en que algo debe haber de envidiable en un género de vida que así constituye al hombre en bardo incansable de

(1) *Purajey* canción, en guaraní.

sus propios infortunios y miserias. Estoy seguro que Bismark no canta en su gabinete, como no cantaron Cavour ni Mazzini; y que si Júpiter y la Paciencia realizarán por segunda vez el sueño de Addison, asistiríamos a un verdadero pugilato entre chateros y picadores de carreta con hombres de Estado, que estremecería de horror al MONTE DE LOS PESARES.

Me faltan dos plumadas para poder proseguir sin escrúpulos literarios tocante a la forma.

Significa esto, que si he traducido el texto y explicado el título, no estará completa la introducción sino después que haya dicho, que una Chata tiene su correspondiente patron, y que el de que ahora me ocupo se llama Maceió;—más rectamente Antonio Dos Reis; y esta aparente mistificación se aclara, haciendo saber que es costumbre en el Brasil tomar por nombre de guerra el del lugar donde se ha nacido. Ergo, siendo Antonio dos Reis natural de Maceió capital de la Provincia de A Lagoas,—Maceió se llama *et par droit de conquête et par droit de naissance.*

Pues con este Maceió he hecho yo, dos viajes redondos ya, embarcándome tal día como hoy, en *Terecãni* (1) (uno de tantos puertos del Jegui-mi L. 24°, 9', 30", L. 50°, 12', 10"), y llegando a la Asunción a las siete revoluciones completas de nuestro planeta al rededor del Sol, exactamente en el mismo número de horas y minutos, que, según la Cosmogonía mosaica, fueron necesarios para sacarnos del caos y crear en un verbo del VERBO los millones de mundos que nos rodean girando sin chocarse con órden admirable y vertiginosa rapidez, por esos espacios sin fin,—hasta que... todo se acaba por algún capricho formidable del Supremo Hacedor. Siete días son efectivamente mucho tiempo cuando se aprovechan los minutos, pensando, observando ó trabajando.

Veámos si es así.

Ya se sabe quien es Maceió, es decir, yase sabe que hay un patron de Chata apellidado. llamado ó conocido más generalmente por ese nombre, que por el que le puso la madre que lo dió a luz; pero mientras no se agregue lo que a leerse vá, no estaremos muy adelantados, que digamos, respecto a su ignorada humanidad.

Maceió no es mi homónimo gramaticalmente hablando. Fisiológica y psicológicamente estudiado, la cuestión cambia de faz. Pese a mi estirpe egregia, afirmo: Que no he conocido, hasta ahora, ni espero conocer un mulato que se me parezca más.

Paso por alto, ó dejo en blanco, las páginas que podrían intercarse describiendo las delicias terrenales de la navegación fluvial (en chata) por estas regiones, donde ni la flora ni la fauna son variables,—donde por la horizontalidad del terreno no hay siquiera variaciones inesperadas ó instantáneas, sucesivas ó frecuentes en las perspectivas de un paisaje, perpétuamente vivaz, si se quiere, porque la vegetación es tan lujuriosa como inmortal, a despecho de un clima siempre caliginoso, excepto cuando soplan vientos del Sud; pero vegetación, en cuyo intrincado é impenetrable follaje, se anidan de día y de noche innumerable especies de insectos visibles ó invisibles, alados ó rastroeros, que no les van en zaga a los que pululan incómodos ó mortíferos en los detritus vegetales perennemente en fermentación generadora.

Haremos otro día otro paseo en chata, por unos rios ó riachos que parecen fantásticas culebras enroscadas, y en las que muchas veces sucede que después de largas horas de navegación se encuentra uno más arriba del punto de partida; y entonces puede ser que, aunque profano, me detenga en ciertas minuciosidades, interesantes, no lo dudo, para los aficionados a la historia natural. Aquesta vez no estoy para detalles tan prolijos ni tengo marco en que encerrarlos. Es otro mi calculado plan.

Todos los hombres chicos quieren parecerse a algún hombre grande ó superior a ellos. Es un estímulo útil, aunque peligroso a veces, en la evolución del progreso indefinido,—que ha vuelto a muchos cuerdos locos,—devolviendo, en cambio, juicio a no pocos aturdidos.

Yo, por ejemplo, creía parecerme hasta hace poco al Príncipe de Orange Nassau, rey de Inglaterra, ó sea, Enrique Guillermo, que había nacido con violentas pasiones y una exquisita sensibilidad; que se irritaba con tanta facilidad como con prontitud reaccionaba; que lo mismo recibía una buena que mala noticia; que era tan impetuoso en sus afectos como eléctrico en sus cóleras; que cuando amaba, amaba con toda la energía del alma; parecía áspero para la multitud y encerraba para sus íntimos inagotables tesoros de bondad; que era cordial, abierto, franco, expansivo, en la mesa, rodeado de amigos; finalmente, que tenía muchas grandes cosas buenas, que yo no he descubierto jamás en mí. Esta, por ejemplo: cuando por sus arranques geniales infería algún daño, apresurábase en el acto a indemnizarlo con usura,

á tal extremo que los que le rodeaban, antes que en calma preferían verlo encrespado.

Navegando con Maceió, á quien para que no se moviera del timon yo le hacia todo lo que él debía hacerme a mí,—le cebaba el mate, le encendía el cigarro y se lo ponía en la boca, le servía el caldo hecho con gallinas que él mismo había tenido la fineza de engordar para mí; navegando con Maceió, decía, preguntéme a mí mismo seriamente cierto día, en que el recuerdo del biznieto de Guillermo el Taciturno me asaltó de improviso, produciendo en mi cerebro una recrudescencia de las semblanzas que acabo de enumerar:

¿Que hay de comun entre este negro y yo?

Abismado en el antro oscuro y embrollado de mis pensamientos, estaba yo desde hacia mucho rato, cuando una voz áspera y ronca que reñía a un tripulante,—Maceió es algo griton por defecto orgánico como yo,—hiriendo desagradablemente mis órganos auriculares, me recordó que me debía a mí mismo una franca y sincera contestación.

No cuentan las historias,—las que yo he leído al menos,—si el príncipe de Orange Nassau conversaba mucho, ó poco, consigo mismo como yo; de manera que no contándolo debo suponer que en este punto, mal haya lo que nos parecemos! mientras tanto que Maceió es un vivo y perpétuo refunfuñar....

—Sí pues,—volví a decirme mirando el fondo tempestuoso y tumultuario de la cóncava esfera de mis pensamientos enredados:—¿qué hay de comun entre este negro (1) y yo?

Juzgar es comparar. Yo tenía dos tipos. El Príncipe de Orange Nassau de un lado, á Maceió de otro.

El Príncipe, era entermizo.

Maceió, es un roble.

Yo, soy robusto.

Luego, no es al príncipe sino al negro á quien me parezco yo.

El príncipe se irritaba por cosas grandes, como que príncipe era.

Maceió, se irrita por cosas chicas.

Yo, no he tenido ocasión de irritarme sino por pequeñeces.

Luego, del punto de vista del carácter, no es al príncipe sino al negro á quien me parezco yo.

El príncipe, era guerrero y político.

Maceió, no lo es; se busca la vida.

Yo, idem, idem idem.

Luego, tambien en esto más que al príncipe es al negro á quien me parezco yo.

Por último, me dije: no refieren tampoco las crónicas, si el príncipe era aficionado a la filosofía y amigo de hacerse aplaudir y adular de sus inferiores en gerarquía social ó en coturno intelectual.

Yo, me siento inclinado habitualmente á retorar por esos campos abstrusos de la metafísica pura, y en este instante de solemne ociosidad, tentado de hacerlo á Maceió juez inapelable de mi sapiencia infusa... Si no resisto, pues, á la tentación, si me someto al recto juicio y dictamen imparcial del negro, resultando que me comprende y que me admira,—es incuestionable que estamos unidos por misteriosas simpatías, que somos afines y que nos parecemos.

No son indispensables las demás analogías entre él y yo, como las formas y el color, el tipo y las facciones, la estatura y el porte, la mirada y la sonrisa. Haré notar, empero, para no abordar de improviso el otro parágrafo,—que entre Maceió y yo hay muchos otros puntos humanos (2) de contacto: verbi gratia, uno que, leyendo la vida del príncipe, no he descubierto existiera entre él y yo—me refiero al cuidado de las manos—que el negro tiene siempre limpias con prolijidad, ofendiendo su color.

La chata anda...

Tengo un libro en la mano y acabo de volver á leer, después de muchos años, los detalles patéticos de la muerte de aquel que según su discípulo fué «el más sabio y más justo de todos los «hombres.»

La chata anda...

He dejado el libro, no leo ya... me hallo engolfado en meditaciones profundas viendo al través de las brumas de la historia perecer el politeísmo griego; iniciarse el consorcio de la imaginación con la razón, del cual vá a nacer la plasticidad severa de la belleza clásica; alborear en fin, la estrella polar de la moderna civilización,—la idea cristiana.

Mostrando á Platon...

—¿Sabe usted lo que es esto, Maceió?

—Nao.

—Pues, es un libro que dice, que usted no es uno sino dos. Uno por fuera, otro por dentro. Uno que se muere y le entierran. Otro que no se muere nunca. Uno que se vuelve tierra, gusanos... otro

(1) Es mulato como al principio dije, pero aquí le llaman negro.

(2) Según Burmeister y otros, la mano es la parte más humana de nuestro cuerpo. Es decir, lo que más nos diferencia de los monos.

que puede pasar de usted, en el que está escondido, á cualquier otro bicho. Uno que se llama cuerpo, que se ve con los ojos y se toca con las manos; otro que se llama alma, y que no se puede ver con los ojos, ni tocar con estas manos... ¡comprende usted!

—Nao.

—¿Quiere usted que siga explicándole?

—Sim senhor.

—¿Le gusta?

—Muilo.

—¿Ha oído usted hablar antes así?

—Nao.

—Bueno... sigo (y seguí,—es tan cómodo seguir cuando no nos interrumpen, ni nos entienden; sobre todo, cuando nos admiran):

—¿Cree usted en Dios?

—Sim senhor.

—¿Quien es Dios?

—Nao sei.

—Es todo los que nos rodea ahora: el cielo, la tierra, el sol, los árboles, los animales, usrd, yo,—comprende usted?

—Nao.

—¿Y cómo cree usted entonces en Dios?

—Nao sei.

—Este negro es un sabio, murmuré interiormente: «Solo sabe que no sabe nada».

—Voy á explicárselo á usted.

—Sim senhor.

—¿Cree usted que alguien ha hecho esta chata?

—Sim senhor fizeronla no arsenao de Curumba.

—¿Y la chata puede hacerse á sí misma?

—Nao senhor.

—Así es el mundo, lo han hecho,—lo ha hecho Dios.

—Ahhh!!!

—Si usted supiera leer, sabría todas estas cosas.

—É verdade...

—Quiere usted que siga.

—Sim senhor, Coronel.

Yo había escrito días antes en el blanco de la carátula de mi Platon (tengo la manía de condensar en forma de sentencias para mi uso, el fruto bueno ó malo de mis meditaciones, en vez de llevar un diario, discurrendo alternativamente sobre geología, sobre la generación de nuestros conocimientos y otras yerbas, algunos pensamientos; así sellaman lassentencias cortas, por mal pensadas que sean y peor formuladas que estén.

Parecióme propicia la coyuntura para hacerme admirar una vez más, y leí en alta voz:

I.—El hombre será siempre niño mientras pida inspiraciones a su corazón.

II.—Así como en el órden físico el movimiento es causa de todo cambio,—así tambien en el órden moral moverse es variar. ¿Quereis olvidar, que os olviden seguramente?—Viajad.

III.—La vida es breve en el tiempo y en el espacio,—suficientemente larga en el mundo de lo contingente y de lo finito. ¿De qué nos quejamos pues?

IV.—La política no es ciencia sino cuando, elevándose sobre las disensiones de los partidos, formula una teoría de gobierno, basada en el conocimiento de las necesidades físicas y morales de la naturaleza humana.

V.—Filosóficamente considerados estos tres pueblos, la Inglaterra, la Francia y la Alemania, la primera representa el método, la segunda el arte, la tercera la síntesis orgánica. Los Estados Unidos representa todo esto sin ideal.

VI.—Sostener que la fe puede ser un fundamento de certeza es negar la razón; precisamente el arma más poderosa para combatir el escepticismo; en una palabra, es repudiar la ciencia queriendo reconciliarla con la religion.

—¿Le gusta á usted oírme, Maceió?

—Muilissimo.

—Voy entonces á seguir.

Y seguí así: El mundo es increado y no puede perecer. La materia es finita y no puede ser aniquilada, el alma no existe sino como fuerza vital. La vida es el organismo, Dios es un ideal necesario, que no puede ser demostrado como verdad absoluta.

—¿Qué le parece á usted, Maceió?

—Muilo bonito.

No hay duda señor, me dije. Este negro es un verdadero filósofo,—para él todo es igual.

Y agregué: Sí, pero tenga usted como cosa segura, tan segura como que si no me pone usted en la Asunción en el plazo convenido, no le he de abonar íntegro el flete estipulado,—que si usted roba ó mata al prójimo, derecho se ha de ir al infierno.

—Por supuesto.

Decididamente,—exclamé en mi interior,—Maceió es tan filósofo como yo, ó lo que es igual, nuestra identidad es completa.

He de volver á leer la Retórica de Platon, para cerciorarme de si en verdad es un arte más útil, como el mismo Platon lo dice, que el arte de cocinar. Hoy por hoy considero mis premisas bien sentadas,—mi lógica inatacable; y me glorio de ello para servirme de la expresión de Homero, empleada por Georgias, discutiendo con Sócrates.

Mientras tanto afirmo: «que el pensamiento filosófico cuya naturaleza, como hecho de la vida, reside en la reflexión propia, exige además garantía

(1) TERECAÑE, para que te pierdas; fundado por Irala. Lugar de destierro en tiempo de Lopez.

«de certeza para afirmar, no por obra del sujeto, sino en virtud de la realidad misma de lo cognoscible, la conformidad esencial del pensamiento con lo pensado.»

Maceió, no está ahora aquí para apoyar mi tesis y aplaudirla. Lo siento de veras. El éxito de tantos sistemas filosóficos, contradictorios ó que se contradicen á sí mismo no provendrá quizá de una adaptación, inclinación ó aberración del espíritu humano, á creer en todo y á pasarse en presencia de todo lo que no puede percibir ni entender bien. El terror no es fuente de lo sublime? En virtud de qué otra ley entonces cree Maceió en el Diable?

Todas son dudas, mi noble amigo, en este afán incesante que se llama vida.

Me dice usted en su última carta: «Que tenga usted buen viaje y mejor suceso. Ah! si no estuviese yo ya muerto y sepultado! Ah! si que le pediría acompañarlo!» Pero ya no hay hombre, me quedo, pues; pero me quedo *tambiéndolo*, como diría un gaúcho.

Ha pasado un año y medio largo desde que generosamente me acompañó usted á la Asunción. El problema planteado entonces;—planteado no más está.

Durante ese lapso de tiempo, largo en un sentido, corto en otro, he puesto en juego para despejar la incógnita todo cuanto un hombre de pensamiento y de acción puede poner de recursos legítimos al servicio de esfuerzos reflexivos; y aquí estoy todavía firme en el timón, cinglando por decirlo así nuevamente hácia las ignotas tierras. Pero mis cabellos han encanecido, mi tez se ha quebrantado, mi cuerpo se ha resentido,—y hoy día me pregunto, después de tantas intemperies, desazones y fatigas,—viendo que el único substratum cosechado es un poco más de rancia y mal digerida filosofía,—si no estaré pagando por el pito tres veces más de lo que el pito vale?

Como la historia, el porvenir tiene sus enigmas oscuros; y la dificultad de la ciencia consiste en convertir las conclusiones *teóricas* en hechos *concretos*. Mientras esto no sucede,—es predicar en desierto. La multitud quiere cosas.

Con el permiso de la dama á quien me he referido arriba terminaremos con una cita de mi consejero espiritual,—Shakespeare.

«Es tan peligroso envejecer en cualquier género de vida como virtuoso perseverar en una empresa»

Sé que estamos de acuerdo, y algo es algo... Sé también que usted no necesita leer el pito de Franklin para entenderme; porque me conoce y no ha de ocurrírsele que estoy cansado, ni desalentado, ni desmoralizado, sino simplemente preocupado de un problema moral: *¿vale la pena de ser muy rico?* Me quedo, pues, repitiendo como aquella noche... Ah! si no fuera que el dinero sirve entre otras cosas útiles para castigar perversos, con nobleza, qué poderoso me consideraría yo con el capital de la conformidad!

LUCIO V. MANSILLA.

COLONIZACION DE CUBA.

Entre los varios problemas que afectan un interés especial para Cuba, es el de la colonización por estar comprendidos en su solución cuestiones tan trascendentales como son las económicas y sociales, examinadas la primera desde el punto de vista del trabajo en su aplicación á la agricultura, y la segunda en armonizar el estado civil del hombre, que por la imperiosa ley de la razón y de la justicia debe salir de la condición denigrante en que se encuentra el esclavo.

La atención del Gobierno en esta cuestión debe ser eficaz por requerirlo las circunstancias anormales de postración en que se encuentran los campos que han sido teatro de la guerra civil que ha sufrido durante diez años. La prensa, particularmente *El Imparcial* en sus columnas, y suscrito por un general español, apreciaba en el sentido de remediar el mal, el establecimiento de colonias militares, fundándose en que no solo habían de ser provechosas las colonias para roturar aquellos campos y hacerlos productivos, sino también para defenderlos de la invasión enemiga. En lo que no podemos estar conformes con dicho general, es, en que habían de establecerse éstas sin la indemnización debida, aquellos que, ó fueren poseedores del terreno, ó que el Estado, si era de realengo, las ceda cuando no existe en la Isla de Cuba un catastro rural que manifieste los terrenos de que puede usufructuar; y decimos esto, porque es un vicio que existe aún en la administración de los municipios, siendo este un mal, para la misma contribución territorial. *El Liberal* ha ocupado también la atención de sus lectores en su extenso bien redactado artículo sobre tan importante problema, fijándose en que el estado de esclavitud que existe en Cuba, es contraproducente con la colonización, pues lejos de facilitar la competencia que debía establecerse entre colonos libres, causa el exceso de salario.

Con referencia al bandolerismo que existe en algunas localidades de la Isla no es causa tan necesaria para que se deje de establecer las colonias agrícolas, si bien con un régimen de disciplina defensiva para evitar los ataques de estos mismos malhechores.

Lo que es no menos interesante en el problema económico social es la materia climatológica, por que sabido es y conocido por todo el que ha residido en aquella Antilla, los funestos resultados que ocasiona el sol, bajo cuya acción trabajan los que se dedican al laborioso corte de la caña durante las horas del medio día; así no es extraño que aun el mismo negro, agobiado por las penosas fatigas de este elemento, sucumba, en la generalidad de los casos, de enfermedades tales como el tétano, las apoplejías, y de epidemias, como la viruela, de las cuales son víctimas la mayor parte de estos desgraciados seres.

De aquí que el peninsular á quien se han hecho proposiciones de ir á los ingenios para desempeñar esta actividad, se haya negado, y con sobradísima razón, para no ser víctima de la fiebre amarilla (vómito negro). Si la colonización ha de hacerse sin tener en consideración argumento tan valioso y fundado en la experiencia de los hechos, tendríamos que reusar la solución del problema que nos ocupa, pues de tal manera están estos términos ligados que, sin modificar la acción climatológica no hubiéramos adelantado nada en los proyectos que se intentan por el General español y el Brigadier respectivamente, el uno en su artículo de *El Imparcial* y el otro en el de *El Liberal*. Lo que seduce de los licenciados del ejército para formar las colonias militares sería muy interesante si estos individuos quisieran permanecer adscritos á la Ordenanza que por tanto tiempo los ha mantenido en aquellas filas, y además porque estos no querían dedicarse exclusivamente á la agricultura.

Animado del espíritu de fomentar la principal fuente de riqueza, que es la agricultura en Cuba, desearé manifestar mi humilde opinión en el asunto que discurrimos señalando entre uno de los medios conducentes al objeto, el de realizar, con la aplicación de la luz eléctrica en el campo, no sólo la competencia en el trabajo, sino también modificar los resultados del sol sobre los braceros. Este medio no es nada nuevo en su anunciación y aplicación, pues aun en la misma Isla de Cuba existen establecidas máquinas eléctricas en la casa del señor Pons, en Santiago de Cuba, y el Sr. Ibañez, en la que posee en la Habana.

Los Estados Unidos tienen iluminadas las principales avenidas con esta luz artificial. Francia, desde el año 1854, la había aplicado para la construcción de la calle Rivoli, y en la actualidad están iluminados ininidad de talleres industriales por este agente.

No es extraño que algunos arguyan en contra del sistema, fundándose en lo costoso del aparato y en lo perjudicial que puede ser para la vista; pero los adelantos de la ciencia naturales, nos dan datos suficientes para combatir las oposiciones á tal sistema, pues vemos últimamente en los experimentos hechos en la Exposición de la electricidad celebrados este año en el palacio de la Industria de París, que no ocasiona tales daños.

A propósito de esto, citaremos los aparatos que se han exhibido, entre los cuales figuran las bujías Jablocoff, las máquinas Siemens y Werderman. La primera presenta para Cuba el inconveniente de necesitar fuerza motriz de gas, agua ó vapor, y además presenta demasiada coloración en la intensidad de la luz; por este motivo la desechamos y adoptamos, por su sencillez, economía é instalación, la del ingeniero Siemens, cuyo planteamiento en Cuba había de verificarse para su aplicación sobre un trípode que éste sea de rotación, cuyas dimensiones guardarán la proporción de 3 á 4 metros de altura ó según lo requiera la experiencia. Debo también contestar á lo que se nos preguntaría con respecto al trabajo que ha de hacerse, durante las horas de 6 á 12 de la noche; bajo la influencia del llamado *relente*, que se experimenta desde la puesta del sol; éste sería perjudicial á los labradores si permanecieran de pie firme en el ejercicio del corte de la caña; pero como es un efecto fisiológico que las funciones se desempeñan con regularidad estando el cuerpo en movimiento, neutralizándose por este concepto la influencia perniciosa que pudiera ocasionar aquél, higiénico es también el que al cesar en el corte de la caña, los obreros tengan á la mano un capote de abrigo para evitar el enfriamiento rápido.

Además, la estadística de los mineros de Almadén responde elocuentemente á nuestro sistema; también el ejercicio no es sino de dos horas para cada bracero, según las alternativas en que se ha de dividir el trabajo. Del mismo modo debemos ocuparnos de quién debe tomar la iniciativa de la introducción de esta forma de aplicación de la luz eléctrica; se desprende lógicamente que quien ha de recibir la utilidad de tal mejora deba concurrir estableciéndola en sus fincas azucareras, pues al Estado sólo le es competente la cuestión de protección de aquellos individuos con quien trata de colonizar la Isla. Aunque hemos indicado que los inmigrados para Cuba deben ser protegidos por el Estado, á fin de que éste pueda llevar á efecto su reforma, podríamos indicar lo conveniente que es el establecimiento de una asociación tal como la que existe en los Estados Unidos con el nombre de *Castle Gardens*.

La prensa ha hecho referencia brevemente so-

bre tal institución y para mayor esclarecimiento procuraremos dar á conocer en otro artículo las bases de esta sociedad.

Concluimos, como hemos anunciado, nuestro trabajo, con el valor de la máquina dinamo-eléctrica del reputado ingeniero Sr. Siemens, y el precio es el que sigue: Lámpara diferencial exterior encobre, 300 francos; idem aniquelada, 320; lámpara con péndulo marchando seis horas sin parar, 600; conmutador para alumbrar ó extender una lámpara á voluntad, 25. Carbones especiales para la lámpara, un franco 50 céntimos el metro; el valor total es de 2 500 francos, variando el precio según el número de focos luminosos; pero como en la instalación de estas máquinas, en los ingenios, para el resultado que deseamos obtener solo basta que las máquinas sean del tipo W1 D², que son las generalmente empleadas á la iluminación de faros y para la trasmisión de la fuerza de luz á distancia. Recomendamos, por la cualidad mencionada, éstas, y no dudamos que el éxito responderá una vez más á los experimentos que se tienen hechos con tal sistema en casi todos los establecimientos, tanto de Inglaterra como de Francia.

No podemos menos de llamar la atención encarecidamente á los dueños de ingenios para que, llegado el día de la abolición completa de la esclavitud, no se encuentren sus fincas azucareras sin el elemento del bracero que constituye hoy lo esencial del problema. Aunque por referencia y como medio económico de mejorar la situación del que haya de ser labrador, importante es la resolución de adoptar la moneda decimal que existe en la Península, recogiendo la cantidad que sea equivalente al papel que existe hoy y que ha sido y será, si subsiste, una de las causas del empobrecimiento para el mismo Tesoro, pues es una ley constante que la moneda-papel no reuna ni el valor intrínseco ni resiste á la circulación, por ser demasiado débil y quebrantable; así no es extraño que los billetes de cinco centavos, que es el mínimo de la unidad monetaria, se destruyan al verificar tres ó cuatro cambios, y un ejemplo de lo que sucede con los billetes, lo tenemos en las compras que se hacen en establecimientos de bodegas y puestos de pescados, etc.: además de ser sicio por este motivo, el papel-moneda. Con estas ligeras indicaciones bien puede el ministro de Hacienda resolver lo que por tanto tiempo se viene solicitando por todos los que han estudiado las cuestiones financieras de aquel país. Las razones que militan en tal reforma las comprende el que desea acercarse al consumidor los artículos de mayor necesidad para la vida, que hoy son tan caros en aquella Antilla, evitando al mismo tiempo el ágio de las casas de cambio. Las reformas anunciadas se vienen sintiendo como imperiosa necesidad en la Isla de Cuba, en el concepto económico social, y que, puede decirse, son la obra magna que debe verificar el Gobierno, si, como creemos, es constante en su propósito de asimilar aquella provincia á las demás de la Metrópoli, no retrocediendo con evoluciones y promesas que harían la ruina de aquel desgraciado país, pues hoy aun es tiempo de que pueda llamársele con el ilustre Genovés, *la más hermosa tierra que vieron ojos humanos*.

PEDRO BECERRA Y ALFONSO.

BIBLIOGRAFÍA.

PROYECTO DE LEYENDAS PARA EL SIGLO XX.

Con este título acaba de salir á luz un libro destinado á llamar sobre sí la atención del público y digno, por todos conceptos, de ser leído detenidamente.

Cinco leyendas y algunos fragmentos contiene en las doscientas páginas de que consta, y aunque por esta última razón podía ser tachado de brevedad, de tal manera ha sabido aprovecharlas su desconocido autor, que bien puede decirse que diluidas las ideas que en él solo están apuntadas compendrian un volumen mucho mayor.

No se crea por la índole de sus trabajos, y por el modesto título de *Proyectos de Leyendas* que á todos las abraza, que es un libro de puro entretenimiento; nada de eso. Escrito en el lenguaje de nuestros días, con las ideas, los sentimientos que agitan á la presente sociedad; nacido en estas corrientes encontradas que traen de un lado para otro á la generación actual, en cuyo corazón palpita el germen de todos los deseos, cuyo cerebro encierra el germen de todas las dudas, el libro de que vamos á ocuparnos es obra de uno de esos soñadores que protestan y maldicen lo nuevo, sueñan con restaurar lo antiguo, persiguen la utopía de las utopías, reorganizan ideales muertos, pero siempre en todo caso en el pensar y en el decir manifiestan á las claras el contagio de la duda, del pesimismo, de la desilusión; quieren creer, extienden las manos para abrazar un credo y encuentran fantasmas que se desvanecen.

Y las contradicciones que tal estado trae consigo resaltan en todas sus páginas. Ora el autor quiere creer, y duda á pesar suyo; ora quiere dudar, y cree; ya afecta en el prólogo un forzado escepticismo que le hace despreciar la gloria, la fama, la inmortalidad, y le lleva al extremo de preguntarse á sí mismo el objeto que le ha inducido á escribir su libro, sin alcanzar á darse una respuesta á tal pregunta; ya exclama más tarde, con verdadero entusiasmo: «Pocos hombres, muy pocos, dejan de ser mejores al escribir. La idea de que el alma puede durar, hace el alma pura; la idea de que nuestros pensamientos pueden durar mañana en la memoria de los hombres, hace el pensamiento honrado; el que busca el mañana presiente lo eterno, como el que mide las distancias presiente lo infinito, y todo lo que de estas altas cimas de la abstracción y la generalidad desciende, es tan

puro como las aguas que nacen en los nevados picos de montañas escoltas para fecundar la tierra.»

Todo el libro está lleno de estas contradicciones hijas de nuestro modo de ser, de la falta de creencias de que adolecemos. Antes, cuando había una fé, un altar, un ídolo, el mañana no era un problema sino una solución; la vida no era un caos, sino un mundo perfectamente dispuesto y ordenado: la eternidad guardaba la respuesta á todas las preguntas que á los lábios del hombre podían acudir. Pero hoy que la duda ha sustituido á la fé, el vacío al altar, la sombra impenetrable al ídolo ayer reverenciado; hoy que cada cual mira á su alrededor y no vé más que noche oscura y densa, revuelve la mirada á su interior y sólo contempla abismos en que el bien y el mal combaten, y la conciencia sobrenada penosamente y se anegan todos los sentimientos y se confunden destrozados todos los ideales y riñen encontrada lucha todas las pasiones; hoy que el mañana no existe ó existe como una esfinge aterradora; hoy que la muerte en vez de solución ó es nada ó es la prolongación indefinida de este abismo; hoy el hombre no sabe descansar nada; presente á veces la luz tras las montañas que le ocultan el horizonte, y entonces quiere morir; piensa otras que tras esas montañas no hay nada, y entonces se encoje de hombros y no ansa morir sin vivir, por no preocuparse del mañana. El autor de los *Proyectos de Leyendas*, pertenece á su siglo, siente pasar sobre su cabeza el hálito abrasador ó helado de la duda, y ya confía en su fortaleza, ya lamenta su debilidad; ya siente la satisfacción del deber cumplido, ya teme no haber hecho nada bueno á su paso por el mundo.

Bien claras, bien desnudas aparecen estas vacilaciones hijas de esa falta de principios fijos y verdaderos é inmutables que á todos nos abruma. Al derrocar el edificio sus muros minados han caído sobre nosotros, que nos debatimos bajo sus escombros, desconfiando de todo, hasta de nosotros mismos. En la leyenda nominada *Los Cimbrios*, el autor se separa de Celina,—la mujer inteligente y buena á quien ama,—porque no quiere «besos que manchen su frente, ni cadena que le una á ella para combatir contra el deber, porque no quiere tener en la conciencia la sombra eterna del remordimiento.» En la que tiene por título *El Velocpedo*, se siente morir, se vé encerrado en una tumba, siente sobre su cabeza el martilleo de los siglos, y cuando quiere, naufrago de la vida, embarcarse en una barca que hiede el espacio, para que le lleve á puerto, registra su interior, interroga su existencia, y no puede cumplir su deseo porque el precio del pasaje es un buen acto de la vida, un sacrificio, un rasgo de abnegación, un óbolo de virtud, y le es imposible satisfacer la petición del barquero, que le rechaza tendiendo la vela de su barca hacia otros mundos.

Pero como es lógico que así suceda, como la desesperación no tiene fundamentos más fuertes que la esperanza, como se duda con la misma poca seguridad que no se cree, así como el momento tranquilo de los *Cimbrios* pasa, pasan también las horas angustiosas de *El Velocpedo*. Falto de ideales que perseguir, de creencias que alimentar, el hombre anda á un lado y otro como un viajero extraviado durante la noche, que busca á tientas su camino. Sueña y no vé nada en su sueño; piensa y su pensamiento no le ofrece la calma que su espíritu necesita. Pero de pronto sus ojos se animan, sus ilusiones se despiertan. Estaba, como Lázaro, en su tumba, envuelto en el sudario de sus negaciones, y como Lázaro también se levanta y anda al eco de una voz desconocida y desde aquel momento es otro hombre. De la extrema duda pasa á la extrema fé. Fundido el hielo que envolvía su corazón, sus sentimientos se desbordan. Dudaba hasta de su existencia terrestre, y ya cree hasta en una existencia celestial.

¿Qué resorte poderoso ha cambiado de tal manera su destino, el curso de sus pensamientos, la pendiente rapidísima por la cual se perdían en la negación sus ideas? Es que ha entrevisto el ideal y le ha parecido hermoso. ¡El ideal! ¡Rayo de luz que ha herido las tinieblas, faro que de pronto ha destacado su silueta sobre las olas, gaviota de rápido vuelo que ha anunciado la tierra al navegante moribundo?

Es vago como el deseo, intangible como el espíritu; tiene algo de otro mundo, de otra vida. Nace en la sombra y se pierde en el azul de los cielos, como si nadase en un océano de luz mecidas por ignoradas armonías. Es la campana de la ermita distante que oye el viajero extraviado cuando ya empezaba á desesperar; es un eco que se escapa del cielo, de entre el coro de los serafines y viene á herir el oído del hombre para hablarle de Dios y de sus ángeles.

¿Y cómo se le aparece el ideal á este pobre agnóstico que allí sobre la lucha se revolvía buscando algo que no encontraba pero cuya necesidad sentía sin embargo? Bajo la forma más bella, más delicada, más sencilla. Leed esa leyenda exuberante de poesía, que el autor ha llamado *Estrella*. Un día se hallaba en su casa entregado á pensamientos sin nombre, buscando la razón de sus melancolías, de sus secretas angustias, de sus vagas aspiraciones. Por fin la halló. No amaba, no era amado... ¡Si lo fuera!... Cuando ella fije en mí su mirada,—decía,—un rayo de luz blanca y tibia iluminará y dará calor á las frías oscuridades de mi conciencia... se dilatarán en mi alma espléndidos horizontes de nubes rosadas, auroras eternas de nueva dichosa vida. Entonces, nubes ligeras de variados matices se apiñan lentamente y vé formarse ante su vista sorprendida, mágico fantasma de mujer envuelta en blancos tulles de seda... Y el fantasma vuelve hacia él sus ojos brillantes y tristes como estrellas y huye lejos, muy lejos, dejando en el firmamento su rastro luminoso como una estela de esperanza.

Y él echa á andar también, y sale de su casa, y atraviesa calles y plazuelas, y asiste á una orgía y en vano busca al ideal que ha huido. Por fin, mientras el mundo pasa ante él formando un kaleidoscopio humano que él sigue distraído con la vista, una voz débil, muy débil, que sólo hiere sus oídos y percibe su corazón y resuena en su alma, sale del fondo de una gruta y pronuncia su nombre ¡El ideal estaba allí, y le llama, y se une á él, y con él sale pronunciando frases de amor que él bebe á modo de rocío celestial, y lo acompaña hasta que la materia interviene! Y entonces el fantasma:

—Aún no es tiempo,—dice,—y se aleja, mientras él, que ya la creía suya, sigue en pos de ella y corre loco, desenfrenado,

por las filas de la muchedumbre de árboles, que agitan sus ramas con ruido lúgubre de carcajadas y gemidos. Un momento cree alcanzarla y extiende los brazos para asirla en ellos; pero huye por el firmamento, lejos, muy lejos. Los tulles blancos se desplegaron en el azul... Parecían alas inmensas que se llevaban su esperanza! Luego vuelve hacia él los ojos brillantes y tristes como dos estrellas, y se pierde en el océano de luz que derramaba el sol naciente.

Y al llegar aquí, la desesperación vuelve á apoderarse de él; pero no ya esa desesperación árida, fría, eterna, que nada vé en torno suyo, sino una desesperación terrestre que termina en la tumba, que le enseña el cielo, que le habla de un *más allá* para después de la vida; y al rendirse á sus pies, el hombre que se ha reído de la gloria, que ha desdeñado la fortuna, que se ha preguntado cuál destino es mejor para un cráneo, si anidar ideas ó progenies de lagartos, prorrumpe ahora en un grito angustioso, pero lleno de esperanzas de un porvenir, y exclama: «¡Maldita carne!» Y quiere morir; pero no ya para dejar de ser, sino para volar «á la eterna región de la luz,» que su espíritu presiente al fin tras ese cielo, donde antes no veía nada, y que ahora le parece «muro de cristal que deja ver lo que no permite alcanzar.»

Y este es, á nuestro modo de ver, el mérito principal del libro. Tenidas todas sus páginas en estas corrientes de melancolía que nos inundan, iluminado por ese sol descolorido que parece falto de fuerza en sus rayos para calentar nuestra sangre y vivificar nuestras ideas, los *Proyectos de Leyendas* son algo así como la autografía de un hombre del siglo XIX, que al venir al mundo ha asistido á las últimas convulsiones de un mundo que se desplomaba, y que por esto mismo se ha visto envuelto en ese revuelto período de confusión que sigue á los grandes cataclismos. Una sociedad se ha hundido en el caos; de este caos surgirá otra sociedad nueva, pero entre el Apocalipsis de un mundo y el Génesis de otro, hay el vacío, hay la sombra, y en esa sombra, en ese vacío estamos hundidos todos, se presiente la luz, pero la luz no viene todavía. Engañando nuestros deseos, parece de tarde en tarde como si fuera á abrirse el horizonte, pero un viento huracanado arroja montones de sombras sobre aquel punto del cielo y la oscuridad vuelve á hacerse impenetrable. Esta inseguridad, estas contradicciones que se notan en el libro que examinamos nos presentan tales cuales somos. En este concepto el autor ha hecho bien en recomendar su obra al siglo XX. Cuando por fin se haya edificado sobre las ruinas, los creyentes que acudan al nuevo templo leerán con interés los libros que, como éste que nos ocupa, reflejen al vivo el proceso de nuestros dolores, la historia de nuestras incertidumbres.

Pero no es este el único título que recomienda á la atención pública la obra del agnóstico. Prescindiendo de su fin trascendental, queda su estilo que tan bien se presta á las situaciones que se complacen en describir; vigoroso, exuberante, lleno de luz cuando habla *De la vida*; seco, frío, duro, cuando habla *De la muerte*. Narrando las bellezas del campo un día de primavera, encanta; narrando la misteriosa epopeya que se verifica en el ataúd, cuando la materia se emancipa de la muerte, horroriza. Hay que leer aquellas descripciones. Desaparecen los párpados y ruedan desprendidos de sus órbitas los ojos que reflejaron la imagen del cielo; la lengua quiere protestar, y al moverse se deshace; y la mano que escribía palabras dulces en billetes perfumados, queda convertida en colección de cuentas para fúnebre collar. El movimiento, el calor, la descomposición de los tejidos, la materia sólida que se transforma en líquida y esta en diversos gases, todo se conjura para que la forma desaparezca y para que comience el reinado del caos.»

Estas cualidades de estilo que aparecen en todas las descripciones de las leyendas resaltan más y más en los *Fragmentos* que siguen á aquellas, y que considerados bajo este sólo aspecto son uno de los mayores encantos del libro.

Lindos cuadritos copiados del natural en breves rasgos, con una exactitud y una verdad que los hacen más y más apreciables, el autor ha tenido presente al escribirlos la obediencia que á ellos se le podía hacer, y de antemano dá sus descargos en el prólogo:—«Estoy persuadido—dice hablando de ellos—que más de uno me criticará por no haber empleado el verso para alguno de mis asuntos ó fragmentos: voy á contestarle. Conoceréis á muchas personas que tienen la costumbre de guardar hojas y flores en los libros, y yo soy una de ellas (cuando las tengo muy á mano); pues así me ha sucedido con estos pensamientos míos: han nacido en prosa en mi pobre imaginación, y creo que perderían la poca poesía que puedan tener si hubiese recortado con tijeras los aterciopelados pétalos para rendir tributo á la tiranía de la costumbre. Así nacieron, los encontré agradables, abrí el libro y allí los coloqué entre sus hojas.»

Respetando el capricho del autor, y puesto que él mismo se confiesa criticable por no haber vestido á sus lindas imágenes el traje esplendoroso que les presta la poesía, vamos á transcribir algunas de ellas para dar á nuestros lectores una idea de estos fragmentos, que son como esas tablitas sembradas en el estudio de un pintor donde el artista ha apuntado una nota de un paisaje, una nube herida de frente por el sol, un árbol estremecido por la brisa, una cumbre dorada por la aurora.

El autor describe la puesta del sol.—«El encaje se mueve,—dice,—el oro toma color anaranjado; es el extremo, la orla de una túnica. ¿Será la túnica de Dios olvidada por un arcángel en el celeste trono? Merece serlo, ó de la mujer que amo.» «Veo algo... ¿Es una perla ó es un mundo? No lo sé... Será un mundo que reza ó que trabaja.» «Veo menos: ¡es tan rápido este momento! Una sonrisa del día es aún posible; la luz besó aquella nube y se tiñe de grana.»

Sigue á este fragmento otro que el autor titula *El Columpio*. En él describe á su amada, que en un columpio sujeto á la rama de un árbol, está contenta y sonríe de felicidad.—«Sus pies diminutos, sostén de algo que tiende á volar por su naturaleza divina, los recoje y oculta bajo su falda, pero en vano; castigamos al viento que dormía, y al despertar agitado hace ondular los pliegues del blanco vestido de mi amada: un segundo ví sus pies, que luego tornaron á ocultarse. Las ramas del nogal se estremecen, las hojas se agitan, acaso algún fánulo, al que por castigo de sus liviandades le sirve de prision el ocular tronco, habrá visto por entre las

grietas de la corteza el zapatito negro de mi blonda amiga.»

En otro fragmento, *Discusión inútil*, quiere discutir con la pasión, la pasión toma forma de una mujer y se le aparece, y le enseña sus ojos que le miran con amor. El sondea aquella mirada y en su fondo vé lo infinito, lo sublime; el cielo inmenso sembrado de constelaciones, puntos luminosos, rojos filetes, abismos que reciben la llama del volcán ó la fría luz de la estrella. Una niebla surge por fin del fondo de aquella mirada, se empaña en azul y son tantas ideas, tantos placeres, tantos los dolores que surgen en tropel, que se funden en una lágrima de amor. Y el autor exclama: «¿Cómo discutir con la pasión después de mirar los ojos de la mujer amada!»

Alargáramos mucho este artículo si nos entregásemos al placer de citar todas las bellezas de este libro. Hacemos, pues, alto, creyendo que basta con lo dicho para recomendarle á los lectores y para deplorar que, guiado por una modestia, censurable en este caso, el autor de los *Proyectos de leyendas para el siglo XX*, haya velado su nombre; no estamos tan sobrados de buenos escritores para que los que puedan ser dignos de este título se oculten tras el velo del anónimo.

P. RUIZ ALBISTUR.

EL DERECHO ROMANO EN CUADROS SINÓPTICOS, por Rafael Ramos, con un prólogo del Excmo. Sr. D. Alvaro Gil Sanz, ex-director general de los Registros de la Propiedad y Notariado, ex-presidente de la Audiencia de Madrid, etc.

La obra contiene: 1.º un extenso estudio acerca de la importancia del Derecho Romano, con multitud de notas en las que se ponen de manifiesto las analogías de nuestro Derecho con el Romano; 2.º Cuadros sinópticos que tratan de las siguientes materias:—Del Derecho, definiciones, divisiones y fuentes del mismo.—De las personas, definiciones, divisiones, derechos y vicisitudes del estado de las mismas.—Maneras de constituirse la patria potestad, expresando los diferentes modos como ésta se constituya, y explicando las condiciones que el Derecho exige.—Modo de terminarse la patria potestad.—De las personas sui juris (Tutela Curatela).—De las cosas, definiciones y divisiones de los derechos reales.—Modos de adquirir el dominio.—Modos naturales (Frutos, Aluvion, Isla, etc.).—Modos de adquirir el Derecho universales civiles.—De la herencia testamentaria.—De las sucesiones abintestadas.—De la herencia pretoria.—Modos singulares de adquirir el dominio: Legados.—Fideicomisos.—De las obligaciones que nacen de un hecho lícito, (Contratos; cuasi-contratos, pactos).—De los contratos consensuales.—Extinción de las obligaciones.—Obligaciones que nacen de un hecho ilícito.—De las Acciones.—De los hiterdictos.—3.º Apéndice sobre las Doce Tablas.

Los Cuadros comprenden mucha doctrina y lectura: sintetizan las opiniones de Heinocio-Savigny, Ihering Makeldey, Oztolan, Giraud, Laboulaye, La Serna y en general los principales tratadistas del Derecho romano. Así es, que en cada cuadro el lector encuentra, aparte de la doctrina de los textos romanos, las dudas que se han suscitado y las opiniones emitidas.

Se separa el autor del método seguido por los que han publicado en esta forma el Derecho romano, pues generalmente aquellos se concretan únicamente á definiciones y divisiones. Sin hacer como el Sr. Ramos, lo hace, un estudio completo, detallado é histórico de cada institución ó materia de que trata el epígrafe del cuadro.

Del mérito de la obra responde el ilustre prologuista, Excmo. Sr. D. Alvaro Gil Sanz. Dicho señor juzga el trabajo del Sr. Ramos del siguiente modo: «La formación de cuadros sinópticos por el estilo de los que he llevado á cabo el Sr. Ramos es no poco laboriosa, porque esos cuadros tienen en cierto modo la rígida desnudez de las obras matemáticas, y requieren también para su estudio una constante fijeza de atención, tal como la que el matemático emplea para desenvolver las fórmulas y deducir las consecuencias de un teorema. En compensación ofrecen una utilidad grande, porque condensan los hechos y principios históricos y filosóficos, que con mayor confusión desarrollan las obras didácticas: hacen apreciar en rápidas ojeadas el conjunto de la ciencia; proporcionan medios de recordarla en todos sus pormenores; y no menos útiles son para aprenderlos y fijarlos en el ánimo, convirtiéndose en índice de extensos tratados, que no pueden á cada momento registrarse.»

De los Cuadros dice el Sr. Gil Sanz: «Los Cuadros sinópticos que han dado margen á estas ligeras observaciones, al paso que acreditan la laboriosidad é inteligencia de su autor, están llamados á facilitar estos importantes estudios, siendo útiles, no solo á los que empiezan á dedicarse á ellos, sino también á los que ya tienen adquirido gran caudal de conocimientos. Lo que ocuparía largo espacio de tiempo para recorrerlo en otra clase de obras, compréndese á un solo golpe de vista con el auxilio de los cuadros.»

No puede ser más notable este trabajo.

LA HUERTA DEL TIO MARTIN.

(Historia de tres secuestros.)

CAPÍTULO XI.

LOS GUANTES DEL DIABLO.

La caída de don Agapito no pudo ser peligrosa, tanto porque la altura no era mucha, cuanto por el piso terroso de la zanja, de suerte que aquel sacudimiento sólo sirvió para excitar más y más la calenturienta actividad en que aquella noche se hallaba.

En tal estado comprendió con extraordinaria lucidez el inminente riesgo que corría; pues demasiado bien había conocido que su guardian, cuya presencia tan próxima él no esperaba, no había podido menos de oírle, y aún quizás verle.

Por otra parte, el Tío Martin advertiría necesariamente que la boca no estaba cubierta con el ramaje, y desde luego

conoció que muy en breve había de ser aquella caverna teatro sombrío de una escena sangrienta y terrible.

El infeliz secuestrado creía ver llegar de un momento á otro al enfurecido viejo resuelto á coserlo á puñaladas, y bajo esta impresión, levantóse rápidamente acariciando la idea de aprovechar los instantes, volver á subirse á la boca de la cueva, salir de su escondrijo y alejarse de allí de cualquier manera, caminando á gatas, ó á saltos, ó como pudiese.

Otras veces le parecía oír cercanos pasos, que ya no era tiempo de huir, y que mejor sería esperar abajo á su guardián, sorprenderlo, desarmarle, vencerle y despues escaparse, en la seguridad de tener por suya toda la noche.

Todos estos y otros análogos proyectos se presentaron á su imaginación instantáneamente, en ménos tiempo que se tarda en referirlos; pero al fin, la reflexión vino en su auxilio, haciéndole comprender que si su ánimo era grande, sus fuerzas eran harto escasas é insuficientes para luchar con ventaja contra su vigoroso y membrudo guardián, recordando que cuando lo entraron allí, él lo había cogido y arrastrado como si fuera una pluma.

Entonces el infeliz don Agapito se lamentó de su debilidad, conociendo que el partido más prudente que podía adoptar, era volverse á su rincón y sufrir resignado las consecuencias de su funesta curiosidad.

Dirigióse, pues, al sitio en que de ordinario yacía, y no bien se hubo colocado la yesca en los oídos y el pañuelo en los ojos, cuando sintió la respiración anhelosa del iracundo guardián, que como una hiena, se descolgaba á la cueva.

En efecto, el Tío Martin, apenas despidió á los bandidos encendió su farolillo, encaminándose sin dilación á ver al prisionero.

Al llegar á la boca de la cueva, desde luego advirtió que las taramas habían sido movidas, y con la presura de la ira despenóse, más bien que no bajó á la zanja; y aproximándose bruscamente á don Agapito, comenzó á darle puñadas, diciéndole:

—¡Mal bicho! ¿Querías escaparte? ¡Perro viejo!... Ya te arreglaré yo, y verás como has dado con la horma de tus zapatos... ¡Bribonazo!... ¡Toma!... ¡Toma!...

Y el desalmado viejo mezclaba sus insultos con sus golpes, que menudeaba, sin compasión, sobre el desdichado prisionero, el cual en vano intentaba disculparse, pues que le tapaba la boca á puñadas, las que también repetía sobre los ojos, ijadas, vientre y en todas aquellas partes que más profundo é irresistible dolor podían producirle al infeliz cautivo.

Cuando ya se cansó de darle golpes y dirigirle improperios, el Tío Martin, le preguntó:

—¿Por qué te has movido de tu sitio?

Don Agapito guardó silencio, porque no se hallaba en estado de articular una sola palabra.

—¿Qué hacías ahí asomado? insistió el Tío Martin con voz iracunda, y descargándole ahora nuevas puñadas para que respondiese, así como antes se las daba para que callase.

El triste don Agapito sólo respondía con lastimosos ayes.

—Responde ó te mato, persistió el malvado viejo.

—¿Por qué no me ha dejado usted responder antes? dijo el cautivo con voz doliente.

—Porque no me dió la real gana. ¡Tú hablarás, cuando yo te mande, y no cuando tú quieras! Pero ahora te mando que me respondas. ¿Lo oyes?

—Sí, señor; pero...

—No hay pero que valga.

—Es que ahora me falta el aliento, y no puedo hablar.

—Pero si lo tienes para gatear y meter el cuevo donde no te importan.

El cautivo exhaló un profundo suspiro, lamentando en su interior la hora menguada en que se le ocurrió moverse de su sitio acostumbrado.

—¿No me oyes? preguntó el Tío Martin, colocándole bien al prisionero el pañuelo que se le había descompuesto, á consecuencia de la cachetina.

Y registrándole además los oídos, halló que los tapones de yesca estaban fuera de su lugar, guardándolos para ponerlos despues, atendido á que entonces convenia al viejo que don Agapito le oyera, bien que á todo trance evitaba que lo viese.

—Vamos á ver, continuó el guardián; dejémoslos de pampinas y arrumacos y contéstame enseguida, si no quieres que te haga yo hablar más que una urraca.

—Como usted me dijo antes, cuando estubo aquí la primera vez, que hoy estábamos á 25 de Marzo, yo creí que los que hablaban... ¡ay Dios mío, cómo me zumba la cabeza!

—No hagas caso, y sigue tu cuento.

—Pues bien; como aquí se oyen tanto las pisadas, sentí ruido de bestias y algunas voces, y entonces me llené de alegría, pensando que ya mi familia había entregado mi rescate y que venían á sacarme de aquí...

—¿Puede ser que diga verdad? pensó el Tío Martin, recordando que, en efecto, aquella era la fecha prefijada en la carta para la entrega del dinero.

Y luego añadió en voz alta:

—Sigue tu cuento, socarrón, que tú parece que te has caído de un nido; pero te agarras.

—¡Figúrese usted, continuó el cautivo, el contento que me causaría el pensar que ya estaban ustedes satisfechos y yo libre! Con esta esperanza, yo creí que estando en este desierto, le habían dicho á mi familia, despues de pagar el rescate, que viniese á sacarme de esta prisión, y hasta me pareció que me habían llamado, porque oí confusamente voces de hombres, de mujeres y de niños, y ya me imaginé que venían mi esposa y mis hijos en busca mía.

—No está eso muy mal pensado; pero sigue tu cuento.

—Esta creencia fué en mí tan viva y tan segura... Y dígame usted, añadió el cautivo como interrumpiéndose, ¿no han venido con la contestación á la carta?

—Hombre, tú crees que es verdad todo lo que sueñas. Aquí no han venido con respuesta ninguna.

—¿No me engañe usted, por Dios! ¿Qué va usted á sacar de afirmarme, si al fin y al cabo me tendrá usted que decir la

verdad? Mire usted que yo he oído hablar gente, y no hay nadie que me convenza de que hoy mismo no hayan venido mis hijos á buscarme.

Estas palabras produjeron un efecto inexplicable en el Tío Martin, que comenzó á creer que don Agapito, en efecto, había creído todo lo que le contaba, con tanto mayor motivo, cuanto que era indudable que había sonado ruido de gente.

—¿Y por qué te asomaste á la boca de la cueva? preguntó de pronto el viejo.

Esta pregunta, disparada á quema-ropa, desconcertó, no poco, al infeliz cautivo.

—Responde, tunante, respóndeme á lo que te he preguntado.

—Pues nada; yo me asomé, como era natural, para salir al encuentro de mi querida familia, y creyendo que ésta sería la última noche que pasaría en este sitio; pero al asomarme vi un hombre desconocido que se me acercaba, y yo creyendo que venía á cogerme, sentí tal susto, que, pidiendo favor á la Virgen Santísima, caí al suelo, casi desmayado.

El Tío Martin al escuchar aquel relato, quedóse casi convencido de la veracidad y buena fé del prisionero.

Sin embargo, un resto de invencible desconfianza le hacía volver á sus primitivas dudas y á su furor primero.

—¿Y qué oíste decir á los que hablaban? preguntó el viejo.

—No entendí nada de lo que hablaban.

—Está bien. Y ese hombre que viste, ¿era joven ó viejo?

—Era muy alto y joven, porque corría como un gamo.

—Al oír esta respuesta, el Tío Martin pareció muy satisfecho.

Por su parte, don Agapito había creído conjurar la tempestad con sus respuestas, por más que á su carácter sincero y honrado le repugnase aquella duplicidad de que sólo usó, teniendo en cuenta el rigor de las circunstancias y el brutal y violento carácter de su guardián.

Este permaneció algunos momentos silencioso, revolviendo en su mente las razones y respuestas, que le había dado el cautivo.

De pronto una sonrisa diabólica iluminó su feroz semblante.

—¡Todo éso es mentira! exclamó.

El aturrido prisionero comprimió un profundo suspiro.

—¿Y qué decían esos niños que oíste?

—No lo entendí.

—Y las mujeres, ¿qué decían?

—Tampoco pude entenderlo.

—¿Y no has oído llorar á un niño?

—No, señor, respondió el cautivo, conociendo que éste era el punto que más le interesaba á su guardián é imaginándose que su mejor respuesta, debía ser la negativa.

—¿Tampoco pudiste entender unas voces muy desahoradas que dió un hombre?

—Tampoco.

—Pero oíste perfectamente que te llamaban á tí ¿no es eso?

—Sí, señor.

Al oír esta contestación el Tío Martin lanzó un rugido, é hizo un movimiento, como para precipitarse furioso con los puños cerrados, sobre el cautivo; pero luego, logrando á duras penas contenerse, murmuró, hablando consigo mismo:

—No hay que enojarse... Este papanatas piensa que yo naquí ayer... Yo te arreglaré á mi gusto... Cachaza y mala intención... Despacio y buena letra... ¡Yo te ajustaré las cuentas, sin darte golpes!

Y así diciendo, la expresión de su fisonomía había cambiado completamente de iracunda, en jovial y risueña.

—En seguida vuelvo, dijo el Tío Martin, saliendo rápidamente de la cueva y dejando al infeliz don Agapito en la cruel incertidumbre que fácilmente se concibe.

El viejo encaminóse rápidamente á la casa y llamando á su mujer le dijo:

—María, dame unos guantes.

La tía María trajo en seguida á su esposo un tarro de lata, que guardó el viejo entre su faja.

El Tío Martin, además, se provió de un cordel y un martillo y volvióse á la cueva con la misma rapidez que había venido.

El malaventurado cautivo estremecióse, á pesar suyo, al oír el regreso de su verdugo, como si presintiese una escena terrible.

El Tío Martin, con horrorosa calma, le colocó al prisionero los tapones en los oídos, le ató más fuertemente que nunca el pañuelo que le vendaba los ojos, y despues, volviéndolo boca abajo, como si fuera un niño, sujetóle á la espalda ambas manos con el cordel, que á prevención llevaba.

Enseguida destapó tranquilamente la caja de lata, de la cual sacó algunas estaquitas, ó cuñas de jara más aguzadas que un lápiz, y cogiendo una de ellas, la introdujo entre uña y carne en un dedo de una de las manos del prisionero, haciéndola entrar á golpe de martillo.

¡Figúrese el lector el inexplicable tormento que experimentaría aquella infeliz víctima de tan malvados criminales!

Los gritos, súplicas y lamentos del infeliz secuestrado, hubieran podido conmover á un tigre; pero el feroz Tío Martin continuó con grandísimo sosiego su bárbara tarea, limitándose á decir, con la más repugnante ironía:

—No te quejes tanto, desagradecido, porque oyes muy mal; pero gateas muy bien; y voy á ponerte unos *guantecitos* para que no te se estropeen las manitas.

Dicho esto, comenzó de nuevo aquella espantosa y espeluznadora operación, que debía repetirse diez veces.

La operación aterradora de este multiplicado martirio, impresionó al desdichado prisionero tan fuertemente como la presencia misma del dolor; de suerte, que á la segunda estaquilla, apenas el sufrimiento le dejaba fuerzas para quejarse.

A la tercera, se hallaba completamente desmayado, y, por lo tanto, el feroz viejo pudo terminar su cruenta y aterradora maniobra, ni más ni ménos que si la practicase en un madero.

Concluida su atroz é inhumana faena, con aire satisfecho, murmuró:

—¡Ahora, con los *guantecitos* que te he puesto, gatea! Y muy alegre y tranquilo salióse de la cueva, dejando allí, más que un prisionero, un cadáver.

CAPÍTULO XII

EN DONDE EL TIO MARTIN Y LOS SECUESTRADORES DE DON AGAPITO, SE HACEN MÚTUAS REFERENCIAS.

El Tío Martin encaminóse acto continuo á la casa, en donde le entregó á su mujer la *caja de los guantes* y el martillo.

—¿Lo has oído? preguntó el viejo á su esposa.

—No he oído nada.

—Más vale así.

El viejo buscó una traba de hierro y salióse con ella de la casa, dirigiéndose á la cueva, en donde yacía el desdichado niño Antonio.

El cansancio, la emoción y su corta edad habían hecho que el niño continuase sumergido en el más profundo sueño, despues de la especie de desvanecimiento en que había caído, al ser tan bruscamente arrebatado por el fingido loco.

Pero el Tío Martin se imaginó que su inmovilidad y silencio provenían aún de su desmayo; mas acercando á su rostro la luz del farolillo, y observando la regularidad tranquila de su respiración, hubo de convencerse de que dormía con el abandono y sosiego, propio de sus años.

Inmediatamente el feroz hortelano puso la traba de hierro en los tobillos del niño, sin que éste siquiera se despertase.

La descripción de aquel antro es completamente inútil, pues que el lector puede figurarse una morada subterránea enteramente igual á la de don Agapito, salvo que era un poco más reducida, pero dispuesta en la misma forma y tapada de idéntico modo.

La huerta del Tío Martin era una especie de hospedería subterránea, un meson oculto, trágico y lúgubre, un cementerio de vivos.

Terminada su operación, el viejo examinó el gorro que el niño tenía puesto y sujeto por un pañuelo, y viendo que estaba bien colocado, le puso unos tapones de yesca en los oídos, sin que el rapaz hiciese más que un leve movimiento, aunque sin llegar á despertarse.

Pocos momentos despues se hallaba el Tío Martin en la casa, en compañía de su esposa, con la cual cenó tranquilamente y con muy buen apetito, entregándose despues ambos al descanso.

Al día siguiente por la mañana, estando el hortelano muy ocupado en sus faenas agrícolas, vió encaminarse hacia la casa una pareja de la Guardia civil, lo cual sucedía muy frecuentemente, por cuya razón, esta circunstancia no le produjo alarma ninguna.

Salió, sin embargo, al encuentro de la pareja, la cual le dirigió la pregunta sacramental que sigue:

—¿Hay por aquí alguna novedad?

—No, señor; porque la gente mala no acude á las casas de los pobres.

—Díce usted bien; donde no hay, no acuden.

—¿No quieren ustedes echar un traguito?

—Muchas gracias, respondieron á la vez los guardias con su gravedad acostumbrada.

—Vaya, echaremos siquiera un cigarro.

—No podemos detenernos.

—¿Ha caído algo qué hacer?

—Nosotros estamos siempre ocupados.

—Eso es verdad, porque gracias á ustedes, podemos vivir los hombres de bien.

El Tío Martin estuvo muy atento y obsequioso con los guardias civiles, que muy luego se alejaron, sin sospechar la profunda hipocresía y refinada maldad de aquel feroz y desalmado viejo.

Cuando llegó la noche y ya se hallaba el hortelano en la casa, se le presentaron Alberto, Carrascoso y sus compañeros.

Despues de saludarse recíprocamente y sentados todos junto al hogar, entablaron el diálogo que sigue:

—¿Cómo anda ese hombre? preguntó Alberto.

—¿Y qué ha contestado la familia á la carta? dijo el Tío Martin, respondiendo á una pregunta con otra.

—Que están muy atrasados, que no tienen medios de dar los ocho mil duros; en fin, las súplicas y lamentos de siempre.

—Pues que revienten y lo busquen.

—Sí, señor; pero también es necesario hacerse cargo de las cosas, y no pedir imposibles.

—Al fin hemos resuelto, para quitarnos de mareos, que nos manden el día 30 mil quinientos duros.

—Muy poco es eso para tantos compromisos.

—¿Qué quiere usted? Si nos empeñamos en pedir más, vamos á tener que matarlo, además de no sacar nada.

—Pues no se perdería gran cosa en darle *mulé* á ese tío Camándulas.

—Calle usted, hombre, pues si es un alma de Dios.

—Lo que yo te digo es que no hay que fiarse de esos bocanachos, que parece que se les cae el *jato*.

—¿Porqué dice usted eso?

—Yo se bien lo que me digo, y os aseguro que con estos hombres así, hay que andar con mucho cuidado, porque se confía uno en que no son capaces de matar una hormiga y cuando uno ménos piensa, le dan un mal rato al lucero del alba.

—Pero ese hombre es un bendito, que en donde le dejan allí se aguanta como un muerto.

—¿Qué mal le conoces! Ese y otros por el estilo, son capaces de tomar soleta más pronto que los hombres de pelo en pecho.

Alberto y sus compañeros, al oír estas palabras, cambiaron una mirada de inquietud, imaginándose que cuando así hablaba el Tío Martin, don Agapito se había fugado, y por su parte Alberto, que conocía muy á fondo las marrullerías del hortelano, llegó á sospechar que acaso éste por dinero había favorecido su fuga.

—¿Me querrá usted hacer creer que ese buen hombre

tiene alientos para arrestarse á nada? preguntó Alberto, clavando una mirada escrutadora en el redomado viejo.

—Tú eres un niño de teta, y aunque hayas estado en *veró*, yo te digo que no has visto el mundo más que por un agujero.

—Ya sabemos que á usted nadie le descalza el zapato, y por eso todos le oímos como á un apóstol, y cuando usted se aventura á decir eso, estudiado lo tendrá.

—Y muy estudiado, Alberto, porque te juro que no sé cómo pude contenerme para no hacerlo trizas.

Y en seguida el Tío Martín, dirigiéndose á todos los bandidos, añadió:

—Figuráos si mi rabia sería grande, cuando anoche lo *filé* que ya tenía toda la *chichi* fuera del escondrijo, y si no llego á tiempo, teniendo toda la noche por suya, sabe Dios en donde estaría el pájaro á estas horas.

—¡A ver! ¡A ver! ¿Cómo es eso, Tío Martín? preguntaron á la vez todos los bandidos llenos del más indecible asombro.

—Y lo peor no es que se hubiera escapado, continuó el viejo, sino lo comprometidos que estarían hoy nuestros pesqueños.

—¡Parece mentira! exclamó Alberto.

—Anda y fíate de los bonachones.

—¿Y que ha hecho usted con él?

—Por de pronto darle una zurra de *mistó*, y después le puse unos *guantecitos* á golpe de martillo, para que no le queden ganas de gatear otra vez.

Y el Tío Martín les contó punto por punto á los bandidos todo lo referente á lo que había hecho don Agapito, callando por supuesto, con muy particular cuidado, la parte de la historia relativa al secuestro del niño.

Alberto y sus compañeros prorrumpieron en ruidosas carcajadas, al escuchar con todos sus detalles el horroroso castigo que el impacable viejo había aplicado al infeliz cautivo.

Y como para solemnizar la horrible aventura, causa para ellos de tanta chacota y regocijo, la tía María les echó su acostumbrada ronda de vino.

Largo rato permanecieron allí, departiendo acerca de los chascos y petardos que suelen dar las apariencias de los hombres, conviniendo en que nadie hubiera podido figurarse aquella tentativa de parte de don Agapito, atendido su carácter y aun el estado de salud en que se encontraba.

—Pues ya sabeis todo lo que ha pasado, y que no haya luego cuentos, dijo el Tío Martín, porque si yo lo he tratado como se merece, ha sido por el bien y la seguridad de todos.

—¡Muy bien hecho! ¡Muy bien hecho! exclamaron á una voz todos los bandidos.

Después de tan unánime aprobacion, Alberto y sus compañeros manifestaron á su turno al Tío Martín, con todos sus pormenores, la entrevista con Melero y el contenido de la carta dirigida á doña María Gallardo, así como también le dieron cuenta de sus propósitos ulteriores.

Ya bien entrada la noche, Alberto y sus compañeros despidiéronse del Tío Martín y se alejaron de la fatídica huerta.

Pocos momentos después regresó Carrascoso, para recoger una manta de muestra, que se había dejado olvidada.

El Tío Martín se había quedado á la sazón con su hijo José; pero el astuto viejo, al divisar de nuevo á Carrascoso, calóse en seguida que éste quería decirle algo á espaldas de sus compañeros, y que el olvido de la manta sólo era un pretexto.

No se equivocó el Tío Martín en su sospecha; pues Carrascoso, después de recoger la manta, le guiñó el ojo, indicándole que le siguiese.

El hortelano salió con él á la parte de afuera, y allí Carrascoso apresuróse á decirle en voz muy baja:

—Compadre, todo este negocio se ha vuelto ya sal y agua; pero yo traigo entre manos empresas de más empuje y de mayor ganancia. ¿Puedo contar con usted?

—Cuenta conmigo.

—Se trata de traer aquí algunos pájaros gordos del Arahál, que tienen mucho *parné* y lo soltarán de lo lindo.

—Todos decís lo mismo; pero luego, ya ves lo que pasa.

—No, señor; yo no soy tan lila como Alberto, y cuando yo doy un golpe, es sobre seguro.

—Ya sé yo bien que tú eres harina de otro costal, y por lo mismo, ya sabes que aquí hay posada para todos los que traigas.

—Eso es justamente lo que yo quería decirle á usted.

—Aquí no faltan nichos preparados á toda hora que lleguen los penitentes, pues los habitantes de mi huerta andan por bajo, mientras que las plantas se crían muy bien por encima; y si fuera menester, mientras yo tenga un azadón, no faltaría hasta una buena sala, si se necesita.

—No conviene mortificar á las personas de que yo hablo, sine tratarlas bien y sacarles muchas talegas.

—¿Me vas á traer aquí algunas madamitas?

—Compadre, por ahora sólo se trata de traer un par de señores con muchas pesetas, y que seguramente usted los habrá oído mentar.

—¿Quiénes son?

—Don Manuel Zayas y su pariente y tocayo don Manuel Reina, ó á sus hijos.

—Los conozco de oídas, y dicen que son labradores muy ricos.

—Pues eso es lo que importa, y no andar á caza de *pelafrustranes*.

—No hay más que hablar, Pepe; y si no conviene meterlos bajo de tierra, ahí está el sobrado, donde pueden estar como unos príncipes.

—Ya sabe usted que yo soy el amo en el Arahál y en todos aquellos contornos.

—Mucho que sí.

—Y que me ayudan personas de fuste.

—Eso es lo que conviene; negocios gordos y tener también detrás gente gorda.

—Dice usted bien; pues lo demás, es lo que ha visto usted que nos ha pasado con ese don Calandria, que, según parece, está pereciendo.

—Dime, Pepe, y Alberto y los otros, ¿han *juñado* algo de esto?

—Ni por soñacion, Tío Martín.

—Estoy al cabo de la calle, y de por qué te se ha olvidado la manta.

—¿Sabe usted más que Lepe y Lepillo!

—De algo vale el ser viejo.

—Yo tengo allí gente de sobra y más útil, y por eso les doy esquinazo á estos pobres diablos, pero cuento con usted y con sus hijos.

—Está dicho, y *sonsoniche*.

—Con Dios, y hasta la vuelta, dijo Carrascoso, tendiéndole afectuosamente la mano al Tío Martín, que á su vez respondió:

—No te detengas, no sea que se escamen.

Carrascoso hizo una señal de asentimiento, y alejóse veloz como una flecha para incorporarse cuanto antes con sus compañeros, mientras que el Tío Martín regresó á la casa y sentóse muy tranquilo junto al hogar, al lado de su hijo, que le aguardaba.

CAPÍTULO XIII.

LA CITA EN MONTILLA.

Los padres del niño Antonio le buscaron por todas partes, practicando al efecto cuantas diligencias estuvieron en su mano, bien que sin éxito alguno.

Ellos, sin embargo, lloraban á su hijo perdido, pero no secuestrado, puesto que en ninguna manera podía ocurrírseles, atendida su modestísima posición, que nadie hubiera pensado en arrebatar al niño por la esperanza de obtener de sus padres un buen rescate.

Tal era la opinión no solamente de la familia, sino también de cuantos vecinos se enteraron de la pérdida del niño.

Excusado parece decir, que los padres hacían las más extrañas conjeturas y las más absurdas suposiciones respecto á la súbita desaparición de su querido hijo; pero al fin vino á sacarlos de su prolongada incertidumbre una carta que recibieron, anunciándoles que el niño se hallaba secuestrado.

Por más horroroso que fuese el contenido de aquella carta, los desconsolados padres, por el pronto, experimentaron la emoción agradable de saber que su hijo vivía.

Pero aquella grata noticia estaba envuelta entre tantos pesares y amenazas, que ahora ni siquiera tenían el desahogo natural de todos los desgraciados, el de quejarse de sus infortunios y desdichas.

En efecto, en la mencionada carta se les prevenía que en ninguna manera manifestasen que su hijo estaba secuestrado, advirtiéndoles que si cometían sobre este punto la más mínima imprudencia, degollarían, no sólo al niño Antonio, sino también á sus hermanitos y á los mismos, es decir, á los padres, á quienes igualmente les indicaban que los veían con mucha frecuencia y que anduviesen con grandísimo cuidado, porque los secuestradores sabían al dedillo cuanto la familia hablaba todos los días, así como las voces que corrían por el pueblo.

En la misma carta se le indicaba también á Francisco Fernandez, esto es, al padre del niño, el día y hora en que debiera presentarse solo en el retrete de la estación de Montilla, provincia de Córdoba, llevando treinta mil reales, precio del rescate del cautivo, y que en dicho sitio se le acercaría una persona, para hablarle del asunto y recibir el dinero, en cuyo caso muy en breve tendría á su hijo en su casa.

Finalmente, los bandidos prohibían á Fernandez y á toda la familia, bajo las más terribles amenazas, que revelasen á nadie nada de aquellos tratos, y mucho menos á las autoridades, reconviniéndole duramente porque había dado cuenta al Alcalde y Guardia civil de la pérdida de su hijo.

Con tales y tan espantosas restricciones llegaron á saber los infelices padres la existencia y suerte de su hijo, supuesto que ni siquiera se les permitía hablar, ni lamentarse de su cruel pena y horrible desgracia.

Desde entonces, aquella desolada familia parecía muda y huraña, reduciendo su trato con sus convecinos á lo meramente indispensable, temiendo siempre que los secuestradores ejecutasen sus aterradoras amenazas, habiendo sospechado que aquellos eran personas del mismo pueblo, si bien respecto á tales indicios guardaron siempre la más absoluta reserva.

Además de estas cohibiciones tan dolorosas é insoporables para los padres y para el abuelo, todavía era muy triste y aflictiva la situación de aquella infortunada familia bajo otros conceptos.

Efectivamente, Francisco Fernandez era un pobre y honrado labrador que cultivaba el pequeño cortijo de las Canteras, cargado con una numerosa familia, poseyendo apenas el capital necesario para su reducida labranza y que á fuerza de asiduidad y trabajo, sólo conseguiría atender al necesario sustento de su mujer y seis hijos, de los cuales el mayor, según queda referido, era el secuestrado.

En tan congojosas circunstancias, ¿en dónde y cómo pudiera buscar y hallar el desgraciado Fernandez la cantidad que para un plazo tan breve se le exigía?

Hé aquí el pensamiento desconsolador que sin cesar mortificaba á este infeliz padre de familia, desde el punto y hora en que recibió la infausta carta de los secuestradores.

Fernandez juzgaba de todo punto imposible el satisfacer la brutal exigencia de los bandidos, pues aun cuando vendiese todo cuanto poseía, no le era factible reunir los treinta mil reales reclamados.

Por otra parte, el infeliz labrador se estremecía de pena y angustia, al pensar el inminente riesgo que corría la vida de su inocente hijo, si no allegaba á la mayor brevedad el precio de su rescate.

Á este martirio insufrible, agregábase también la imposibilidad impuesta por la barbarie de los secuestradores de recurrir á sus parientes, amigos y convecinos, pidiéndoles auxilio en aquel trance, supuesto que le estaba terminantemente prohibido manifestar el objeto para el cual necesitaba dicha suma.

Por último, las aficciones y congojas del triste padre eran tanto más crueles, cuanto más reconcentradas, pues que el pobre labrador se abstenía, por temor á los bandidos, de comunicar las dificultades de su situación á sus más íntimos amigos y convecinos ricos, que pudieran sacarle de aquel apuro.

Llegó, por fin, el día señalado en que debía presentarse en la estación de Montilla, y aun cuando no había reunido la cantidad exigida, no creyó conveniente faltar á la cita, ansioso de saber de su hijo y de ver el mejor medio de arreglar aquel negocio, para él tan interesante, de una manera ménos onerosa y que estuviese dentro de su posibilidad.

Salió de Puente-Genil en el tren, llegó á la estación de Montilla, detúvose en el sitio designado, y allí aguardó con extraordinaria impaciencia á la persona anunciada.

En vano permaneció inmóvil en el inhumano sitio señalado en la horrible carta de los secuestradores; pues que nadie se le presentó para hablarle de lo que tanto le importaba.

Abatido y desconsolado por aquella especie de burla sangrienta, volvióse á su pueblo lleno de la más cruel incertidumbre, lamentando su triste suerte y pensando con amargura en el doloroso desengaño que le aguardaba á su esposa y al abuelo, al saber el ningún resultado de su viaje, sobre el cual todos habían concebido las más lisonjeras esperanzas.

En efecto, cuando el triste abuelo y la pobre madre supieron lo acaecido, su pena se renovó con tan cruel aspereza, que sus lágrimas corrían hilo á hilo por sus mejillas.

¿A qué atribuir el haber faltado á la cita? ¿Qué causa había estorbado que se le presentase al dolorido é inofensivo padre la persona indicada? Hé aquí la serie dolorosa de preguntas que se dirigía mutuamente aquella familia desolada.

En tales circunstancias, la imaginación de la triste afligida madre, tomó un giro trágico, sombrío y aterrador para el anciano y su hijo, que se estremecieron al escuchar sus palabras, que podían muy bien encerrar la explicación de aquel pavoroso enigma.

—¡Han degollado á mi hijo! —exclamó súbitamente la joven madre, cruzando ambas manos con una expresión en extremo dolorida y religiosa. ¡Mi hijo ha muerto! ¡Hijo de mis entrañas! ¡Dios mío, tened misericordia de nosotros y de estos inocentes niños!

El abuelo y su hijo cambiaron entre sí una mirada de inmenso terror, creyendo que la sensible y acongojada madre había adivinado la causa de que nadie se presentase en la estación de Montilla.

El anciano y el padre inclinaron tristemente la cabeza y repitieron la tierna plegaria de la desconsolada madre.

—¡Dios mío, tened misericordia de nosotros y de estos inocentes niños!

CAPÍTULO XIV.

LA CURA DE UN VERDUGO.

Cuando Alberto y sus compañeros, entre los cuales se encontraba José Fernandez Torres, hijo del Tío Martín, se dispusieron á marcharse de la huerta, el padre hizo al hijo una seña imperceptible para los demás, á fin de que se quedase.

Aguardaba José, con tanta impaciencia como curiosidad, lo que su padre tendría que decirle; pero hubo de aplazar un rato su deseo, á consecuencia del inesperado regreso de Carrascoso para recoger su manta, cuyo simulado olvido ya el lector sabe, que sólo fué un pretexto para hablar con el Tío Martín de los nuevos y famosos golpes que en el Arahál proyectaba.

Ahora bien; tan luego como se hubieron quedado solos el Tío Martín y su hijo, que habitaba con su mujer y cuatro niños en el cercano pueblo de Casariche, entablaron el diálogo siguiente:

—¡Eres muy descuidado para los negocios, Pepe! exclamó el viejo.

—¿Por qué me dice usted eso, padre?

—Porque has debido asistir á la entrevista que esa gente ha tenido en Martín de la Jara. ¿Cómo había yo de pensar que no habías ido?

—Pero, si he estado.

—Sí, pero no hablaste con ese Melero.

—Sabe usted que se convino en que Carrascoso y Cagarrache fuesen á hablar con ese hombre vestida de pastores, mientras que los demás estábamos á la mira, pero después nos reunimos en casa de quien usted sabe, y allí se leyó la carta y se puso la contestación, que todos oímos.

—No se trata, ni de la carta, ni de la contestación, sino que además es menester *juñar* todo lo que se habla con gente extraña sobre el asunto.

—¿Qué quiere usted! Así pasó, y no creí conveniente armar por eso una disputa, ni parecer desconfiado, porque todos tenemos el mismo interés en el negocio.

—Eso es según se mire, porque al fin y al cabo, tú tienes que andar con más precauciones que ninguno; pues si sucede cualquier cosa, el pájaro está aquí guardado y nosotros estamos más comprometidos, mientras que ellos con escabullirse por cualquier parte, se encuentran libres. ¿Cuándo querrá Dios ó el demonio, que tú hagas caso de mis consejos? Siempre te estoy predicando, pero sermón perdido. Te lo he dicho mil veces y te lo repito; el mejor día te ha de suceder un percance gordo, por no pensar bastante en guardar el bulto.

—Pues vea usted lo que son las cosas, padre... ¡No sabe uno cuando acertar!

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que yo me alegré mucho de no tener que hablar con nadie, por que en estos *fregaos*, cuanto ménos se dé la cara, es mucho mejor, como usted mismo dice.

Al oír aquella respuesta, el Tío Martín sonrióse con aire socarrón, pensando para sí que su hijo no era tan inexperto, ni necesitaba tantos consejos, como él creía.

—No está eso mal cavilado del todo, respondió al fin; pero yo lo que te digo es... lo que yo quiero decirte... Mira, hijo, hablando en plata, lo que á mí ménos me gusta en este mundo, es que ningún *nasío* me la quiera *diñar* por boca de títere. ¿Estamos?

—Vaya si estamos; pero como que al fin la al postre, la carta canta, y la hablamos de ver todos, no había que temer ningún engaño.

JULIAN ZUGASTI.

(Continuará.)

ANUNCIOS.

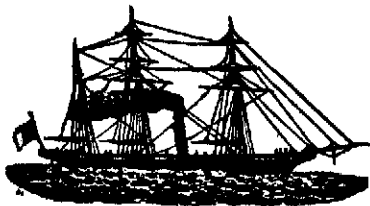
Les annonces étrangères sont reçues à Paris, Agence Havas, 8 Place de la Bourse et à Madrid Agence Havas-Fabra, calle de la Bolsa, 12.—es agencias ont la regie exclusive des dites annonces.

GUERLAIN DE PARIS

15, Rue de la Paix—ARTÍCULOS RECOMENDADOS

CASA GENERAL DE TRASPORTES
DE
JULIAN MORENO
CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES
DE MADRID A ZARAGOZA Y ALICANTE,
Y
UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.
MADRID.—ALCALÁ, 28.
PALACIOS Y GOYOAGA
SASTRES.
3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3



VAPORES-CORREOS DE LA COMPAÑIA TRASATLÁNTICA.
(ANTES A. LOPEZ Y COMPAÑIA).

SERVICIO PARA PUERTO-RICO Y LA HABANA.

Salidas: de Barcelona los días 4 y 25 de cada mes; de Valencia el 5; de Málaga 7 y 27; de Cádiz 10 y 30; de Santander el 20; y de la Coruña el 21.

NOTA. Los vapores que salen de Cádiz el 10 hacen la escala de las Palmas (Canarias).

Se expenden también billetes directos para

MAYAGUEZ, PONCE, SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS, con trasbordo en Puerto-Rico ó Habana.

Rebajas á familias y tratos convencionales para aposentos mayores que los correspondientes ó de gran lujo.

Los pasajes de 3.ª clase acaban de fijarse en 35 duros.

Idem de 3.ª preferentes con mayores comodidades á 50 duros á Puerto-Rico y 60 duros á la Habana.

Para más detalles dirigirse á Julian Moreno, Alcalá, 28, Madrid.—D. Ripoll y Compañía, Barcelona.—A. Lopez y Compañía, Cádiz.—Angel B. Perez y Compañía, Santander.—E. da Guarda, Coruña.

BISMUTO ALBUMINOSO DE BOILLE

sumamente agradable al paladar, mas activo y menos irritante que el Bismuto ordinario.
Se emplea contra las Afecciones del estómago y de los intestinos (Vómitos, Diarrea).
Exíjase la firma
Farm. 22, calle de la Bruyère, *E. Boille*
PARIS

TRADICIONES
DE
TOLEDO
POR

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

Esta obra, tan encomiada por la prensa y que consta de 316 páginas de esmerada impresion y excelente papel satinado, se halla de venta en Madrid en las principales librerías al precio de diez reales.

Los Sres. Montoya y Compañía, —Caños, 1,—son los encargados de servir los pedidos que vengan acompañados de su importe.

BANCO DE ESPAÑA.

Los sorteos correspondientes al trimestre vencido en 1.º de Enero próximo de las obligaciones del Banco y Tesoro, series exterior é interior, de las del Tesoro sobre productos de aduanas, creadas por las leyes de 3 de Junio de 1876 y 11 de Julio de 1877, y de los bonos del Tesoro emitidos en 1.º de Abril de 1879, conforme á la ley de 1.º de Enero del mismo año, se verificarán con las formalidades y en los días del mes de Diciembre inmediato que á continuación se expresan:

OBLIGACIONES DEL BANCO Y DEL TESORO SÉRIE EXTERIOR.

Sorteo 22, que se verificará el día 1.º

Ha de aplicarse la suma de pesetas 2.375.250 para los intereses de los 158.350.600 pesetas, importe de las obligaciones á que aún no ha tocado la amortización; quedando para ésta 5.124.750, que en junto hacen el total de 7.500.000 pesetas, que se destinan para cada trimestre por ambos conceptos.

Las 316.700 obligaciones pendientes de amortización se dividirán para el acto del sorteo en 3.167 lotes de 100 obligaciones cada uno, representados por otras tantas bolas.
Encantaradas éstas, se extraerán del globo 103, en representación de 10.300 obligaciones, por valor de 4.150.060 pesetas, tomándose del fondo de amortización 25.250 para completar el importe de una centena de obligaciones.

OBLIGACIONES DEL TESORO SOBRE PRODUCTOS DE ADUANAS.

Sorteo 16, que se verificará el día 3.

Ha de aplicarse la suma de pesetas 1.800.759 para los intereses de las 120.050.000 pesetas, importe de las obligaciones á que aún no ha tocado la amortización; quedando para ésta 2.999.250, que en junto hacen el total de pesetas 4.800.000, que se destinan para cada trimestre por ambos conceptos.

Las 240.100 obligaciones pendientes de amortización se dividirán para el acto del sorteo en 2.401 lotes de

100 obligaciones cada uno, representados por otras tantas bolas.

Encantaradas éstas, se extraerán del globo 60, en representación de 6.000 obligaciones, por valor de 3.000.000 de pesetas tomándose del fondo de amortización 750 para completar el importe de una centena de obligaciones.

OBLIGACIONES DEL BANCO Y TESORO, SÉRIE INTERIOR.

Sorteo 22, que se verificará el día 5.

Ha de aplicarse la suma de pesetas 3.098.250 para los intereses de las 206.550.000 pesetas, importe de las obligaciones que aún no ha tocado la amortización; quedando para ésta 6.901.750, que en junto hacen el total de pesetas 10.000.000 que se destinan para cada trimestre por ambos conceptos.

Las 413.100 obligaciones pendientes de amortización se dividirán para el acto del sorteo en 4.131 lotes de 100 obligaciones cada uno, representados por otras tantas bolas.

Encantaradas éstas, se extraerán del globo 138, en representación de 13.800 obligaciones, por valor de 6.900.000 pesetas, aplicándose al fondo de amortización 1.750 por no completar el importe de una centena de obligaciones.

BONOS DEL TESORO.

Sorteo 11, que se verificará el día 10.

Los 662.889 bonos que quedaron pendientes de amortización en virtud del sorteo celebrado el 10 de Setiembre último, se dividirán para dicho acto en 6.629 lotes de 100 bonos cada uno, representados por otras tantas bolas, excepto la última, que sólo puede amortizar 89.

Encantaradas las 6.629 bolas ántes citadas, se extraerán del globo 99, representativas de 9.500 bonos, importantes 4.750.000 pesetas que corresponden á cada trimestre.

Los sorteos detallados se verificarán públicamente en el salón de juntas generales del Banco, sito en la casa calle de Atocha, número. 32, en los días que quedan expresados, á la una de la tarde, y los presidirá el gobernador, asistiendo además una comisión del Consejo, el secretario y el interventor.

Los bonos sorteables se expondrán al público para su exámenes de introducirlos en el globo.

La administración del Banco publicará en los periódicos oficiales los números de las obligaciones y bonos á que haya correspondido la amortización y dejará expuestas al público para su comprobación las bolas que hayan salido de los sorteos.

Madrid 15 de Noviembre de 1881.—El secretario.—*Manuel Ciudad.*

BANCO HISPANO-COLONIAL

ANUNCIO.

Con arreglo á lo dispuesto en el artículo 1.º del real decreto de 12 de Junio de 1880, tendrá lugar el sexto sorteo de amortización de los billetes hipotecarios del Tesoro de la Isla de Cuba, el día 1.º de Diciembre próximo, cuya amortización, conforme á la real orden de 26 del mismo Junio, se hará como los anteriores, por milésimas partes, debiendo amortizarse en este sexto trimestre cinco mil doscientos cincuenta billetes de los 75.000 emitidos.

El sorteo se verificará públicamente en Barcelona, en la sala de sesiones de este Banco, á las once de la mañana del referido día 1.º de Diciembre, y lo presidirá el presidente del

Agua de Colonia imperial.—Sapoceti, jabon de tocador.—Crema jabonina (Ambrosial Cream) para la barba.—Crema de Fresas para suavizar el cutis.—Polvos de Cypris para blanquear el cutis.—Stilboide cristalizado para los cabellos y la barba.—Agua Ateniense y agua Aulstral para perfumar y limpiar la cabeza.—Pao Rosa.—Bouquet Maria Cristina.—Ramillete de Cintra.—Ramillete de la condesa de Edia.—Heliotropo blanco.—Exposición de París.—Ramillete Imperial Ruso.—Perfume de Francia, para el pañuelo.—Bouquet Imperial del Brasil.—Agua de S. M. el rey Don Fernando.—Agua de Cidra y agua de Chipre para el tocador.—Alcoolat de Achicoria, para la boca.

Banco, 6 quien haga sus veces, asistiendo, además, la comisión ejecutiva, Director-gerente, contador y secretario general. Del acto dará fé un notario, según lo previene el real decreto de 12 de Junio de 1880.

Antes de introducirlos en el globo destinado al efecto, se expondrán al público las 966 bolas sorteables, y se extraerán de ellas siete, cuyos números quedarán amortizados en cada uno de los 750 millares de los títulos emitidos, resultando por consecuencia amortizados los 5.250 billetes correspondiente á este sorteo.

El Banco publicará en los periódicos oficiales los números de los billetes que en cada millar queden amortizados, y dejará expuestas al público en este establecimiento, calle Ancha, núm. 3, las bolas que hayan salido en el sorteo.

Barcelona, 15 de Noviembre de 1881.—El vice gerente, P. Aleu Arandes.

BANCO HIPOTECARIO

DE ESPAÑA.

Préstamos al 5 por 100 de interés en cédulas.

Préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.

Deseoso este Banco de promover y facilitar los préstamos en beneficio de los propietarios, ha acordado hacer á quienes lo soliciten préstamos en cédulas al 5 por 100 de interés. El Banco comprará las cédulas.

Al mismo tiempo continúa haciendo préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.

Las condiciones comunes á unos y otros son las siguientes:

Este Banco hace los préstamos desde cinco á cincuenta años con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el 50 por 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los que sólo presta la tercera parte de su valor.

Terminadas las cincuenta anualidades ó las que se hayan pactado, queda la finca libre para el propietario sin necesidad de ningún gasto ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.

La cantidad destinada á la amortización varía según la duración del préstamo.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

El prestatario que al pedir el préstamo envíe una relación clara, aunque sea breve, de sus títulos de propiedad, obtendrá una contestación inmediata sobre si es posible el préstamo, y tendrá mucho adelantado para que el préstamo se conceda con la mayor celeridad, si hay términos hábiles.—En la contestación se le prevendrá lo que ha de hacer para completar su titulación en caso de que fuere necesario.

Admite también el Banco Hipotecario valores en custodia é imposiciones en cuenta corriente con interés.

OBRAS NUEVAS.

UN VIAJE A PARIS POR EMILIO CASTELAR, seguido de un guía descriptivo de París y sus cercanías, por L. Taboada.

Si París no es ya para muchos el cerebro del mundo civilizado, es sin duda para todos el corazón que regula y difunde el movimiento de las ideas. Por esto conviene siempre conocer ese foco donde se concentra é irradia á la vez toda la vida de nuestro siglo. Y este libro presenta la gran ciudad en una de las crisis más

trascendentales de su dramática historia; el período en que se estableció por tercera vez la República, está iluminado, más que descrito, por un pincel inimitable: la pluma de Castelar.

Parecíamos que completaría el conocimiento de ese fecundo escenario un guía de París y sus cercanías, cuyo mérito consiste principalmente en la abundancia de útiles noticias y en el método y la claridad de su exposición. Con él son, en verdad, innecesarios los servicios de modestos y costosos tutores. Los suple sobradamente un precioso plano de París y los del Louvre, sin cuyo auxilio no podrán recorrerse aquellas vastas y ricas galerías.

Todo está contenido en un tomo manuable de unas 600 páginas, de letra compacta, que se vende á reales..... 20

VIDA DE LORD BYRON, POR

Emilio Castelar. Esta obra del eminente orador español, que la considera su autor como la más predilecta entre todas las suyas, publicada con todo lujo, forma un precioso tomo en 4.º menor, de más de 200 páginas, impresa con tipos completamente nuevos y una elegante cubierta de color.

Está adornada con un magnífico retrato del poeta inglés, abierto en acero por el más célebre grabador de Nueva York. Reales..... 20.

GOTTSCHALCK, POR LUIS RI-

cardo Fors, miembro del Liceo y Conservatorio de Música de Barcelona, del Ateneo de Madrid y de otras corporaciones científicas y artísticas, nacionales y extranjeras. Obra escrita expresamente para LA PROPAGANDA LITERARIA. Está impresa con todo lujo, en un tomo de 400 páginas, adornada con un magnífico retrato del celebrado pianista y una vista de la tumba en que descansa, abiertos en acero por uno de los mejores artistas de Nueva York. Está además enriquecida con un fragmento de música, autógrafo é inédita, del célebre artista. El autor de esta obra, tan competente en el arte musical como apreciado del público, ha escrito una interesante y minuciosa biografía del eminente artista, con quien vivió largo tiempo en Sur-América: á esta biografía, formada con datos auténticos, irá unida la historia anecdótica de gran parte de las composiciones de GOTTSCHALCK, reveladas muchas de ellas en momentos de confianza por el propio artista. La circunstancia de que el autor de esta obra conoció íntimamente á GOTTSCHALCK, facilita la publicación de los interesantes detalles de su muerte y de infinitos actos de la vida íntima del inspirado músico, cuya existencia fué una serie no interrumpida de accidentes á cual más dramáticos é interesantes.

Puede asegurarse que el libro del Sr. Fors sobre GOTTSCHALCK, es una obra que buscan con avidez y leen con placer los numerosos amigos del gran artista norte-americano y los entusiastas admiradores de su potente genio y vastísimo talento. Reales.. 30.

Los pedidos de cualquiera de estas obras se harán á la sucursal en Madrid de LA PROPAGANDA LITERARIA, calle de Leon, 12, principal, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo ó sellos de correos.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO

DE LOS SEÑORES M. P. MONTOLYA Y O.
Caños, 1.